



MARCIA AQOVA

SERIE *Destino*

*Huellas  
de un  
Beso*

**MARCIA AQOVA**

**HUELLAS DE UN BESO**

*Serie Destino*

“© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

[www.Letrame.com](http://www.Letrame.com)

[info@Letrame.com](mailto:info@Letrame.com)

© Marcia Aqova.

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-17779-59-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

# Contenido

[Sobre la autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

## Sobre la autora

Marcia Aqova vive en El Salvador. A los diecisiete años mientras tomaba una taza de café descubrió su pasión por la lectura, después de eso se mantuvo creando historias en su mente. Impulsada por un amigo decidió plasmarlas en papel, descubriendo así su amor por las letras. *Huellas de un Beso* es su primera historia corta publicada de la serie: **Destino**.

Visita a Marcia Aqova en línea.

Twitter @marciaaqova

Instagram @marciaaqova

*A las personas que un beso les robo el aliento.*

# Capítulo 1

*Londres, Inglaterra.*

*Mayo.*

Pasar toda la noche haciendo el amor con mi novio era una de mis cosas favoritas del mundo entero. Era maravilloso que haciendo algo tan primitivo él aún me tratara con delicadeza, como si yo fuera una princesa a la que tiene que proteger y mimar. Una sonrisa se dibujó en mis labios al recordar cómo ayer, que regresamos de cenar, ni siquiera pudo esperar a que llegáramos a la habitación para besarme, despojarme de la ropa, como un adolescente con cierta urgencia. En los casi tres años que llevábamos juntos nunca lo habíamos hecho en el sofá, pero él rozaba mis curvas con la yema de sus dedos lentamente mientras susurraba en mi oído lo afortunado que se sentía y lo mucho que me amaba. Me lo hizo lento y dulce. Porque teníamos todo el tiempo del mundo y con la promesa de una vida juntos.

Unos brazos fuertes me rodearon por la cintura y me sobresalté antes de relajarme. Giré sobre mis talones para encontrarme con Henry, mi prometido. Cuando nos convertimos en una pareja, juré que mi relación siempre encabezaría mi lista de prioridades y que el trabajo jamás interferiría en mi vida personal. He visto a muchas personas arruinar sus relaciones sentimentales, familiares o de amistad solo por no dedicarles el tiempo, por no brindarles importancia relegándolas a un segundo plano con la falsa creencia de que esas personas siempre estarían ahí. Como si por arte de magia y sin esfuerzo la relación se mantendría en perfecto estado. Por mucho que deseara que las cosas fueran fáciles, nunca lo eran. Menos una relación de pareja. Hay malentendidos, discusiones, celos y podía seguir con una larga lista de cosas que interfieren afectando considerablemente la confianza mutua. Dejando una pequeña grieta donde se cuelan los rencores de malentendidos. Sin embargo, muchas de ellas son excusas que ocasionan problemas por falta de comunicación.

Personas desconocidas y otras muy cercanas a mí habían tenido ese tipo de dificultades, yo no quería pertenecer a ese grupo. Sería fracasar. Me esforzaba mucho para no tener que llegar a ese extremo. Existe un abanico de opciones para tomar las decisiones correctas antes de renunciar a algo o a alguien. Por ejemplo, mi filosofía de vida era: terminar siempre lo que empiezo, sin importar qué.

No es fácil. Algunos días me despierto y me cuestiono cada una de mis decisiones, me pregunto si valen todas las cosas que me he perdido por seguir un plan ya establecido, me pregunto si son realmente las cosas que quiero y cuando no encuentro una respuesta me dan ganas de hacerme una pequeña bolita en la cama, cerrar los ojos y seguir durmiendo. Esperando que con el sueño lleguen las respuestas. Pero no lo hacen, nunca lo hacen. Probablemente, tenga mucho que ver que yo nunca me permito sucumbir a mis placeres secretos. Decido levantarme de la cama para empezar un nuevo día, realizar a rajatabla todo lo que tenía planeado para que los resultados sean perfectos. No me permito menos que eso.

Casi siempre funcionaba.

—Buen día, mi amor —dijo Henry.

Pegó sus labios contra los míos, me dio el beso más casto del mundo. Dejándome con ganas de algo más profundo. Se dirigió hasta la mesa donde se encontraba mi desayuno servido. Más bien, mi intento de desayuno que consistía en una tostada con avocado, rodajas de tomate y una taza de té, *Lady Grey*. Tenía antojo de algo más sustancioso, pero me encontraba haciendo una dieta para perder los últimos kilos de más antes del gran día. Era de esas mujeres desafortunadas con tendencia a subir de peso con solo respirar y cuando lo hacía, mis curvas pasaban de ser sensuales a regordetas. Con lo que más lidiaba era con mis brazos. Era un tema para mí. No importaba cuánto peso perdiera, siempre se mantenían gruesos. Muy poco femeninos. Los odiaba. Me sacudí ese pensamiento porque no tenía importancia, lo estaba solucionando.

—Buen día —contesté. Caminé hasta sentarme frente a él—. Creí que te levantarías más tarde. ¿Acaso te desperté? Intenté no hacer demasiado ruido.

Arqueó sus cejas.

—¿De verdad lo intentaste? Porque parecía que hacías todo el ruido a propósito.

Henry me conocía y lo que conocía le gustaba junto con todas mis imperfecciones, me aceptaba como era y me amaba por completo. Yo era su talón de Aquiles. Su debilidad. La mayor parte de mí, ama eso; a la otra parte le parece un poco excéntrico que una persona se entregue sin medidas como él, pero ¿existía algo mejor que sentirse completamente segura con tu pareja? ¿Saber que eres todo para esa persona especial? A mi parecer, no lo hay. Sin mencionar que estabilidad es todo lo que necesito para ser feliz.

Sonreí un poco apenada.



—No me gusta desayunar sola.

Mi prometido empezó a negar con la cabeza. Sin embargo, terminó soltando un sonoro suspiro, me regaló una dulce sonrisa. Henry quizás sea una de las pocas personas que existen en el mundo que poseen una paciencia infinita. Él nunca se enoja, nunca pierde el control y menos conmigo.

—No hay problema, de todos modos, me tenían que despertar de algún modo —como dije, su debilidad—. ¿No es muy temprano?

Me encogí de hombros.

—Son las seis y treinta de la mañana.

—Es temprano.

Lo era, pero como estoy lidiando con hostiles compañeros de trabajo que se proponen consumir mi tiempo entregándome reportes tardíos, tengo que llegar un poco antes al trabajo, hacer un par de horas extra y poder terminar lo que tengo pendiente. También tengo que dejar todo en orden para la persona que me va a reemplazar mientras estoy en mi licencia de matrimonio. Me encantaría decirles un par de cosas a mis compañeros por dejarme realizar más trabajo del que me corresponde solo porque soy la más joven y recién llegada. Me gustaba mi trabajo, así que no me importaría poder ayudarles si se atrasaban en entregarme los inventarios, pero su poca simpatía hacia mí era evidente, se esforzaban por demostrarlo. Si ellos pudieran ver que su mala actitud solo demostraba su carencia de educación, las cosas serían diferentes. Lo peor de todo son quienes llevan más tiempo trabajando en el hotel decían que tenía que pagar «derecho de piso». ¿A quién se le ocurrió esa tontería abusiva? Por algo hacen las entrevistas, te toman pruebas para saber si estas capacitada para desempeñar el trabajo.

Pero en el fondo creo que los entendía. Muy en el fondo.

Todas sus inseguridades venían de cuando estaba haciendo mis prácticas. Mi jefe y gerente del hotel se interesaba mucho por mí, que me habituara, que todo el ambiente fuera ameno y agradable; se notaba la preferencia y no era un secreto que me estaba entrenando para un cargo gerencial. La verdad es que no tuve que empezar desde abajo. Aun así, eso no le daba ningún derecho a ninguno de ellos a tratarme de forma despectiva. Varias veces me he topado con otras trabajadoras hablando mal de mí, diciendo que soy presumida y demás tonterías. Todo empeoró cuando hace tres meses Henry en una cena me propuso matrimonio, no fue la propuesta más romántica del mundo, ni la más original, menos la que yo esperaba, pero era agradable saber que seguíamos en la misma página y queríamos lo mismo. No sé cómo llego a sus oídos lo de

mi compromiso, pero los murmullos pasaron de ser presumida a interesada. Henry era el sobrino de unos de los socios del hotel. Ahí fue cuando asumieron, erróneamente, que la preferencia del gerente venía de ese detalle y el por qué no me trataba como una empleada más.

No me quejaba de la evidente preferencia porque con anterioridad yo había escogido precisamente el Lauthan Hotel para hacer mis prácticas laborales con la intención de dejar una buena imagen, que me ofrecieran el empleo fue un gran golpe de suerte. Conocer a Henry, otro. Para aceptar ese empleo tuve que sacrificar a mis antiguos compañeros de la agencia de viaje en la que trabajaba. ¡Los extrañaba mucho! Eran cálidos y educados.

—Sí, pero ayer me entregaron los inventarios justo cuando ya estaba de salida, entonces tengo que llegar temprano para terminar los pendientes y tener todo listo. —El enojo que había sentido estaba empezando a burbujear en ese momento—. Estoy segura de que lo hicieron a propósito —me quejé—. Además, no entiendo cómo pueden recibir un sueldo si no hacen nada. ¡Absolutamente nada!

Ese era mi rencor hablando, las pobres asistentes pasaban sentadas tecleando todo el día y cumpliendo algunos caprichos de los jefes, pero en este momento quejarme me pareció válido.

—Es porque se sienten intimidadas por ti, mi amor. —Frunció el ceño—. Pero si te molestan demasiado, puedo intentar hacer algo, tú solo dime, ¿está bien?

Me desahogaba con él porque tenía que hacerlo con alguien o podría explotar, pero no me gustaba que interfiera en mi trabajo. Ni que pensara que necesito ayuda para manejar a mis compañeras. Se lo había mencionado antes.

Negué lentamente con mi cabeza.

—Se aprovechan un poco porque soy nueva, pero voy a estar bien —traté de tranquilizarlo.

Me sondeó con la mirada, pero en vez de insistir con el tema se sirvió una taza de té. Estaba completamente segura de que una idea comenzó a dar vueltas por su cabeza. Siempre que quiere decir algo importante o proponerme algo se enmudece y piensa. Piensa mucho antes para después decirlo con las palabras correctas y seductoras para que aceptes cualquier cosa. A veces, muy raras veces, simplemente me dejaba con la duda. Nunca sabe cómo voy a reaccionar.

Al parecer, esta sería una de esas raras veces.

Me mantuve en silencio para dejarlo decidir y me concentré en comer mi

desayuno. Al final, si era importante, lo terminaría diciendo. Si no, simplemente me obligaría a dejarlo pasar. No pensaba preguntarle. Entre nosotros el silencio es mejor.

—Tu mamá llamó tres veces a la oficina y cinco veces a mi celular haciéndome la misma pregunta.

Hice una mueca mientras dejaba mi taza sobre la mesa.

La planeadora de mi boda había estado sobre mi cuello los últimos tres meses, así que le pedí a mamá que se coordinara con ella para que me diera un respiro, después de todo, ya había tomado todas las decisiones necesarias. Solo necesitaba que supervisara que todo estuviera como yo quería, tal vez arreglar algún que otro detalle que hubiera pasado por alto. Fue un error pedírselo a ella. Yo quería que la boda se celebrará a finales de mayo, no existía otra fecha para mí. Pero solo faltaban trece días. ¡Trece! Y mi mamá en vez de ser de ayuda, estaba tomándose el atrevimiento de cambiar muchas de las cosas que ya había elegido por las que ella cree que van más acorde. En pocas palabras, estaba viviendo a través de mí y retrasando mis planes. Lo que le había pedido era muy sencillo, pero lo estaba complicando todo. Quería que fuera perfecto, en eso estamos de acuerdo, pero me agobia con nimiedades.

Al parecer, no soy a la única que agobiaba. Me sorprende mucho que se atreviera a llamar a Henry. Desde que anuncié que me casaría con él, todos los miembros de mi familia casi que lo veneraban y procuran no entrometerse. Mamá estaba por las nubes presumiendo del novio de su única hija.

—¿Qué es lo que quería? —pregunté.

—Si prefería rosas rosadas o blancas.

Su cara de desconcierto fue muy cómica, me hubiera divertido más si mi mamá no se estuviera tomando demasiadas atribuciones que no eran su asunto. Haberle pedido ayuda la convertían en mi problema. Fui yo quien decidió involucrarla en vez de delegarle esto a una de mis damas de honor. Pero la tradición dictaba que la madre tenía que estar involucrada en todas estas cosas, ¿no?

Ridícula tradición y tonta de mí por seguirla.

—¿Y cuáles prefieres?

Henry me miró como si estuviera perdiendo la cabeza.

Sonreí dulce. Él odiaba esto de los preparativos.

—Mi amor —dijo con voz apaciguadora—, te comprometiste a hacerte cargo de esto, por eso pusimos la fecha tan próxima y eres tú quien quiere cien

invitados.

—Tu familia es numerosa y si no invitamos a todos podrían enojarse con nosotros. —Por un momento pensé que todo este alboroto se debe a que yo quiero que salga todo perfecto en tan poco tiempo—. Sin embargo, tienes razón. Dije que me haría cargo de toda la planificación de nuestra boda y quiero hacerlo, de verdad. Pero prácticamente no he tenido tiempo. Creo que quizás deberíamos cambiar la fecha y casarnos en septiembre, como propusiste desde el inicio.

Las invitaciones ya estaban enviadas, la iglesia y el salón ya estaban reservados, el catering, la decoración y entretenimiento también estaban contratado, solo pensar en volver a pasar por todo eso me erizaba la piel.

No, definitivamente no me hacía ilusión tener que esperar hasta septiembre. Con la mirada, Henry me dijo que él tampoco aguantaría a mamá sobre nosotros. ¿Cómo iba a hacer para arreglar todos los cambios que se produjeron con ella a cargo? ¿Y qué haría para que todo estuviera listo en menos de dos semanas? Podía simplemente dejarlo así, después de todo trece días no son nada. Como si me hubiera leído la mente, mi prometido dijo:

—¿Por qué no te tomas estos días adelantados para asegurarte de que todo salga a tu gusto? Solo son algunos detalles que debes supervisar, ¿verdad?

Asentí, pero no era así. Tenía que hacerme la prueba final del vestido, ver que el menú del catering estuviera perfecto, asegurarme de la decoración de la iglesia y que el salón no llevara rosas, estar segura de cuántos de los invitados confirmaban la asistencia y muchas cosas más que podrían salir en el camino.

Suspiré, Henry tenía razón. Me vendría muy bien tomarme estos días, también podría buscar un tiempo para relajarme. Lo necesitaba. Sin embargo, no es la mejor carta de presentación para un trabajo en el que sigo siendo la nueva y en el que tus compañeras te odian.

—No creo que me den permiso, Henry —exhalé.

Henry se encogió de hombros restándole cualquier importancia a mi preocupación.

—Puedo hablar con mi tío antes de mi viaje.

Me quedé helada. ¿Viaje?

—¿Qué viaje?

En trece días íbamos a casarnos y quería que yo adelantara mi licencia de matrimonio un par de días más de los que ya me aprobaron para nuestra luna de miel, pero, él iba a irse de viaje y dejarme todo este embrollo a mí sola.

Yo estaba organizando esto. Yo quería que sea pronto. Yo quería que todo

salga perfecto, pero era nuestra boda. De los dos.

Él no podía simplemente irse.

Él tendría que estar poniendo un poco más de interés en nuestra boda.

Presintiendo que mi exasperación estaba creciendo, intenta apaciguarme.

—Tengo que ir a supervisar una obra fuera de la ciudad, es cuestión de unos días, cariño. Cuando regrese, prometo que me tendrás a tu disposición para ayudarte en todo lo que necesites. Lo único que puedo hacer es conseguirte más tiempo libre.

Eso no sirvió para tranquilizarme, por alguna razón me molestó muchísimo.

—No puedo tener más tiempo libre, solo llevo unos meses en mi puesto de trabajo.

—Mi tío es unos de los inversionistas y él no va a tener problema en concederte más tiempo libre.

¡Ya lo sé! Mordí mi lengua para no gritarle. Después de todo, mientras hacía mis prácticas en el hotel como asistente del gerente fue cuando nos conocimos. Ese hecho era solo otra cosa por las que mis compañeras de trabajo me odiaban. Creían que por eso me habían contratado y evitó que una de ellas fuera ascendida. No quería darles más motivos para que su hostilidad hacia mí aumentase.

Si era sincera conmigo, se notaba que los altos mandos me trataban diferente desde que Henry y yo formalizamos nuestra relación, pero me negaba a pensar que mis compañeros pudieran tener razón y solo me dieron el trabajo por quien es mi prometido. Eso sería rastrero. Yo me había quemado las pestañas estudiando, siguiendo un sistema para ser la mejor de mi clase, así obtener excelentes calificaciones y ser eficiente en mis prácticas. Yo era la más indicada para el puesto, punto. Me lo había ganado.

Nadie me regaló nada.

Odiaba que la duda me invadiera haciéndome sentir insegura. Era buena en lo que hacía. Sin embargo, la actitud de Henry respecto a esto me exasperaba y no ayudaba.

—No, Henry, no quiero que muevas tus influencias para que me permitan tener más tiempo libre. Si tú no puedes tomártelo, entonces yo tampoco —dije pronunciando despacio cada palabra.

Quería dejar muy claro que entre nosotros no existían las diferencias. Henry es un tanto tradicional y a veces un poco machista, nunca pierde oportunidad para decir quién es su familia y sacar provecho de ello. Respiré profundo. Nunca antes tuve la sensación de que estaba menospreciando mi trabajo y que

lo conseguí es debido a él. Nunca antes sentí que está pidiendo más de lo que yo estoy dispuesta a entregar.

Pensándolo mejor, si cedía en esto con él, estaría dándole la impresión equivocada de que en un futuro podría persuadirme en otras cosas y no. Yo sé a la perfección lo que quiero y cuáles son mis prioridades. Un hombre que me mantuviera no entraba en ninguna de mis listas.

Henry colocó su mano sobre la mía, cubriéndola.

—Solo fue una sugerencia, tú mandas.

Nos miramos por varios segundos, contemplándonos. Esas eran las palabras que quería escuchar. Sus ojos tenían una chispa de rebeldía y de algo más que no logré descifrar, pero era suficiente para instalar un mal sabor en mi boca.

Mi estómago dio una voltereta.

Esa mirada no era nueva. En el transcurso de nuestra relación apareció un par de veces y él siempre lograba ocultarla antes de que yo la descifrarla, haciéndome pensar que solo era mi imaginación. Esa vez no fue tan rápido, estaba ahí. Aun no sé con certeza lo que significa. Lo que sí sé es que no gusta nada.

—¿Cuándo piensas regresar? —pregunté.

—Como ya dije, son solo un par de días. Probablemente regrese el sábado.

Él está actuando todo conciliador y amable, pero lo único que logré escuchar con claridad fue el «probablemente». Eso no me servía. Necesitaba certezas no probabilidades.

La familia de Henry era la fundadora de la Faron Corporation y él trabajaba como arquitecto en ella, y los viajes por su trabajo ocurrían frecuentemente. La empresa de construcción era una de las más exitosa en la región y Henry es muy bueno en lo que hace, así que tiene que supervisar varias obras en persona. Algunas fuera de la ciudad, otras del país, lo que provocaba que estos viajes terminaran durando más de lo que me aseguraba en un principio. Siempre ocurrían imprevistos.

Ignorando la advertencia de que no lo presione, le informé:

—Necesito exactitud, no una posibilidad.

Él suspiró fuertemente, un indicio de que estaba perdiendo la paciencia.

—Sábado, regreso el sábado sin falta —dijo con un tono fuerte que me tomó por sorpresa, después sonrió soñador—. No me perdería por nada mi boda con la mujer más hermosa en este mundo.

Parpadeé, sorprendida por la facilidad que tiene de cambiar de humor.

Esa actitud va mucho más con Henry. Galante y diciendo cosas cariñosas.

Era una de las cosas que más me gustaban de él. Nunca ha habido un solo día en que no me haga algún cumplido, un mimo, una sonrisa. Era todo un caballero.

Me relajé.

—Cada vez que dices eso, te creo menos.

—¿Por qué? Si eres la más hermosa.

Puse mis ojos en blanco mientras mis mejillas se calentaron de placer. No tenía nada de lo que preocuparme, si yo estaba nerviosa por nuestra boda, él lo estaba aún más. Si decía que estaría de vuelta el sábado, así sería. Él no sabía mentir y hace cualquier cosa por mí. Regresaría a tiempo. Regresaría conmigo. No cabía ni un atisbo de duda de que Henry está perdidamente enamorado de mí.

*Esta vez lo he hecho bien. Esta vez todo estaba saliendo como quería.*

El desayuno prosiguió de un humor más agradable. Como siempre pasaba entre nosotros. Mi prometido y yo no peleábamos casi nunca, y si por casualidad llegábamos a discutir se nos pasaba rapidísimo y a los minutos ya estaba todo como si nada. El truco era que él terminaba cediendo en casi todo. A veces me gustaría que me diera un poco más de pelea, que se impusiera un poco más, deseaba que no me cuidara tanto y que solo permitiera que su crudo instinto hablara, que me hiciera las cosas un poco difíciles solo para no caer en la rutina y hacerlo monótono.

¿Qué estaba pensado?

No quería ningún drama entre nosotros. Me gustaba cómo todo nos salía fácil, cómo las preocupaciones no logran alcanzarnos. Por eso lo escogí.

## Capítulo 2

A pesar de todo, esa mañana la promesa de una vida juntos pareció vacía. Lo único que logré hacer fue sentarme en la orilla de la cama y observar cómo Henry preparaba la maleta para su indeseado viaje de última hora. Por un fugaz momento de ilusión llegué a pensar que él lo cancelaría por mí. No lo hizo. En momentos como ese detestaba su trabajo, sus viajes y sobre todo a mí. Me detestaba a mí. No me gustaba el sentimiento de soledad que me invadía todo el tiempo que estaba ausente. Era como si una parte de mí se fuera con él y quedara incompleta. Con miedo a que Henry no regresara. Con miedo a fracasar.

Todos esos sentimientos que me invadían me desconcertaban y enfurecían en igual medida. No me hacía ninguna gracia pensar que podía ser co— dependiente de una persona. Ni siquiera porque esa persona era mi prometido.

Se suponía que la madurez llegaba con la edad, al parecer no siempre es así. Tenía veinticinco años, era una persona adulta que tomaba sus propias decisiones, no podía pensar como una adolescente enamorada por primera vez con sus inseguridades a flor de piel. Ignorando todo lo que sentía, me despedí de él con un beso sutil para que no se percatara de todo lo que pasaba por mi mente. Al parecer, esa mañana era uno de mis días oscuros y quería escabullirme bajo las sábanas. Estaba arrepintiéndome por no sucumbir a mis deseos, por no dejar que Henry hablara con su tío y tener más tiempo libre, así mi estrés y nervios disminuirían. Ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Después de dejar el piso con mi prometido alistándose para ir al aeropuerto, me dirigí hacia el hotel. Mis días de inventarme una excusa ridícula y poco creíble para mis llegadas tardías terminaron hace mucho tiempo. Ni siquiera lograba recordar por qué siempre llegaba tarde a todos los lugares. Henry influyó mucho para que cambiara ese mal hábito. Ahora era yo quien no soportaba la impuntualidad. Sonreí por lo irónico de la situación.

Entré al estacionamiento del hotel y me dirigí al lugar en el que estacionaban los empleados, salgo de mi *Tesla Model S 100D* y hago el recorrido hasta las puertas dobles de la entrada del hotel donde estaba un guardia de seguridad, es un hombre de edad media que debía ser el único de los empleados que se esforzaba por no mostrarse apático conmigo. Me dio un saludo con la cabeza, no uno amistoso, su máscara de póker no dejaba



traslucir nada, pero era educado. Lo que es positivo porque él es prácticamente lo primero que ven los huéspedes al entrar. Después de devolverle el saludo con cortesía, crucé el lobby directo donde está el área administrativa. Era la hora perfecta para llegar, es el momento en que se sirve el desayuno para los huéspedes madrugadores y aún faltaban unos minutos para que llegará mi jefe.

Recorrí el pasillo con el piso alfombrado amortiguando el repiqueteo que mis tacones provocaban. Caminé más allá de los cubículos vacíos de las secretarías administrativas, estaban alejados de las oficinas de los directores del hotel. Me siento en el cubículo, justo fuera de la oficina del gerente general. Dejé mi cartera en el sujetador debajo de mi escritorio. Sin perder tiempo encendí mi computadora. Minutos después noté que Lisa, la secretaria del Director de Finanzas, llegaba a su puesto. Mientras tanto, yo a revisaba los reportes que terminé ayer. Asegurándome de no encontrar ningún error antes de enviárselos por correo a mi jefe.

Treinta minutos después una sombra cayó sobre mi escritorio. Levanté la mirada para encontrarme con mi jefe, quien me regaló un saludo junto con una inclinación de cabeza y me pidió que lo siguiera hasta su oficina.

—Buenos días, señor Jones —saludé—. Acabo de enviarle los reportes a su correo.

Asintió con la cabeza y sin mirarme, se dejó caer con gracia en su cómoda silla. Traté de mantener mi vista fija en él para que esta no vagara por su desordenado escritorio. Admiraba más a Lizbeth, su secretaria, por ser capaz de encontrar lo que necesitaba en todo ese desastre.

—Bien, qué bueno que ya terminaste con eso. Necesito que dictes un nuevo presupuesto para el área de cocina y después me lo envíes.

—¿Para qué día lo quiere?

Él se quedó en silencio un momento, supongo que meditando.

—A más tardar el viernes. Se están quejando para que contratemos más ayudantes porque no dan abasto. Necesito tenerlo listo para la reunión de socios.

Contuve un suspiro porque eso quería decir que solo tenía dos días para terminarlo.

—Está bien, ¿algo más, señor?

Arrugó su boca, negó con la cabeza.

Sin más palabra, salí de su oficina. Desterré todo pensamiento para poder concentrarme en hacer mi trabajo.

Nunca antes había entrado a ninguna de las suites del hotel. Estaba muy sorprendida por toda la comodidad y todo el lujo que desprendían. Desde que me informaron de que la señora Farage había llegado al hotel y pedía verme, un nerviosismo nada usual se había instalado en mí. Intenté que no me afectara mientras terminaba mi trabajo, pero fue imposible. La señora Farage no era una huésped más, era la esposa del socio mayoritario del hotel y tía de mi prometido. Por una razón que desconocía, hice todo lo posible para que este momento no llegara. Henry me contó que pasó toda su adolescencia en Italia con sus tíos, se habían hecho muy cercanos hasta el punto de quererlos más a ellos que a sus propios padres.

Esta era la primera vez que iba a ver a uno de ellos sin él. Así que cero presiones por querer impresionar a la mujer que mi prometido veía como a una madre.

—Fiorella —dijo la señora Farage con un timbre de voz un poco alto.

Sonreí a pesar de que no me gustaba que me dijeran Fiorella. Se acercó con paso rápido, besó mi mejilla y me abrazó suavemente. Las veces que nos habíamos encontrado ella siempre había sido... efusiva.

—Emilia —contesté con tranquilidad—. ¿Cómo estuvo tu viaje?

—De maravilla. —Por supuesto viajar en un jet privado tiene que ser una experiencia maravillosa—. ¿Cómo te van las cosas a ti con todos los preparativos de la boda?

Contuve un suspiro. Nadie podía hablar conmigo sin tener que mencionar la boda. No era que me molestara, pero últimamente me estresaba escuchar algo relacionado. Lo más probable es que fueran los nervios. Todos decían eso.

Me esforcé por sonreír.

—Las cosas van bien, ya todo está planificado —dije.

Ahorrándome el hecho de que no todo podía estar bien sin mi prometido y yo en la misma ciudad, pero eso era solo detalle. Uno pequeño. Mas no insignificante.

—Al menos, no luces como una novia desquiciada. Cuando yo estaba a días de casarme padecí de tanta ansiedad que no paraba de comer, en la última prueba del vestido me di cuenta de que había subido de peso, ¡me quedaba ajustado! Pero tú no. Eres todo lo contrario. —Me regaló una mirada cómplice—. Has bajado de peso. Te sienta de maravilla. Te ves mejor que nunca.

Que una mujer sofisticada y elegante como ella me hiciera un cumplido subía la autoestima por los cielos.

—Creo que mi cuota de locura fue transferida a mi madre. Ella es quien está

nerviosa y revolucionada.

—Lo imagino, pero no puedes culparla. Todas las mujeres nos emocionamos con una boda, más si quien se casa es nuestra hija. Pero, bueno, ¿por qué aún estás trabajando?

—No quería tomarme demasiados días porque, como ya sabes, soy nueva en este trabajo.

Ella me miró sin entender.

—¿Y? Vas a casarte. Requieres tiempo para prepararte.

—Todos los empleados en el hotel lo saben. Creo que ese ha sido el principal problema para poder integrarme. Eso y que al parecer no estoy capacitada para mi puesto de trabajo, y no soy muy agradable.

Sus ojos se iluminaron al entender a lo que me refería. Ella podría ayudarme ya que de seguro pasó por lo mismo. De forma diferente, por supuesto.

—Cuanto más rápido te acomodes a tu nuevo estatus, más rápido sabrás manejar estas situaciones. No te lo tomes personal, probablemente solo sea un poco de envidia, es normal. Acéptalo y no dejes que te afecte. Pronto llevarás el apellido Farage. Los empleados ya saben que estás un puesto más arriba que ellos, por eso se comportan de forma desagradable contigo.

No me gustó nada el tono de superioridad con el que lo dijo, era como si estuviera escuchando a mi abuela y, sin embargo, en el fondo sabía que no le faltaba razón. Pero no me sentía cómoda con ello, sentía que ser una Farage significaba dejar de ser auténtica para convertirme en alguien más. Como si yo estuviera fallada. Oh, estaba exagerando. Lo más seguro es que Emilia no lo dijera con esa intención. Nos quedamos hablando por varios minutos más hasta que encontré el momento de decirle que tenía que regresar al trabajo. A ello no le hizo ninguna gracia, no le gustaba quedarse sola.

Cerré la puerta de la suite, caminé por el pasillo alfombrado sintiéndome feliz de saber que ella estaba ilusionada por mi matrimonio. Escuché el sonido de una puerta abriéndose cerca de mí, lo cual me pareció extraño porque no sabía que había otro huésped en ese piso. Antes de que pudiera prestarle algún tipo de atención, una voz gruesa y cansina viajaba hasta mí como una sombra oscura, absorbiéndome con brusquedad.

—¿Acabas de salir de mi habitación?

Me detuve de golpe, confusa por la acusación filtrándose en sus palabras y sin tener la menor idea de lo que estaba diciendo. Estuve por preguntarle cuál era el problema y qué provocaba su evidente enfado cuando una mano grande

y callosa me tomaba por el brazo haciéndome girar en redondo hasta un hombre diciendo:

—Oh, solo estaba jugando cariño.

La confusión me invadió, las preguntas quedaron atoradas en mi garganta cuando de repente ese mismo hombre me envolvió en un abrazo. Sentí una boca chocar contra la mía. Me quedé completamente quieta, creo que ni siquiera podía respirar por la sorpresa. El beso robado, por llamarlo de alguna forma, se tornaba un tanto exigente a mi falta de respuesta. La mano del desconocido recorría mi espalda estrujándome fuerte hacia un pecho duro, cálido y que se rozaba deliciosamente con mis senos. La sensación de sentirme completamente embriagada hacía que cerrara mis ojos. Mis labios comenzaron a moverse, acoplándose al ritmo de los de él.

No quería ser consciente de cómo sus labios se sentían suaves, cómo parecían encajar a la perfección con los míos o cómo mis pezones se endurecían al instante en que su lengua caliente se abría paso en mi boca comenzando una guerra con la mía. Oh, Dios. Sabía a hierbabuena.

Se sentía tan bien.

La sangre en mis venas estaba empezando a subir la temperatura, traté duro de contener el impulso de enredar mis brazos alrededor de su cuello y atraerlo más a mí. Dejarme arrastrar a esa sensación electrizante.

¿Qué estaba haciendo? Abrí completamente mis ojos, el horror invadiéndome, inundando todo mi cuerpo como una ola de cordura. Los pasos atrás de mí se escachaban cada vez más cerca, recordándome que, de hecho, no estábamos solos. En el mismo piso estaba la tía de mi prometido. Cualquiera persona podría pasar por ahí y verme en esa situación terriblemente comprometedor. Pero deliciosa y, sin embargo, no era correcto.

Empujé un poco con mis manos el pecho del hombre para poder alejarme y poner distancia. No logré moverlo ni un solo centímetro. ¿Qué demonios le pasaba? El tipo parecía no querer parar de besarme. Al contrario, me estrujó más contra él como si eso fuera alguna fórmula mágica con la que yo terminaría correspondiéndole. Otra vez. Cuando su mano en mi cintura empezó a deslizarse por mi espalda y en dirección a mi trasero era todo para mí. Temblé. El pánico invadiéndome. Ni siquiera pensé mientras hacía lo único que mi instinto me decía que hiciera para alejarme de él, de su insistente boca. Lo mordí. Sí, lo mordí. Fuerte. Desesperada.

Lo mordí hasta que su labio inferior se estiró cuando él intentaba alejarse.

Lo mordí hasta que un sabor metálico se propagó por mi lengua.

Lo mordí hasta que decidí dejarlo ir.

Nuestros ojos se encontraron por primera vez. Podía ver que los suyos estaban brillantes, como si toda la situación le pareciera divertida mientras que en los míos solo había enojo y confusión. Mi acto reflejo fue un poco salvaje, pero terminó funcionando. Mi respiración estaba acelerada por la adrenalina que se disparó por todo mi cuerpo. Sin poder apartar mis ojos de los de él, siento mis labios hormiguear. Nunca nadie me había besado con tanta pasión antes. Nunca nadie había exigido más de mí antes. Porque siempre era yo quien entrega todo lo necesario para que funcionara.

Una sonrisa bailaba en la comisura de su boca lastimada. Tiemblo de nuevo y reprimí mi reclamo para otro momento. Me giró en busca del huésped enfadado esperando que el estupor no se notara en mi rostro.

—Disculpe, ¿hay algún problema?

Esta vez reprimí un grito de horror. El huésped no era cualquier huésped. Era otro de los socios que había venido por la reunión anual.

Maldición. Maldición. Maldición.

El señor Davis, el socio millonario a quien tengo que matar por ser testigo del bochornoso momento que tuve que pasar y quien podría irse de boca con los tíos de mi prometido, nos observa con una mirada inteligente. Como si algo no cuadrara.

*Créame, hay mucho aquí que no cuadra.*

Negó con la cabeza y disparó una mirada de desconfianza al hombre detrás de mí.

—Me pareció ver que salía de mi habitación, pero supongo que solo fue mi imaginación.

Con una ceja elevada me giré en torno al imbécil recordando que escuché una puerta abrirse y la pregunta furiosa del señor Davis seguido de eso. Entonces algo me golpeó, justo en mi orgullo.

No era que conociera a todas las personas que se hospedan en el hotel, pero sí a las más importantes. El señor Davis, por obvias razones, lo era. Todos sabemos que no le gustaba viajar solo. Su amada esposa también tenía que estar aquí. Respiré profundo con una idea viajando por mi mente. Seguía tan cerca del hombre que podía distinguir un olor frutal y floral colarse con facilidad por mis fosas nasales. Era un perfume de mujer. Más específicamente un *Daisy Dream* de Marc Jacobs. Estaba completamente segura porque fue el perfume que le regalé a mi mamá por su cumpleaños. Por más que deseará que ese hombre se metiera en problemas por abusivo, no podía permitirlo. No

podía dejar que se desatara un escándalo y correr el riesgo de que se supiera que él me había besado. No cuando estaba en mi lugar de trabajo. No cuando se trataba de uno de los socios. No cuando estaba comprometida.

El hombre pareció notar mi malestar e indecisión porque una sonrisa fácil se dibujó en su exquisita boca.

—Eso no es posible porque no me estoy hospedando en el hotel, solo me colé para poder ver a mi novia. —Pasó su brazo por mi cintura, me giró de nuevo para enfrentarme cara a cara con el socio—. Que como puede ver está un poco molesta por eso, pero el amor nos hace cometer locuras. ¿Verdad, cariño?

Besó mi mejilla sin perder la sonrisa.

## Capítulo 3

Me sentí hervir de completa indignación y me estaba costando mucho trabajo controlar mi enojo. Este hombre solo me besó para poder escapar de un esposo celoso y poderoso, y yo como una tonta por un momento correspondí sus acciones. Definitivamente, el día se oscurecía cada vez más. ¿En qué demonios estaba pensando para reaccionar de esa forma? Sin mencionar que aún estoy anonadada porque la señora Davis estuviera engañando a su esposo con un hombre con apariencia de vagabundo. Tal vez mi asombro se debía a que su esposo no está de mal ver o tal vez por la falta de clase que ella poseía al actuar tan indecorosa. Si no hubiera presenciado el momento en que el hombre salía de su habitación jamás lo creería. Era una mujer de más de cuarenta años, que no los aparentaba. Era muy guapa y al caminar derrochaba elegancia. Si por alguna razón engañará al señor Davis lo haría con alguien de su estatus. No con alguien como el hombre con quien compartía un elevador y quien parecía no notar la gravedad de lo sucedido.

—Por un momento pensé que me delatarías —dice.

Se le ocurría romper el silencio con una estupidez como esa. Aparte parecía transpirar buen humor por cada uno de sus poros.

Respiré profundo para tratar de tranquilizar mis nervios y no gritarle.

—Debí haberlo hecho. Era lo correcto, pero a diferencia de ti, no puedo permitirme un escándalo en mi lugar de trabajo.

*Y estoy segura de que pagaré el precio por mi silencio.*

Él suelta una carcajada ligera que llega directo a mi estómago con una sacudida.

—No me parece justo tener que pagar por las acciones lujuriosas de otra persona. Más cuando dicha persona no puede asegurarse de mantener sus interludios en secreto. —Su comentario descarado hizo que achicará mis ojos en su dirección, acción que respondió con una sonrisa coqueta que funcionaba de maravilla en él—. ¿No estás de acuerdo que cada quien se haga cargo de sus acciones? Yo actué muy bien y le hice un *gran* favor a esa señora. No tengo porque soportar a su esposo.

Levanté mi mano frente a él, cortando cualquier otra cosa insensata que fuera a salir de su boca. Estaba escandalizada ¿Cómo se atreve a decir eso? ¿Cómo se atrevía a dar a entender que... que el señor Davis no lograba complacer a su esposa?

—Ahórratelo. No me interesa conocer las intimidades de ningún huésped.

Apoyando su hombro sobre la pared del elevador dejó que sus ojos me recorrieran lentamente, desde la cabeza a los pies y de regreso. En el camino hizo una parada sobre mis pechos sin ninguna vergüenza. Estaba vistiendo mi uniforme de trabajo que consistía en una falda ajustada estilo lápiz color gris, una blusa blanca con botones al frente y por más que yo intenté disimularlo siempre atrae la atención a mi gran escote. Mi copa 36 D no es algo que pasé desapercibida y mi chaqueta gris a juego no hacía absolutamente nada para disimularlo, pero sí me hacía el favor de ocultar mis brazos gruesos. Medía un metro cincuenta y cinco, y mi uniforme me hace lucir más pequeña. Por eso siempre usaba tacones tratando de ganar un par de centímetros. Tenía caderas anchas y un trasero grande. En conclusión, tenía curvas voluptuosas por todos lados. Por lo demás era bastante normal: piel blanca, cabello rubio medio, ojos verdes pálido, nariz y boca pequeña.

No era el tipo de mujer que atraía inmediatamente la atención de un hombre. Sin embargo, el que estaba a mi lado oliendo a perfume de lujo y sexo recién hecho tenía sus ojos color chocolate sobre mí con un brillo lujurioso, dilatados. Como si en vez de estar vistiendo mi aburrido uniforme estuviera desnuda.

Completa y absolutamente desnuda con un letrero de «fóllame» en letras neón.

Arrugué la nariz con desagrado. Odiaba esa palabra, pero no había ninguna otra que describiera mejor su mirada.

Incómoda, me crucé de brazos provocando que su mirada ardiente se ensanchara aún más en mis senos. Fue un mal movimiento por mi parte. Llevó su dedo índice hasta su labio lastimado, acariciando la mordida que dejé ahí.

*Descarado.*

Pongo mis ojos en blanco.

—¿Estás segura? Porque luces como si también necesitaras un *gran* favor.

Fruncí mis cejas mostrando indignación y fastidio a partes iguales. No me gustaban los hombres que presumían de sus aventuras sexuales. Les resta credibilidad y evidencia su falta de autoestima. Pero él... Me rendí. Le dediqué un renuente vistazo de reojo. Era alto, excesivamente alto para mí y estaba vistiendo un jean negro tan desteñido que estaba a punto de agotar su vida útil, los lleva metidos dentro de unas botas urbanas que tenían unos golpes en la punta. Un rostro cuadrado, boca pequeña enmarcada por una barba y sus ojos tan oscuros que parecían negros. El pelo negro largo y



descuidado le llegaba hasta los hombros. Estaba claro para mí que se vistió en tiempo record y salió corriendo de la habitación de los Davis. Su estilo desaliñado y «acabo de fumarme un porro de marihuana» no era ni de cerca el estilo de chico que llamaba mi atención; si fuera por la calle y me lo cruzara, no le dedicaría ni una mirada. Él a mí tampoco. Sin mencionar que era una mujer comprometida que no debería estar pensando en eso.

Sin embargo, todo lo que podía hacer estando ahí de pie a un lado de él era aceptar para mis adentros y de mala gana que era altamente atractivo y que, si hace todo igual de bien que como besa, tenía permitido presumir todo lo que quiera. Pobre de la chica que se llegará a enamorarse de él. No parecía alguien que estuviera buscando una relación seria, sino todo lo contrario, podría llegar a afirmar que huía de los compromisos. Los chicos como él siempre lo hacen.

Salí de mi estupor cuando las puertas del elevador se abrieron y las voces del lobby principal viajaron hasta mis oídos sacándome de mi escrutinio. Mis ojos corrieron hasta su cara solo para encontrar que por suerte él ya no tiene su vista clavada en mi escote, pero estaba observándome fijamente a la cara con un poco de curiosidad.

Le disparé una mirada asesina esperando que cayera al suelo, muerto.

No tenía eso poder.

No tenía ningún súper poder.

—Sígueme —dije en voz baja, pero demandante.

Con seguridad, empecé el recorrido hasta la entrada del hotel ignorando las miradas curiosas de los demás empleados.

—Me estaba preguntando de dónde te conocía —volvió a hablar, esta vez con un tono... ¿feliz?, ¿simpático?

No tenía relevancia alguna. No quería seguir escuchando a este hombre ni un segundo más, podía decir algo atrevido y alguien podía escuchar malinterpretando las cosas. Era mejor dejar claro todo.

Me detuve.

—No tienes idea de quién es el hombre con cuya mujer mantuviste relaciones —siseo por lo bajo—. Tampoco parece que tus neuronas te permitan tener idea de que este es un hotel cinco estrellas, lo que significa que tenemos un listón que mantener. No podemos permitirnos los escándalos, menos los de índole sexual. Arruinarían la reputación que hemos ganado.

Su mirada pierde la curiosidad dándole paso a una neutral.

—No soy el primer huésped que tiene sexo en estas instalaciones. Es algo

natural.

—No eres un huésped. Si me permites especular, solo eres alguien que traspasó nuestra seguridad, no creo que puedas pagar ni siquiera la habitación más sencilla. Además, nos reservamos el derecho de admisión. Para una futura intrusión solo recuerda que a partir de este momento encabezas la lista negra. En pocas palabras, no eres bienvenido.

Me sondeó de nuevo con ojos molestos, su boca se alzó por el lado derecho provocando una mueca de desprecio. Crucé los dedos mentalmente para que él no decidiera replicar. Tenía ojos inteligentes advirtiéndome que no debía jugar con él. Un niño pasó corriendo muy cerca de nosotros, eso parece aplacar su empuje verbal en mi contra, mas no su enojo, este solo incrementa. Que le dijera la verdad y lo pusiera en su sitio es una de las pocas cosas que hacían que perdiera su buen humor. Tan loco como parece ese hecho me hizo sentir menos estúpida de ser utilizada para que no lo atraparan en su revólcon con una mujer casada. Lo que estaba haciendo era cuidar de mi trabajo. No podía sacarme de la cabeza que tal vez las cámaras captaron ese beso y que me metería en muchos problemas. No podía ser tan descuidada.

Él acortó nuestra distancia con dos pasos firmes. Dos pasos que me pusieron excesivamente nerviosa porque estamos en un lugar público y tenía que mantener las formas. Sin importar que mis senos quieren rozarse contra él.

—Si tanto te preocupa la reputación del hotel deberías sacar el palo que tienes metido en el culo y tratar mejor a las personas.

Abría la boca, indignada.

—Me utilizaste para tapar tu amorío con la esposa de uno de los socios de este hotel. Me involucraste. Tampoco te hagas el ofendido, solo eres un gigoló que puso en peligro mi trabajo por obligarme a cubrirte.

Nivela su cara con la mía. Estaba tan cerca que lograba sentir su respiración provocar cosquillas en la punta de mi nariz.

—No te obligué a nada, tú elegiste ayudarme. —Ladeó su cabeza—. Creí que las personas pretenciosas ya habían evolucionado, pero me equivoqué. La estupidez está más latente que nunca. Tú eres la prueba de ello.

Apenas coloqué un pie en mi piso el celular empieza a sonar. Dejé caer mi bolso deportivo, rebuscando en la cartera que llevaba siempre al trabajo. Sin importar que tan ocupada traté de mantenerme no había podido concentrarme, ni siquiera en la clase nocturna de pilates que me obligué a tener logré

mantener lejos la sensación de los labios extraños rozando los míos. Rememoré todo y me convencí que seguirle el juego en frente del señor Davis fue la mejor cosa que podía hacer. No me quería imaginar qué hubiera sucedido si yo decía la verdad y el rumor llegara al señor Farage, simplemente me moriría de vergüenza. A pesar de todo, eso no era lo que me mantiene distraída sino el hecho que el hombre con apariencia de vagabundo dijo: «Me estaba preguntando de dónde te conocía». Tenía una buena memoria y soy buena recordando, pero no lograba averiguar si lo conocía de algún otro lado. Ni siquiera me parece conocido. Suspiré. Él lo dijo con seguridad y parecía muy convencido. Lo más inquietante de todo es que terminé comiendo una porción de brownie. El tipo me revolvió tanto la cabeza que el botón de autocontrol se puso inesperadamente en pausa. Si seguía teniendo subidones de adrenalina de este tipo cuando llegara la última prueba del vestido de novia terminaría por no quedarme. Desde ese momento tenía que seguir la dieta rigurosamente. No más pequeños permitidos.

Cuando tuve el celular en mi mano veo el identificador de llamada con el nombre de Henry. Una sonrisa se instaló en mis labios, pero se borró igual de rápido. Las cámaras de seguridad del hotel tuvieron que haber grabado el momento exacto en que el desconocido me besa, también debe verse cómo yo le seguí el juego. ¿Qué iba a hacer si quien vio toda la mala película decide contárselo a alguien y ese alguien se lo cuenta a otro alguien y finalmente llega a oídos de mi prometido? No podía permitirlo, tenía que decírselo yo misma antes que se enterara por un tercero. Sacar el tema de la manera más casual y asegurar que solo lo hice para que no se arme un escándalo. Henry lo iba a entender. En mi lugar él también hubiera hecho lo mismo. Nada de la vida que habíamos planeado juntos se arruinaría por un acto de conveniencia y mucho menos por un extraño que no iba a ver nunca más.

Respondí su llamada.

—Hola, mi amor —dije.

Un fuerte rugido me llegó como respuesta.

—Hola... —respondió. Pasaron unos segundos hasta que Henry vuelve a hablar—. Tengo que solucionar algo. Te llamo cuando llegue al hotel.

Fruncí el ceño desconcertada. Era demasiado tarde para que no estuviera en su hotel. Sin querer preocuparme murmuré un «está bien» antes de cortar la llamada.

¿Para qué me llamaba si no es capaz de mantener una conversación?

Dejé el celular en el sofá, me dirigí a mi habitación. Después de hacer

cualquier tipo de ejercicio me gustaba darme una ducha larga, sentir que lava todo el calor de mí cuerpo mientras mis músculos se iban relajando. Llevé mis manos a la cabeza para soltar mi pelo de la cola de caballo en que lo tenía sujeto, mi anillo de compromiso se atoró, enredándose. Con un par de jalones logré liberarlo. Por primera vez desde que acepté casarme tuve el impulso de quitármelo. No tenía sentido porque es hermoso. Era un anillo en forma de lágrima engastado con pequeños diamantes en el brazo, era simple, pero muy elegante y sofisticado.

Ese detalle no era una sorpresa, con Henry todo era hermoso y sofisticado. Simple. Si había algo más importante para mí que la boda es justo eso, la pedida de mano. Que Henry lograra encontrar un anillo con el cual pudo enamorarme aún más. Era esencial comprobar que me conocía y que nos complementábamos el uno al otro. Le di varias vueltas a mi anillo, viéndolo desde todos los ángulos. No tenía por qué querer quitármelo si era perfecto.

Con Henry todo era perfecto.

## Capítulo 4

El siguiente par de días pasaron increíblemente rápidos entre inventarios, presupuestos, estadísticas, análisis y reportes que tenía que finalizar para dejar todo detallado y en orden. Estaba exhausta. Esos días realicé muchísimas llamadas para asegurarme de las reservaciones del hotel y el transporte para los invitados que asistirían a la boda. En su mayoría familia de Henry. Entre tantas cosas que hacer solo pude saludar al señor Farage de manera informal mientras tomábamos una copa en el bar para ponernos al día. Lo curioso era que no teníamos mucho de lo que ponernos al día, prácticamente lo que me unía a él era mi relación con Henry. Quedó más que claro cuando nuestro único tema de conversación fue él. Algo de lo que me percaté fue que desde el momento que lo vieron los empleados lo trataron con respeto, casi con veneración. Esa actitud sirvió para darme cuenta del poder que tenía el apellido Farage. ¿Terminarían también con su hostilidad hacia mí? Porque la próxima vez que pisara el hotel ese apellido también sería mío.

Cada vez que pensaba en ese dato mi estómago se revolvía. Todo cambiaría para mí. En una semana nos casaríamos. Dejaríamos de ser él y yo para convertirnos en *nosotros*, después nos iríamos de luna de miel, nos mudaríamos a nuestra nueva casa, *juntos*; y empezaríamos a formar nuestra propia familia. Este último punto podía esperar. Al menos por un tiempo. Por alguna razón no me había imaginado un bebido nuestro. Yo no estaba lista aún para ser madre. Por un tiempo solo quería que fuéramos nosotros y así poder adaptarnos a nuestra nueva vida.

El señor Farage también sugirió que me tomara un día para relajarme y salir con mis amigas porque después no tendría tiempo para esas actividades. Me ahorré que yo haría tiempo para las cosas que quisiera hacer porque en ese aspecto es un poco anticuado. Me hubiera gustado tomar su consejo, pero Lyanna y Carol, que eran mis amigas cercanas, me volverían loca con todas las cosas de la boda. Nos conocíamos desde el primer semestre de la universidad, aunque no cursábamos la misma carrera congeniamos muy bien. Las quería a ambas, eran divertidas y podíamos mantener una conversación, pero lo último que ellas provocaban en mí era paz y tranquilidad. Con ellas la relajación quedaba descartada. Era las madrinas de la boda y estaban más emocionadas que nadie. Éramos un trío de románticas. Las tres soñábamos con casarnos algún día. Pero el novio del colegio de Lyanna aún no se lo proponía y Carol,

bueno, a ella le faltaba el elemento principal... El novio. Otra de las cosas que compartíamos era lo perfeccionistas. Seguramente me arrastrarían por toda la ciudad para coordinar hasta el más mínimo detalle. Ellas estaban en todo. Nada más el pasado fin de semana pasado me llevaron a una tienda de lencería en New Bond St para que comprara el conjunto más *sensual* del lugar y así deslumbrar a mi futuro esposo, insistieron e insistieron hasta que terminé adquiriendo un *body* de encaje con aberturas de rejillas en color zinc rosa. Era muy provocador. Me hacía lucir bastante bien. No tuve oportunidad de usarlo. Aún.

Henry regresaba ese día de su viaje y tenía planeado una noche de reencuentro muy estimulante. Necesitaba demostrarle que lo había extrañado. Un poco de champagne, música de fondo, velas y yo vestida de forma sensual mas no vulgar. Era una buena foto. Quería volverlo loco y tener sexo apasionado. Necesitaba tocarlo y cerciorarme de que ya había vuelto. Que todo seguía como lo había planeado. Perfecto.

El sol se vertía sobre mí extasiándome con su calidez y mientras caminaba por la universalmente conocida Fuente de Eros, me llegó un mensaje de la secretaria de mi prometido informándome que su regreso se retrasaría por un par de días más. El impacto que tuvo la noticia en mí fue tan fuerte que terminé tropezando con mi propio pie, al tratar de recuperar el equilibrio mi tacón se tambaleó y mi tobillo derecho se dobló. Un dolor se extendió por mi pie junto con la temperatura aumentando en mi rostro. Ni siquiera tenía la necesidad de verme reflejada en un espejo para asegurarme de que mis mejillas estaban de un color escarlata por la vergüenza, la ira y las ganas de gritar. Era una persona muy organizada, prácticamente llevo una agenda de todas las posibles cosas que podían sucederme en el día. Estaba exagerando, por supuesto. Pero cuando alguien me decía que iba hacer algo o que llegaría a determinada hora esperaba que cumpliera porque trataba de que lo impredecible nunca me sucediera. Resulta que siempre hay una primera vez. Mordí mi lengua para contener un chillido que amenazaba con escaparse y así llamar aún más la atención de los transeúntes que me dedicaban miradas curiosas por mi incidente. Ninguno se detuvo a ayudarme. Fue lo mejor. Estaba tan enojada que hubiera terminado desquitándome con la primera persona que me dirigiera la palabra.

¡Maldición! Henry ni siquiera tuvo la delicadeza de llamarme para darme la noticia de que estaría más tiempo lejos. Apenas y hemos hablado en estos días. Bajé la mirada a mi pie lastimado. No me atreví a moverme, sabía que

cuando lo hiciera iba a doler muchísimo. Miré hacia todos lados buscando un lugar cercano en el que sentarme para no forzar mi pie, el único lugar eran las gradas de la fuente. Sin embargo, no había espacio para una persona más. Mi celular vaciló en mi mano. La idea de llamar a papá para que llegará a salvar mi día y convertirse en mi héroe cada vez tomaba más fuerza. Cuando decía que era una persona a quien le gustaban los planes y que tenía todo organizado lo decía en serio. Si hubiera seguido mi rutina nada de eso hubiera pasado. Si no estuviera esperando nada de nadie no me hubiera sentido tan decepcionada.

Que me cayera un rayo porque no deseaba correr a los brazos de mi padre para ser rescatada. Era una persona adulta y como tal tenía que valerme por mí misma. No necesitaba a nadie, ni siquiera a Henry.

Sin más que pensar y con toda la elegancia que pude reunir di un paso hacia adelante. Cerré mis ojos con fuerza, frustrada. No solo tenía mi tobillo adolorido, sino que también el tacón de mi zapato estaba roto.

¿Qué más me podía pasar?!

—¿Estás deseando desaparecer? Si deseamos juntos tal vez el deseo se nos cumpla a ambos.

Solo había escuchado esa voz una vez antes y ya la reconocía. Ahora sí que no quería abrir mis ojos, pero lo hice porque no iba a permitir que se burlara de mí. No en ese momento.

El insulto que iba a salir dirigido hacia él murió en mi boca mientras observaba a la única persona que se interesó en mi tragedia, aunque solo fuera para divertirse a mi costa. Nos miramos por varios segundos hasta que salí del hechizo en el que caí por la sorpresa de verlo. Estaba más atractivo y peinado con un moño a media cabeza, pero mantenía su estilo desalineado. Busqué rápidamente en mi cabeza algo para decir, no se me ocurrió nada inteligente.

—Es justo lo que estoy deseando. Mientras espero a que se cumpla, sigue tu camino o voy a gritar diciendo que me quieres robar.

Era la cosa más absurda que pude haber dicho, pero daba exactamente lo mismo que tan infantil fuera mi actitud. No era como si fuera a pedirle ayuda a él. Antes preferiría ir cojeando.

Una sonrisa arrogante se dibujó por todo su rostro, podía jurar que estaba luchando por no reírse a carcajadas.

—Si una persona va a desaparecer por la fuerza de su voluntad, yo quiero estar ahí para verlo. Ya sabes, alguien tiene que contar la historia de primera mano.

—Eso es mucho más absurdo de lo que yo dije —murmuré irritada.

—Vamos, pretenciosa. Lo absurdo es más divertido —dijo en el mismo momento que me dio un pequeño empujón en el hombro de forma juguetona.

Gemí por lo bajo. Tuve que apoyarme sobre mi pie lastimado para no caer al suelo. Las personas pululaban a nuestro alrededor ajenas a que estaba a punto de cometer un homicidio.

—¿Es en serio? ¿Podrías no ser brusco?

Creo que hasta ese momento no se dio cuenta de la condición en la que me encontraba porque cambió su rostro burlón. Había sido una torcedura, pero sentía un dolor agudo molestándome cada vez más.

—Uh, eso se ve mal. ¿Qué te pasó?

—Nada que sea de tu interés.

Elevó sus cejas por mi tono brusco. Cuando quedó claro que no iba a decir nada más suspiró. Flexionó sus rodillas para poder darle un mejor vistazo a mi pie. De algún modo, sus cejas subieron más y se rio. ¡Fantástico! Era su diversión.

Se puso sobre sus pies.

—Tienes que cruzar la calle para llegar a la estación. Serías un peligro. —  
¿Yo sería un peligro? ¡Estaba lastimada! —. Pero puedes tomar un taxi.

Sus ojos brillaban con malicia.

—¿Esto te divierte de alguna forma?

—¿Ver a una petulante como tú en apuros? Por supuesto que me divierte —  
dijo, liberó la carcajada que había estado conteniendo, llenaba y contaminaba el aire. Intoxicando todo a nuestro alrededor.

Pequeño jodido imbécil.

Me lo merecía. ¡Maldición, me lo merecía! Ya me habían aconsejado que dejara de lado mi actitud despectiva, pero cuando alguien lograba exasperarme, podía llegar a ser una auténtica víbora. No lo hacía a propósito, solo era más fuerte que yo. Mordí mi labio e intenté darle la vuelta a la situación para que se sintiera obligado a ayudarme. Me conformaba con que detuviera un taxi para mí.

—Solo estaba cuidando mi trabajo, ¿sabes? Y aun así te ayudé. Me lo debes.

Clavó sus ojos en mí perdiendo cualquier brillo de diversión.

—No estabas cuidando tu trabajo, solo la reputación de un jodido hotel que ni siquiera te pertenece. Tampoco me ayudaste, te viste obligada a hacerlo y cuando el socio engañado se dio la vuelta, sacaste mi culo del lugar. Eres de las que juega a lo conveniente. En el lado seguro.



—Te pedí con educación que te fueras.

—¿Con educación? Me vetaste del lugar —me recuerda, la rabia llenando sus palabras. Respiró profundo—. Tienes suerte de que no sea una persona rencorosa, así que voy a ayudarte.

Oh, sorpresa.

—¿En serio?

El alivio embargándome.

—Por supuesto —Mira su reloj *TAG Heuer*—, solo déjame ir por mi coche.

—¿Tú vas a llevarme? —pregunté ahora sí impactada.

Yo había pensado que solo iba a conseguirme un taxi y dejarme para que me las arreglara sola.

Guiñó un ojo en mi dirección. Caminó lejos sin decirme nada más que un escueto *sí*. Bufé. No tenía más opción que quedarme ahí. De todas las personas con las que pude cruzarme justamente me tocó con él y encima se portaba de forma atenta. Me sentía aturdida, quizá había sido injusta con él. No, no había que exagerar porque no había sido de forma premeditada. Él me había usado. De eso no había duda y aun me molestaba. No tuve que esperar mucho tiempo para que el desconocido desprolijo regresara por mí. No fui la única que quedó con la boca abierta mientras me ayudaba a subir a un *McLaren Pl*, ¿De dónde lo había sacado un coche así? Por favor que no fuera robado. No quería quedar pegada.

Nuestros rostros quedaron nivelados, una sensación extraña se disparó en mi interior. Su calor corporal me llegó de una bofetada haciéndome contener la respiración, su cercanía era tan abrumadora que mis ojos inevitablemente viajaron hasta su boca. Su ágil boca. A simple vista su labio ya no estaba tan lastimado, pero cuando me fijé mejor tenía la huella de mi mordida. Puse distancia entre nosotros y le disparé una mirada molesta por invadir mi espacio personal, como siempre, él solo sonrió.

Como últimamente me pasaba, todo el trayecto lo pasé enfocada en lo que sucedía dentro de mi cabeza, evitando de sobremanera entablar una conversación con él. El desconocido me afectaba de una forma casi ridícula. Por más que intentaba no lograba ignorar el impulso de querer besarlo y morderlo otra vez. Morderlo quizá no tanto, pero sí de saborearlo. Era perturbador porque yo simplemente no podía querer besar a otra persona que no fuera mi prometido. No era correcto. ¿Esa era una de las dudas que albergaba una novia cuando el gran día se acercaba? No lo sabía y no quería encontrar una respuesta, me bastaba con pensar que simplemente era mi

orgullo de mujer que seguía magullado por ser utilizada. Mis nervios se manifestaban de forma errónea. La vida de casada conllevaría muchas responsabilidades, compartir muchas más cosas juntos porque, aunque dormía casi todas las noches en el piso de Henry, nunca hemos convivido realmente, tenemos nuestra propia vida. En menos de una semana todo cambiaría, construiríamos un nuevo mundo juntos. Me sentía nerviosa porque de algún modo iba a perder parte de mi libertad.

¿Perder parte de mi libertad?

Nunca antes mis pensamientos se habían ido por ese camino, nunca. Siempre se trató de cumplir un punto más en mi lista. Lo siguiente por hacer. Me gradué de la universidad, tenía un buen trabajo, Henry y yo hemos estado en una relación por más de dos años... Lo que seguía era casarse, ¿cierto? Sin mencionar que es el día con el que todas las mujeres soñamos. Nuestro día. Sacudí mi cabeza, lo mejor era dejar de pensar. Nada de lo que en ese momento llegaba a mi cerebro tenía sentido.

¿Y si no quiero casarme?

¿Y si Henry no es el indicado?

¿Y si decepciono a mamá?

¿Y si me decepciono a mí?

Unos dedos chasqueando frente a mi cara detuvieron la corriente de preguntas que solo servían para atormentarme. Me giré hacia el desconocido que me estaba observando con curiosidad no disimulada. Sin embargo, lo único que dijo fue:

—Hemos llegado.

Asentí varias veces, pero me quedé observándolo sin hacer ningún movimiento. Era guapo y todo ese aire desprolijo le confería misterio. Eso era lo más atractivo. Una oleada de mariposas arrasó mi estómago, la sangre rugía en mis venas mientras la excitación en mis partes femeninas aumentaba explosivamente con solo mirar el color chocolate de sus ojos. Su brazo, que estaba enroscado en mi cintura, estaba tan caliente, podía fundirme. Oh, Dios. Tenía que alejarme lo más rápido de él.

Tragué saliva, aclaré mi garganta.

—Claro —dije.

Sonrió como si yo fuera divertida.

—Voy a pasar a revisar tu tobillo, ¿está bien? —Asentí con mi cabeza otra vez, su sonrisa se hizo más amplia—. ¿Quieres que lo haga aquí en el pasillo o prefieres que entremos?

Entonces entendí por qué le parecía tan divertida. Me había quedado paralizada babeando por él. Sin tener idea de cómo habíamos llegado abrí la puerta y entramos. Estar cerca de él ofuscaba mi cerebro. Me llevó hasta el sofá de terciopelo beige estilo victoriano y con mucho cuidado me acomodó sobre él, estaba a punto de quitar mi zapato cuando coloqué mi mano sobre la suya deteniéndolo.

—¿Por qué me ayudas si no nos agradamos? —pregunté.

—Es divertido ver cómo te quedas sin palabras en mi presencia, así que sí, me agradas. En cambio, no me sorprende que yo no te agrade a ti. Ya te formaste una opinión errónea de cómo soy a pesar de que no me conoces. Ni me recuerdas—. Atrapó mi mirada—. El problema es totalmente tuyo.

Ahora que ya estaba a salvo en casa recuperaré un poco de la valentía que había perdido.

—Yo no tengo ningún problema y no necesito tu ayuda. Perfectamente puedo llamar a un médico cualificado. Solo que te dejé hacer esto para cobrarme la que me debías. Nada más. No te hagas el héroe.

—Te rescaté y por mucho que eso te moleste no cambia el hecho de que sí soy tu héroe. Ahora deja que te revise, parece que se está inflamando.

Sin pedir permiso quitó mi zapato con el tacón roto, sus dedos rozaron suavemente mi tobillo. Su tacto sobre mi piel me provocó un escalofrío que no pude controlar. Henry conocía cada rincón de mi cuerpo, lo había acariciado por completo, entonces ¿por qué estaba locamente excitada con un desconocido que no era en absoluto mi tipo?

## Capítulo 5

Veinte minutos más tarde aun me encontraba sentada en el sofá con mi pie vendado y recargado sobre una almohada. Diría que era una situación aburrida, pero ver a un hombre extraño pasearse por mi sala de estar llevaba mi adrenalina al límite haciéndome olvidar el dolor. Bueno, no tanto, pero casi. Volví a repasar la forma en la que él mencionó que nos conocíamos y que no lo recordaba. Su afirmación me hacía mucho ruido. Estaba exasperada por mi conducta inusual, por la curiosidad que me causaba. Tenía que preguntar. Lo busqué con la mirada encontrándolo de pie en frente al estante lleno de libros que tenía en la sala.

—El otro día insinuaste que nos conocíamos, pero le he estado dando vueltas y no logro recordarlo. Porque estoy asumiendo a que te referías a un lugar diferente del hotel, ¿verdad?

—¿Solo tienes libros de romance? —preguntó en vez de responder.

—Me gustan los finales felices.

—Eso es basura —iba a protestar, pero se adelantó, sorprendiéndome—. ¿No se supone que cuando eres feliz no hay un final?

—Eso es romántico —susurré.

Deslizó sus ojos fuera de los libros para posarlos en mis pies, su frente se arrugó. Sus ojos ascendieron lentamente sobre todo mi cuerpo, rozándome, acariciándome, podía sentir mi piel arder y mi respiración acelerarse de deseo. Todo en mí empezó a sentirse como si necesitara un *gran* favor. Me removí incómoda por la atracción física que él me producía, solo necesitaba que me mirase de forma lenta y misteriosa para que mis hormonas obtuvieran el completo control sobre mí. Llegó un punto en que nuestras miradas colisionaron. Empujé el deseo fuera de mis ojos.

Ladeó su cabeza y me examinó.

—¿Por qué te ves como la mierda?

Jadeé por su pregunta brusca.

—¿Pe-perdón?

—No te ofendas, pero parece como si un camión te hubiera pasado por encima. Varias veces.

—Lo único que pasó es que tuve una torcedura en el pie que está siendo tratada por un extraño que probablemente sea un drogadicto.

Cruzó sus brazos frente a su pecho.

—Yo no soy drogadicto.

—Entonces irresponsable.

—Estás un poco loca. No puedes saber quién soy o cómo soy solo por mi apariencia. Creí que ya lo había mencionado.

Escuché la diversión en su tono de voz disminuyendo el calor sexual en mi interior. Se estaba burlando de mí. Otra vez.

—Creo que sí, lo mencionaste, pero no suelo tomar en serio a las personas que me utilizan como escudo para no enfrentar sus propias acciones, sin mencionar que no tendría que estar especulando sobre quién eres si en vez de estar burlándote de mí respondieras a mi pregunta. ¿De dónde demonios nos conocemos?

—Realmente no me recuerdas. Ahora todo tiene sentido. —Asintió con su cabeza—. Fue hace un par de años en un club. Val y Rosé también se encontraban ahí. Fue todo un espectáculo.

¿Con Val y Rosé en un club? Eso debió haber sido hace más de dos casi tres años. Era lo más probable porque después de eso ellas se fueron de viaje y de hecho este piso pertenecía a mi amiga Rosé. Seguía esperando que regresaran, pero al parecer ninguna de las dos tiene fecha de retorno. Aún no estaba segura de si vendrían a mi boda, no estaba segura de si mi invitación había llegado hasta ellas. Las dos tenían el mal hábito de desaparecer por semanas. No les hablaría nunca más sino estaban ahí para el día más importante de mi vida. A fin de cuentas y a pesar de la distancia, ellas dos seguían siendo las personas más cercanas que tenía.

—Sí, recuerdo esa noche perfectamente. Nunca había visto a Val actuar de esa forma. —Mi prima siempre sabía controlar sus emociones, era un iceberg, pero esa noche tenía el corazón destrozado. Derramó tantas lágrimas que rompió mi corazón de solo verla—. Pero creo que sí, te recuerdo. Casi. Tenías el pelo corto en ese entonces, ¿verdad?

Pasó una mano por su cabeza hasta llegar al moño donde tenía sujetado su pelo negro.

—Sí, lo tenía corto. Aunque estoy empezando a pensar que solo estás fingiendo que no me recuerdas. Soy imposible de olvidar.

—Oh, estoy segura de que debes dejar una gran impresión para ganarte la honorífica invitación a la habitación de un hotel.

Su carcajada caliente llenó la sala. Mi pecho se calentó de placer por ser yo quien le hiciera reír. Aunque mi comentario no tenía ese objetivo.

—¿Eso es un insulto o un cumplido?

Me encogí de hombros.

—Lo que te haga más feliz. Tú decides.

—Un cumplido será. Es lo menos que merezco por ser muy bueno con mis habilidades sexuales. ¿Qué te parece si mejor empezamos de nuevo?

—¿Solo porque lastimé tu frágil ego al no haber recordado desde el inicio el semental que eres?

—Ya veo, te gusta jugar. Lo siento. Hace falta más que no recordarme para lastimar mi ego. Mucho más.

Con una sonrisa bailando en mis labios me di cuenta de que me sentía cómoda estando con él. Lo mejor era que no hablaba de mi boda.

Extendí mi mano.

—Fiorella Evans.

Estábamos a una distancia considerable, uno de los dos tendría que acercarse al otro y era yo quien tenía una venda en el pie. Sus ojos vieron mi mano extendida, luego mi rostro con sospecha, como si hubiera adivinado mi intención.

Elevé una ceja y sacudí mi mano.

—Edward, Edward Hemsley.

Caminó hasta mí, su mano envolvió la mía con sutileza, era grande y cálida. Su pulgar rozó mi piel provocando que un escalofrío se extendiera por toda mi espalda. Sintiendo ridícula por mi reacción bajé la mirada al piso cerámico esmaltado, retiré mi mano de la suya. Mis mejillas ardían.

Edward de por sí era alto, pero cuando levanté los ojos para encontrarme con su mirada lucía como un rascacielos que me observaba impávido. En el fondo tenía la sensación de que este rascacielos en cualquier momento se desmoronaría sobre mí. Aplastándome. Sentí un hueco formarse en mi estómago.

—Encantada de conocerte, Edward.

Con la misma actitud asintió.

—¿Tienes un botiquín? Deberías tomar algo para el dolor y la inflamación.

—No es recomendable auto—medicarse.

—Está claro que te duele el pie. ¿Tienes el botiquín en el baño?

Sin esperar a que respondiera me dio la espalda, un minuto después regresó con una pastilla para el dolor y un vaso con agua. Después de tomarla me dejé caer de espaldas sobre el sofá, de repente sintiéndome muy cansada y absolutamente confundida por la forma en que mi corazón martillaba dentro de mi pecho. Debí imaginarme que algo estaba mal conmigo cuando cerré mis

ojos y ningún pensamiento atacó mi cabeza por la falta de Henry o cuando ni siquiera tuve el impulso de llamarlo y pedirle algún tipo de explicación. Al contrario, me sentía tan abrigada que poco a poco me dejé llevar a la deriva, me perdí en una tranquilidad extraña y calurosa. Tranquilidad que fue extinguiéndose a medida que pasaban los segundos y todo se volvió tumultuoso. Cuando abrí los ojos de nuevo estaba desorientada, agotada y sudorosa.

Me tomó un momento recordar dónde me encontraba y un momento más asimilar que estaba recostada sobre mi cama, como si fuera poco también tenía una sábana cubriéndome protectoramente. Aún somnolienta me deslicé fuera tan rápido que un pequeño mareo me detuvo.

No recordaba haber entrado a mi habitación, menos acomodarme en la cama. Si yo no lo hice solo había una persona que pudo haberlo hecho. Edward. No tenía la menor idea qué hora era, pero esperaba que fuera de noche porque aún quería seguir durmiendo. La sangre corrió a mis mejillas coloreándolas de rojo con solo pensar que me había traído hasta mi habitación en sus brazos. Con el mayor sigilo salí de la habitación. Una parte de mí le gustaría que Edward ya no estuviera aquí, que se hubiera ido sin despedirse para no tener que cruzarme con él y evitar la parte incómoda. Estaba agradecida de no ser una persona que apuesta porque seguro perdería, como en ese momento.

Edward estaba en mi sofá, con los ojos cerrados y un libro sobre su pecho. Dormido. Su rostro no tenía nada de su diversión habitual, se miraba tan pacífico. Sonreí, era una vista de él que me provocaba ternura.

El poco sueño que aún me mantenía atrapada se desvaneció por completo cuando los ojos de Edward se abrieron de repente justo en mi dirección. Todo a nuestro alrededor estaba en silencio y yo tenía la completa atención de él, su rostro somnoliento le dio un paso a la seriedad absoluta.

—Al fin te despiertas.

Era todo un caballero.

—Lo siento, pero como este es mi lugar en el mundo inocentemente creí que tenía permitido dormir todo lo que quisiera.

—Acepto tus disculpas porque no me gusta actuar como niño. —No me había dado cuenta de que estaba muy cerca de él, pero cuando se levantó del sofá, tiró de mi mano sentándome a su lado. Con suavidad tocó mi frente—. Tienes mejor aspecto, parece que la fiebre bajó.

—¿Fiebre?

Toqué mi frente también.

—Cuando ya me iba me di cuenta de que te quedaste dormida en una mala posición, como lucías cansada, no quise despertarte. Te llevé a la cama para que estuvieras más cómoda y fue cuando sentí que estabas muy caliente, y no de una forma en la que podríamos divertirnos. —Edward trató de sonreír por su comentario con doble sentido, pero un poco de preocupación empañaba su mirada dejándome sin aliento—. La temperatura te subió de la nada y no sabía a quién llamar aparte de un doctor.

No era la acción que esperaría de una persona como él, no parecía ser de los que se preocupaban por otras personas ni de tomarse nada en serio, pero se preocupó por mí. Mantuve la mano en mi frente, más porque todavía tenía la sensación de su tacto al verificar si todavía tenía algo de temperatura. Aunque no la tenía, sí tenía la sensación de estar agotada. Débil. Suspiré. Tal vez debería ir a pasar consulta para descartar algún virus.

—Bueno, es una suerte que ya no me sienta mal porque debo mencionar que eres un pésimo enfermero. —De reojo veo el libro que estaba leyendo y de regreso a él.

Sus ojos se ampliaron estupefactos.

—Porque mi ambición siempre fue convertirme en un enfermero de una persona pretenciosa incapaz de ser agradecida, sin importarle que la cuide un día entero cuando podría estar teniendo sexo y no leyendo historias de mierda.

Mi comentario no era un reclamo, en realidad pretendía ser un chiste para quitarle importancia a la situación. No era la primera vez que sufría una fiebre espontánea. De hecho, la primera vez fue hace tres meses, lo recordaba perfectamente porque fue un día después de que aceptara la propuesta de matrimonio. Me sentía vulnerable sabiendo que Edward había presenciado un momento en el que había sido débil y que se hubiera portado agradable conmigo. En cambio, él estaba atacándome sin razón alguna y... ¿se supone que yo soy la prejuiciosa aquí? No había ninguna manera que pudiera ocultar mi irritación por presumir que podría estar disfrutando de sus aventuras con alguna mujer. Lo irónico de la situación me parecía divertida su actitud.

—Si no me equivoco, mi vecina es justamente tu tipo, ya sabes, tiene cincuenta años y sigue casada. ¿Concreto una cita para ti como pago por tus servicios?

Sus fosas nasales se dilataron de enojo.

—No puedo creer que perdí mi tiempo ayudando a una persona como tú.

Lo miré directo a los ojos tratando de averiguar de dónde venía su enojo



hacia mí. Solo fueron un par de comentarios inocentes, pero Edward parecía genuinamente enfadado. La realidad me golpeó. Si me estuvo cuidando probablemente no había dormido. Ese podría ser el hecho de que estuviera agrandando todo, el cansancio. No quería que se enojara conmigo porque sentía curiosidad genuina por él. Y era el único que estaba alrededor.

Coloqué mi mano sobre la suya y sin apartar mis ojos de él, dije:

—Gracias por traerme y gracias por tomarte el tiempo para cuidarme.

Nuestros ojos se entrelazaron por varios segundos hasta que Edward desvió los suyos a nuestras manos juntas. Todo el ambiente cambió. Fui consciente del calor que su mano transmitía y de la energía cargada de lujuria que se extendió por todo mi cuerpo. La sangre corriendo hacia mis partes femeninas fue la advertencia de ello. Evité hacer cualquier movimiento que delatara mi situación y solo alejé mi mano de la suya.

Tragué saliva, desconcertada.

La vibración de un celular rompió la atmósfera que se había creado desviando mi atención hacia la mesa en medio de la sala donde se encontraba un florero de cristal con rosas rosadas. Mi celular estaba a un lado. Lo miré ceñuda porque estaba segura de que no lo había sacado de mi cartera.

—Creo que podría ser urgente. No han dejado de llamar en todo el día y el sonido me volvía loco, por eso lo puse en vibrador —explicó Edward a mi pregunta no formulada.

—¿Dijiste... dijiste un día entero?

Edward me dio un asentimiento de cabeza.

De repente, sintiéndome verdaderamente enferma fui sabedora de lo que eso significaba.

Agarré mi celular. Todo mi cuerpo poniéndose en tensión cuando vi que en la pantalla estaba el nombre de Henry. Sin ninguna palabra me levanté del sofá y cojeé hacia mi habitación.

Era consciente de Edward siguiéndome con la mirada, quemando mi espalda.

Tenía los nervios a flor de piel.

—Hola —contesté la llamada esperando sonar feliz.

—¿Dónde has estado? Te he estado llamando.

—Me sentía un poco mal y necesitaba descansar. Puse el celular en silencio.

Hice una mueca ante la omisión del invitado que tenía sentado en el sofá como si estuviera ocultando algo malo. Tenía la certeza que no le gustaría que

estuviera en compañía de alguien como Edward, no solo porque este fuera un hombre, sino porque, si yo era prejuiciosa, Henry lo era en proporciones astronómicas. No quería darle un motivo para que se enfadara conmigo.

—Como sea, he estado intentando avisarte que no regreso hasta el martes por la tarde. La obra ha tenido algunos retrasos y necesitan que alguien esté aquí supervisando.

*¿Cómo sea?*

Me quedé sin palabras, ¿en serio había dicho eso? Ni siquiera tuvo la decencia de preguntarme si estaba bien o si me sentía mejor. Él solo disparó su información como si yo fuera su secretaria y no su prometida. Demonios.

Respiré profundo.

—¿Solo tú puedes quedarte a supervisarlo? ¿No hay nadie más que pueda hacerlo por ti?

—Este proyecto lo inicié yo, así que es lógico que sea yo quien lo supervise. Por lo menos hasta que llegue la persona que va a reemplazarme y eso no es hasta el martes. ¿Lo entiendes?

*No quería hacerlo.*

—¡Demonios, Henry! Me aseguraste que volverías ayer. Te esperaba ayer. Te necesitaba ayer. Hasta tenía una sorpresa preparada para ti. En vez de eso tuve que enterarme por un mensaje de tu secretaria que no regresarías. Ni siquiera te molestaste en tomarte el tiempo de avisarme.

Henry suspiró.

—No es para tanto, Fiore. Te estoy avisando en este momento.

Su tono de impaciencia me dejó helada. Él no se estaba tomando en serio mi reclamo. Me estaba haciendo sentir como una niña estúpida y malcriada que le hacía perder su valioso tiempo. No quería discutir, pero no iba a darle la razón en esto porque no la tenía. Él no estaba aquí.

—Se supone que vamos a casarnos en unos días. Eso me da el derecho de que esta situación me moleste.

—Se supone, no. Vamos a casarnos. Sé que ya tienes todo listo —dijo Henry como si fuera algo sabido.

La sangre hirvió de rabia en mis venas.

—Todo excepto el novio —gruñí.

Nos quedamos unos segundos en silencio, después respondió:

—Cariño, nunca me perdería nuestra boda. Voy a estar ahí el martes, lo prometo. Te amo.

Ahí iba de nuevo. Diciendo sus *te amo* como si fueran nada. Tratando de

convencerme de que estoy haciendo una tormenta en un vaso de agua. En algún momento desde la pedida de mano él simplemente me dio por sentada y no era la primera vez que tenía esa sensación de vacío.

—Hablamos en otro momento, tengo cosas que hacer.

—¿Es importante? Tengo tiempo para que hablemos, te extraño.

Suspiré.

—Sí, es importante, así que hablamos después.

¿Edward era importante? No. Tal vez. No lo sé. Pero él me prestaba atención, aunque fuera solo por compromiso.

—No te molestes conmigo, es mi trabajo.

—Al parecer es más importante que todo, ¿sabes? ¿Por qué no te casas con tu trabajo? ¡Serían la maldita pareja ideal! —dije en voz alta, me froté los ojos de frustración. En ese momento la voz masculina en mi oído me resultaba desagradable—. No quiero hablar contigo. Voy a colgar.

Corté la llamada sin esperar a que respondiera. Daba exactamente lo mismo. No lograría hacerlo cambiar de opinión para que tomara un vuelo esa misma noche y regresara junto a mí. ¿Por qué me estaba sintiendo tan vulnerable todo el tiempo? Tenía ya claro que mi vida no giraba en torno a una persona, aunque esa persona fuera la más importante. Tenía que dejar de sentir que me faltaba algo porque no lo hacía. No era el momento para que mis pensamientos se fueran a la deriva. Necesitaba estar sola. Lo mejor era agradecerle a Edward y pedirle que se fuera. No podía robarle más el tiempo y no lo necesitaba ahí para que me viera revolcarme en enojo por no conseguir lo que quería.

—Seguramente ya te quité muchísimo tiempo y ya me siento mejor —le dije a Edward cuando regresé a la sala.

Él desechó mis disculpas con un gesto de la mano y me regaló una sonrisa de niño con juguete nuevo.

—No te preocupes, ya veremos cómo me lo pagas después. —Me guiñó un ojo—. No has comido desde ayer, debes estar hambrienta.

Me removí incómoda en mi lugar. En ese momento, solo quería estar sola y no sabía cómo informarle sin que creyera que estaba siendo desagradecida.

—En realidad no tengo hambre.

Sacudió su cabeza. Una vez más desechando algo que yo decía.

¿Nadie me tomaba en serio?

—Tonterías, puedo oír a tu estómago rugiendo desde aquí. —No era verdad, mi estómago no rugía—. Como no sabía en qué momento despertaría preparé

caldo de pollo para mí, pero con gusto compartiré contigo. Hasta donde sé es muy bueno para cuando estás enfermo.

Hasta ese momento no me di cuenta de que estaban dos platos humeantes sobre la mesa de cristal en el comedor esperando para ser comidos. Con la decepción que sentía en mi interior por Henry al no ser capaz de ponerme primero en nuestra relación como yo lo venía haciendo, ese gesto de Edward me pareció encantador. Terminó teniendo un significado arrebatador. Él me producía calidez.

Siendo arrastrada hacia una de las sillas decidí que me gustaba. Claro, a mi cuerpo Edward le gustaba. Mucho. Eso era un asunto aparte. Edward me gustaba como persona, como ser humano y sí, como hombre.

Tal vez estaba siendo voluble con mis emociones. Tal vez solo estaba aceptando lo que sentía.

## Capítulo 6

El sonrojo en mis mejillas había pasado de ser ocasional a adornar permanentemente mi rostro alrededor de Edward. No había dicho nada con doble sentido, ni falta le hacía. Era su mirada.preciativa. Sentía mi piel cosquillar por donde sus ojos me recorrían y desnudaban. Maldición, él sabía cómo hacer para que una mujer se excitara sin tener que tocarla directamente. Tenía mis piernas presionadas entre ellas y tenía que exhalar constantemente por la boca para que ningún sonido sexual se escapara de mí. Por la sonrisa burlona que tenía plasmada en su cara él sabía exactamente cómo me estaba sintiendo. Juro que hasta mi ropa interior estaba mojada. ¿Por qué aún seguía aquí conmigo? Necesitaba que se fuera o terminaría teniendo un orgasmo con su sola presencia.

—¿Quieres helado?

Él había tenido tiempo suficiente para husmear en mi piso, por supuesto.

Me encontré con su mirada.

—¿Cómo sabes que tengo helado?

—Soy una persona curiosa —dijo sin preocupación.

Por no decir revisé toda tu nevera.

—Me doy cuenta, Edward. —Sonreí. Seriamente esperaba que fuera lo único que hubiera revisado—. No soy amante del helado, pero puedes comerlo tú.

—Tienes mucho helado ahí y de varios sabores.

Me encogí de hombros.

—Rosé ama el helado y yo mantengo la nevera llena por si en algún momento decide aparecer de improvviso. Qué lo dudo, pero me gusta soñar y estar preparada.

—¿Las extrañas? —preguntó refiriéndose a Rosé y mi prima.

—Sí —mucho—. Me propusieron hacer el viaje con ellas, pero yo no soy así. No puedo dejar todo atrás solo por una aventura que no me iba a aportar nada.

Edward fue hasta la nevera y lo observé sacar un bote de helado. No entendía muy bien qué era lo que me atraía sexualmente de él. Era bastante guapo, sí, pero no terriblemente guapo, por lo menos no de eso que te hacen seguirlos con la mirada mientras babeas y ruegas por tener algún tipo de contacto físico, aunque sea uno accidental. La teoría que tenía era que me

gustaba lo despreocupado que podía llegar a ser, la energía cavernícola que emanaba y su mirada siempre brillante rayando lo salvaje. Estar cerca de él me provocaba dejar lo aprendido atrás y romper las reglas, dejar de pensar y hacer lo que mis instintos más crudos me decían que hiciera. Parecía ser ese tipo de persona. Se sentó a mi lado y ya no frente a mí como cuando estábamos comiendo. Me ofreció una cuchara ignorando que le dije que no quería y con la clara intención de que comiéramos directo del bote. Justamente era algo que yo no hacía, lo correcto es servirte el helado en un recipiente.

Tomé la cuchara solo por educación, pero no quería romper la dieta tan fácil.

—Las aventuras siempre aportan algo, ellas están aprendiendo a responsabilizarse por sí mismas y creciendo de una forma que no todos se pueden permitir. Viajar te da una perspectiva diferente del mundo y conociendo a ambas seguramente se están divirtiendo salvajemente.

—*Salvajemente* es el término que hace que me preocupe por ellas.

—Si me dices dónde están puedo decirte si debes preocuparte o no.

—No hablamos mucho, pero antes de irse me dejaron muy claro que no debía dar ningún tipo de información sobre ellas a nadie y en esto solo estoy especulando, pero creo que también incluía al amigo del hombre que rompió el corazón de mi prima.

Edward apartó la mirada como si lo hubiera atrapado.

—Siempre hay otro lado de la historia ¿sabes?

—¿Estás diciendo que ella rompió el suyo?

—Definitivamente lo hizo. Jugó sucio.

No podía refutar algo como eso. Val se había equivocado muy feo.

—Lo siento por él, creo. Lo único que puedo decirte para que le informes a él es que ella ya pasó página.

Por lo menos eso era lo que esperaba.

Enterró la cuchara en el helado.

—¿A dónde te gustaría viajar a ti? —cambió de tema.

Era una pregunta difícil porque me gustaría visitar muchos lugares, pero los que estaban en lo más alto de mi lista sin duda eran tres.

—París, Venecia y Praga.

Esperé a que se burlara por mi elección romántica de ciudades, mas no lo hizo.

Me inmovilizó con la mirada.

—¿Vivirías viajando?

—No lo sé, nunca lo he pensado.

—¿No acabas de decir que ellas te invitaron a su viaje?

—Lo hicieron, pero no lo pensé seriamente. En cambio, en este momento de mi vida tendría que pensarlo mucho, pero al final no lo haría. No encaja con lo que quiero. —Le vi la intención de hacerme otra pregunta, pero me adelanté —. ¿Trabajas?

Se tiró una carcajada.

—¿Por qué lo preguntas con duda?

—¿Lo haces o no?

—Sí, soy piloto de la F1.

Mi boca se abrió.

—¿En serio?

No pude ocultar el escepticismo en mi voz.

—¿Por qué te sorprende?

¡Porque tenía un trabajo real!

—No me sorprende, bueno sí que lo hace, pero de todos los trabajos que creí que podrías desempeñar ese nunca se me pasó por la cabeza. Probablemente es porque nunca he conocido a un piloto. Vamos, nunca he ido a una carrera. Eso explicaría por qué eres tan temerario y el aire de misterio que desprendes. Es muy atractivo. Quiero decir... ser piloto.... A eso me refiero con lo de... atractivo. Yo nunca rebaso el límite de velocidad permitido, pero tú lo haces como un trabajo. Debe ser muy emocionante, aunque también muy peligroso. ¿Alguna vez has tenido algún accidente? Oh, que seas piloto también explicaría por qué eres aficionado a traspasar los límites. Estoy balbuceando, así que puedes detenerme cuando quieras, por favor.

—¿Por qué voy a arruinar este momento? —Sonrió mostrando todos sus dientes—. Es divertido ver lo mucho que te esfuerzas tratando de encontrar una excusa creíble para no admitir que pensaste que simplemente era un tipo perezoso que en lo único que piensa es en follarse a las chicas, y mujeres mayores. Porque yo no discrimino.

Puse los ojos en blanco.

—¿Puedes culparme? —pregunté—. Ya piensas que soy una presuntuosa con aires de superioridad. No quiero darte más motivos.

—¿Puedes *tú* culparme por eso?

—No, no puedo culparte. Pero para ser alguien que dice que las apariencias engañan tú también eres muy prejuicioso.

Edward chasqueó la lengua.

—Tal vez tengas razón. Es porque no sé nada sobre ti. Sólo te vi una vez antes.

—Yo tampoco sé nada sobre ti, ¿tienes novia?

Sus ojos se iluminaron.

—Por supuesto que no, todavía no ha llegado la chica que logre atraparme. Soy un romántico.

Elevé una ceja.

—Más que romántico me pareces un jugador.

—Te vuelves a equivocar y es ahí donde yo marco la línea. No soy ningún jugador. No voy haciéndole ninguna promesa a ninguna de las chicas con las que me acuesto, ellas vienen a mí sabiendo que lo único que van a obtener es sexo. Buen sexo.

*Buen sexo.*

¿Era necesario recalcarlo?

—Supongo que a ti te funciona.

Se encogió de hombros.

—Cuando encuentre a una chica y mantengamos una relación voy a ser completamente fiel y no me va a ser difícil porque voy a estar enamorado, mientras tanto voy a disfrutar de lo que la vida me traiga.

¿Mientras tanto?

—Yo no sabría qué hacer en un *mientras tanto* —susurré.

Mis ojos siguieron el movimiento de Edward llevando la cuchara a su boca, justo para después pasar su lengua lentamente sobre ella. Limpiando cualquier residuo de helado que hubiera quedado. Una imagen de Edward rozando su lengua mojada y caliente por mis partes femeninas pasó por mi cabeza.

*Buen sexo,* rugió una voz en mi cabeza.

Mi pecho subiendo y bajando por mi respiración superficial me delató cuando solté un mini jadeo, pero lo suficientemente alto para que Edward lo escuchara en el silencioso piso. Volvió sus ojos a mí con una mirada intensa, como si supiera exactamente lo que estaba sintiendo, como si él lo hubiera estado haciendo a propósito. Un aleteo nervioso se instaló en mi estómago. Edward no necesitaba cerciorarse si su plan había funcionado. Todo estaba escrito en mi cara.

Seguía mirándome mientras decía:

—Tal vez deberías empezar por esto.

No me tomó por sorpresa, supe lo que iba a hacer mientras acertaba la poca



distancia que nos separaba, me tomaba por la cintura y acercaba su boca a la mía, besándome sin delicadeza. No fue en cámara lenta, ni pidiendo permiso. Todo ocurrió en un solo movimiento que no me permitió pensar siquiera en que era un error, pero aun así no me tomó por sorpresa. Su lengua exigente se deslizó al interior de mi boca, su mano libre pasó por mi cintura hasta llegar a mis caderas y le dio un apretón fuerte. Deseoso. Rodeé con mis manos su cuello para atraerlo más hacia a mí pegando mis senos a su pecho. Edward jadeó, mis pezones se endurecieron al instante.

En ese momento estaba sintiendo demasiado, mis sentidos agudizándose. Sentía la adrenalina de ir por la carretera a toda velocidad, sin frenos y a punto de estrellarme contra un muro. Así de alerta estaban mis sentidos, pero no tenía la intención de detenerme. No quería hacerlo porque me sentía viva. Libre. Traviesa. La mano que estaba acariciando mi cadera se deslizó hacia mi espalda, moviéndose con cierta urgencia. De un momento a otro, cortó el beso a la mitad y se alejó de mí.

Fue un beso corto, efímero.

Me lancé hacia adelante, quería más. Él me detuvo.

—¿Dónde está? —jadeó Edward.

Mis ojos volaron hacia él.

—¿Qué?

—La cremallera de tu pantalón, ¿dónde está?

Abruptamente el aire dejó de entrar en mis pulmones. Lo único que podía hacer era quedarme quieta y observarlo mientras sus palabras atravesaban como una bala en la neblina de excitación e impactaba contra mi cerebro. Así que era eso lo que estaba buscando en mi espalda. Mi cremallera.

Aún sin respirar negué con la cabeza a lo que él respondió con un beso húmedo en mi cuello.

—Deja de pensar, Fiorella —ronroneó cerca de mi oído.

Mordió el lóbulo de mi oreja. La piel de gallina se extendió por mi cuello, tiré mi cabeza a un lado para darle más acceso libre.

—No puedo. Esto está ma—mal —tartamudeé.

Sus dedos rozaron mi clavícula, bajando y jugando con el hueco entre mi escote. Con habilidad desabrochó el primer botón de mi blusa. Me puse tensa de anticipación.

*No, no, no. Esto no puede estar pasando.*

—¿Me quieres dentro de ti? ¿Quieres correrte a mi alrededor? —preguntó.

*Maldición, sí.*

*¡NO!*

—No puedo.

Ahucó con ambas manos mi senos y los apretó fuerte. Amasándolos con ritmo salvaje.

—Puedes y quieres —gruñó.

Luché para obtener un poco de claridad en la bruma sexual en la que me mantenían sus caricias, deseando que cuando le dijera la verdad de mi situación él simplemente se alejaría de mí para evitar todo el drama. Dejándome respirar aire puro.

—Estoy comprometida, Edward.

Una de sus manos abandonó uno de mis senos e hizo su viaje hasta mi mano izquierda. Enredó sus dedos con los míos.

—Puedo notar eso —dijo girando mi anillo de compromiso sin mirar. Así que se había enterado—. Puedo asegurarte que es imposible no ver este anillo. Es una gran piedra la que tienes ahí para avisarle a todos que no se acerquen a ti porque ya estás tomada. Es algo bueno que no me importé una mierda.

Tragué saliva.

Con toda la fuerza de voluntad que pude reunir, hice caso a mi sentido común y puse distancia entre nosotros, no mucha, solo lo suficiente para que él dejara de mandarme al borde del abismo con su lengua en mi cuello.

Respiré profundo.

—No se trata solamente de no seguir las reglas, sino de que yo no soy así. No hago estas cosas. No soy tramposa.

El calor de sus ojos me sacudió.

—Suponía eso. Eres de las personas que tienen su vida planeada, detallada a la perfección, pero hay cosas contra las que no puedes luchar y una de esas cosas es esto. —Señaló mi blusa desabotonada y luego el bulto de su pantalón—. Apuesto a que si meto mi mano entre tus piernas te encontraría jodidamente mojada. Mojada por mí. Para mí.

—Edward —susurré en voz baja.

No se equivocaba en que estaba mojada no solo por él y para él, sino por la situación. Nunca había tenido una aventura de una sola noche, nunca había hecho algo que no planeara con anterioridad y eso era lo que de verdad me mantenía excitada. Salirme de mi propia piel para ser alguien más, aunque fuera solo un momento. Tener una historia que no contaría a nadie.

—Deja de sobreanalizar todo. Disfruta Fiorella.

—Fiore —corregí—. Me gusta que me digan Fiore.

—Entonces Fiore puedes tomar esto como tu despedida de soltera.

El choque de sus labios contra los míos fue tan fuerte que estuve a punto de romper el beso para comprobar que no me hubiera lastimado, pero la lujuria me tenía poseída. Dejé que él me tomara por la cintura para sentarme encima de la mesa. Tomé su mano y la llevé a un costado de mi pantalón donde se encontraba mi cremallera. Edward la bajó sin dudar. Levanté mis caderas para que pudiera sacar mi pantalón. La tela se pegaba a mi piel así que tuvo que tirar duro para que saliera. Sus ojos hambrientos me recorrieron hasta enfocarse en mi blusa desordenada y exponiendo mis pechos. Se lanzó sobre mí. La impaciencia brotaba en jadeos de nosotros. Como pude desabroché los botones que faltaban y me quité la blusa, él hacía lo mismo. Ahora me encontraba solamente en ropa interior de encaje negro. No era un conjunto que usara a menudo. No era vulgar, simplemente era como una segunda piel que hacía cosas extraordinarias con mis senos, la parte inferior era una tanga que dejaba ver solo lo justo y necesario para tentar a alguien. Darle la imagen. Por lo menos, yo me sentía sensual cuando lo usaba y por cómo me miraba Edward parecía que estaba de acuerdo conmigo. Era un conjunto que había comprado para Henry.

Mi excitación comenzó a menguar.

Desde todo lo alto Edward me observaba fascinado y abrumado. Mas como si yo fuera un festín y no supiera por dónde empezar, estaba incomodándome por lo expuesta que me encontraba recostada en la mesa frente a un extraño. Desvié la mirada y mordí mi labio. Quizá esta era mi oportunidad de levantarme y hacer lo correcto porque esto estaba mal desde todos los puntos de vista; en el fondo sabía que me arrepentiría. Si Henry se llegaba a enterar era capaz de cancelar nuestra boda antes de que tuviera la oportunidad de excusarme. ¿De verdad valía la pena correr el riesgo de perder toda mi vida por un poco de emoción? ¿Por un golpe de lujuria?

No, definitivamente no lo valía.

Me levanté de golpe y busqué mi ropa que se encontraba tirada en el piso, estaba por agacharme a recogerla cuando una mano se enroscó en mi muñeca.

—¿Piensas dejarme así? —preguntó Edward mientras señalaba su pene ondeando por todo lo alto.

En un abrir y cerrar de ojos se había desnudado.

Lamí mis labios, él apretó más su mano alrededor de mi muñeca.

Dios, su pene estaba completamente duro, casi que podía verlo palpar necesitado. Apreté mis piernas, yo también estaba necesitada. Sin embargo,

iba a tratar de mantener el control de la situación. *Hacer lo correcto, lo planeado*. Lo devoré con mis ojos a medida que alejaba la vista de su miembro y subía por su abdomen marcado con sutíliza, su pecho y... el tatuaje que tenía sobre el lado izquierdo casi llegando al hombro. Era una brújula con una estrella náutica en el centro y tenía escrito *yoursel* en el este. El mapamundi estaba dibujado de fondo con algunas sombras en acuarela. Demonios, me dieron unas ganas de pasar mi lengua sobre él y lamerlo.

Aclaré mi garganta.

—¿Vas a obligarme?

¡Por favor di que sí!

Edward me lanzó una mirada que decía: ¿perdiste la cabeza?

—¡Por supuesto que no! Sin ningún problema puedo llamar a una chica para terminar con esto, pero el deseo sexual entre nosotros ha estado patente desde que nos besamos en el hotel. Tengo esta jodida erección para probarlo. No sé qué pienses tú, pero no creo que desaparezca por acostarnos con otras personas. Esto es magia pura.

—¿De verdad yo soy la causante de eso?

Él no podía esperar que yo me creyera eso, ¿verdad?

Asintió.

—Ni siquiera lo dudes. He imaginado estar dentro de ti muchas veces y cuando te vi ayer supe que no podía dejarte pasar. No quiero hacerlo.

Escandalizada por ser tan explícito y porque yo también me había imaginado estar con él. Sin mencionar que era imposible pensar cuando estaba diciéndome cosas como esas. Cerré mis ojos tratando de controlarme. Controlar mi respiración. Controlar la euforia de excitarlo a ese extremo. ¿Tenerlo dentro de mí? Sí, quería eso. Sin una pizca de romanticismo, solo deseo puro. ¿A quién engañaba? Eso no iba a pasar, no podía llegar a tener intimidad con él. Aunque ya me encontraba en lencería.

Una ola de deseo me recorrió por el cuerpo cuando rozó su pulgar por mi muñeca. Sin poder ni querer resistirme más de probarlo me paré sobre las puntas de mis pies y me abalancé sobre él, acercando su boca a la mía. Hice una mueca por el dolor en mi tobillo. Inmediatamente abrí mis labios para darle acceso. Su erección clavándose como una estaca en mi estómago. Lo deseaba tanto. Nos separamos, gimiendo por la expectación. Sin perder más tiempo y con movimientos bruscos fui despojada de mi ropa interior para a continuación ser sometida a sus manos vagando por todo mi cuerpo, mis muslos, mi trasero, mi cintura y finalmente mis senos. Edward se dejó caer

sobre la silla llevándome con él y sentándome a horcajadas sobre sus piernas. Con destreza soltó mi sostén. Dejándome expuesta frente a su rostro.

—Mierda, sabía que eran perfectos —dice Edward, mirando con avidez mis senos.

Los pezones se fruncieron reclamando atención. Sonrió como un niño antes de cerrar su boca húmeda sobre la cima de uno de ellos. Traté de contener un grito de placer, pero fracasé ostentosamente. Él mordisqueó, chupó y masajé mis pechos. Tenía la piel ardiendo. Yo también estaba ardiendo. Me acerqué más a Edward y empecé a mover mis caderas y frotar mi sexo contra el suyo, buscando aliviar un poco el ardor que estaba sintiendo.

Ahora que había sucumbido al placer no quería esperar.

—Edward —supliqué.

Después si quería podíamos practicar este juego sensual de acariciarnos. En este momento no aguantaba más. Estaba mojada y lista para recibirlo en mi interior. Creo que había estado lista desde que puse un pie en su auto. Yo también sabía que rompería las reglas con él. Con una mano me sostuve de su hombro y con la otra agarré su pene. Gruñó por mi tacto. Me levanté en la punta de mis pies y coloqué su miembro sobre mi entrada. Hice círculos e introduje solo la punta de su miembro, tentándolo. Provocándolo. Seduciéndolo. Nuestras miradas se encontraron, él todavía tenía un agarre firme sobre mis senos, mordisqueó mi pezón derecho una vez más antes de dejarlo libre.

Edward deslizó su mano por mi cintura para sostenerme y se agachó a recoger su pantalón, sacó un preservativo, lo hizo patinar en su larga longitud. Con nuestros ojos enredados, no podía decir quién de los dos estaba más hambriento.

Con mi interior resbaladizo me deslicé alrededor de él, mi agarre sobre sus hombros se apretó a medida que me llenaba por completo. Su pene era increíblemente largo, lo podía sentir chocando contra mi útero.

—Mierda, no puedo creer que esto realmente esté pasando. —Edward apretó mis piernas—. Fiore, quédate un momento así.

¿Estaba loco?

Apenas podía mantenerme respirando. El remolino en mi vientre subía de nivel con cada milésima de segundo que lo tenía dentro de mí.

Lo tomé por ambos lados de su rostro y lo besé.

—No puedo, Edward. Sólo no puedo.

Su pene se sacudió en mi vagina por mis palabras, podía ver la arrogancia

en sus ojos por hacerme perder el control. No me importó. Podía pensar lo que quisiera, carecía de relevancia mientras lo hiciera mío. Me levantó y sacó su miembro hasta la punta y lo deslizó de nuevo profundo en mi interior. Atrapé a Edward embelesado viendo cómo su amigo entraba y salía. Era emocionante observarlo. En una de esas, apreté los músculos internos de mi vagina y su respiración se atoró. Su rostro se pintó de lujuria y lo cavernícola salió a relucir. Me levantó de sus muslos y al instante mis rodillas y manos se encontraban apoyadas en el suelo. Todavía estaba procesando el cambio brusco de escenario cuando sentí de nuevo una deliciosa intrusión en mi vagina, llenándome.

—Te sientes jodidamente bien. Apretada —dice Edward con su voz ronca.

Sus dedos clavándose en mis caderas con un agarre fuerte, él bombeaba dentro y fuera de mí. Casi sonreí, yo tenía razón. Edward, con toda su apariencia relajada, era alguien a quien le gustaba tener el control y podía decir que fui afortunada al llevar las riendas por un momento. Que me permitiera jugar. Sus embestidas eran cada vez más duras, salvajes. En el piso no se escuchaba nada más que nuestros cuerpos chocando entre sí, maldiciones susurradas y nuestros jadeos mezclándose. Por alguna razón todo parecía sucio, instintivo, cavernícola, pero necesario. Tan necesario como respirar. Se sentía real.

Eso lo volvía perfecto.

Mis músculos se tensaban a medida que la presión en mi interior aumentaba. La mano de Edward hizo su viaje hasta mi clítoris y presionó su dedo pulgar en una danza desgarradora. Mis gritos se escaparon de mi control. Mis brazos temblaron. La tensión en mí interior creció y creció hasta quebrarse como un espejo roto. Cerré mis ojos con fuerza cuando una luz me cegó desde todas direcciones.

—Oh, Edward —grité.

Todo mi cuerpo languideció, mis antebrazos chocaron en el suelo. Me sentía flotando en el espacio sin ninguna preocupación mientras estrellas brillaban a mi alrededor. Vagamente fui consciente del gruñido seguido por una maldición de Edward cuando encontró su propia liberación.

Soltó su agarre de mis caderas y fui libre para caer al suelo, sintiendo cómo lentamente su largo pene salía de mí. Me acomodé boca arriba, aun respirando agitada y como si fuera algún tipo de invitación Edward se dejaba caer sobre mí. Acomodó su rostro en mis pechos.

Por un momento nos quedamos así, perdidos en nuestro placer. Era una

locura.

—Guao, nunca me he corrido así —murmuré para mí.

Sé que las personas suelen decir eso cuando encuentran al hombre de su vida. Edward no es el mío, por supuesto, pero sí es el mejor orgasmo que he tenido en mi vida.

—Sí, guao. Tampoco me he corrido tan duro. Por un momento pensé que me vendría antes que tú lo hicieras. Parezco un adolescente con su primera erección —dijo afligido.

Me reí fuerte y despreocupada.

—Eres un poco inmaduro, te gusta jugar con coches. Eso significa que no estás tan alejado de la realidad.

—Este inmaduro te complació y pudo manejarte.

Su alardeó arrogante solo me estimuló.

—Mucho —susurré—, pero dime que no hemos terminado.

—Ni de cerca. Mañana no vas a poder caminar.

## Capítulo 7

Sonreí educada a mi abuela, dulcificando lo aburrida que me encontraba. Toda la energía que había acumulado en mi fin de semana estaba siendo absorbida rápidamente por tres mujeres mayores. Amaba a las tres, pero eran sumamente demandantes, siendo una peor que la otra. Casi que sentía como si hubiera viajado en el tiempo a una de esas veces en las que nos sentábamos en la mesa mientras ellas evaluaban mis modales para saber si eran más que perfectos. Oh, porque, por supuesto, yo había recibido clases de protocolo y etiqueta cuando aún era una niña. Solo que en ese momento no me disgustaba tanto como ahora porque tenía a Val como mi cómplice. Ella siempre lograba sacarnos de esas tediosas costumbres de nuestra familia, aunque solo fuera para llamar la atención de su mamá. Nunca lo lograba. Mi abuela había educado a las hermanas Evans como unas damas, intentó duramente hacer lo mismo con nosotras, y lo hizo. Por lo menos con mis primas mayores y conmigo lo logró completamente, pero no importaba cuánto me esforzara... no lograba satisfacerla.

Mi tendencia a seguir las normas socialmente impuestas y a planificar todo al detalle venía de las enseñanzas que recibí a lo largo de mi edad impresionable. Donde no podía decidir por mí.

Al parecer seguía sin hacerlo.

Mi mamá llamó esta mañana comunicándome que había planeado una salida al spa para que pudiera relajarme y estar brillante para el gran día; por un momento fui completamente ingenua y creí que quería tener un momento madre e hija, pero no. Nada de eso. Resulta que toda la pandilla estaba invitada y quiero decir toda. Desde mi abuela hasta mi sobrina de nueve años. Cuando el día terminó estaba exhausta y creí que podría regresar a mi apartamento, pero mi abuela tenía planes para nosotras y supe que no tenía escapatoria. Ella no pedía ni informaba, ella ordenaba y nosotras obedecíamos. Acepté porque era a la persona que siempre he tratado de maravillarme. Tenía miedo de defraudarla de cualquier forma.

Los rayos rosas, violetas y naranjas del sol entraban por los grandes ventanales del restaurante fundiéndose con las personas. Avisando de que el día estaba llegando a su fin. Era una vista esplendida y digna de una fotografía.

—Te ves agotada y tienes manchas oscuras bajo los ojos, ¿no te sentó bien el masaje? —preguntó mamá.



Aparté renuente la vista del exterior para mirarla a los ojos.

—Por supuesto que me hizo bien.

—Entonces siéntate derecha, no está bien visto que una mujer este con los hombros hundidos.

Esa fue mi adorable abuela.

A los ojos de ella ese siempre había sido un problema recurrente en mí, llegando a compararme con Val. No dudó en hacernos competir «sanamente» la una con la otra por su aprobación. Realmente creo que solamente era una táctica para separarnos un poco, nosotras siempre nos hemos llevado de maravilla en todos los aspectos. Estábamos muy unidas y eso parecía molestarle, a veces la competencia se convertía en enfrentamiento. Volviendo todo tedioso. Al menos para mí.

Ese sistema hizo que terminara esforzándome más por complacer a mi abuela. Para Val todas esas actitudes carecían de importancia, tenía tendencia a llevarle la contraria a las personas. Ella siempre supo lo que quería. Mi abuela la adoraba, de entre todas sus nietas ella era la preferida. Eso cambió en el momento en que prefirió no ir a la universidad por viajar como mochilera. Para la familia era una forastera y una vergüenza. Ya ni siquiera se podía hablar sobre ella, no se mencionaba su nombre. ¿Me pregunto qué harían si supieran que no he roto lazos con ella y que la invité a mi boda?

Tiré mis hombros hacia atrás y enderecé mi espalda.

—El masaje me dejó más relajada de lo que pensé —me excusé.

—El compromiso te está sentando bien, esperemos que con el matrimonio suceda lo mismo. Pero tienes que hacer algo con tu pelo, tienes las puntas abiertas.

Mi mamá y mi tía asintieron con la cabeza, de acuerdo con ella.

Contuve un suspiro. Mi pelo estaba perfecto y se escandalizarían si supieran que no he hablado con Henry durante dos días. Me harían llamarle para arreglar las cosas. No lo haría, tenía dignidad. El martes estaba terminando y aún no había recibido ninguna llamada de su parte confirmando que había vuelto a la ciudad. Quería arreglar las cosas con él. Pero quería que fuera en persona, llamarlo solo serviría para darle la impresión equivocada.

Cuando las mujeres mayores de mi familia empezaron su ardua labor de criticar a una conocida desconecté de la conversación. Ellas podían presumir todo lo que quisieran de clase y educación, pero al momento de soltar cualquier chisme a ninguna de las tres les importaba despojarse de su disfraz protocolar con tal de opinar. Lo malo era que mi sobrina las tomaba como

ejemplo. Mis pensamientos viajaron a Henry. Si era más honesta conmigo, estaba tranquila porque este último par de días sin él no fueron una tortura, había sobrevivido. No estaba orgullosa de cómo lo había logrado, pero sí estaba orgullosa de asegurarme que tenía una vida a parte de él. Nunca depender económica ni emocionalmente de un hombre era una de las reglas que encabezaba mi lista.

Oh, qué ingenua fui cuando creí que lo único malo que me podía ocurrir era que mi abuela corrigiera mi postura y hablara sobre mis puntas abiertas en público. Pues no, eso no era lo único que se salía de mi control.

Una persona a quien esperaba no ver en mucho tiempo, y si tenía suerte no verlo jamás, se deslizó en la silla contigua a la mía. Parpadeé un par de veces para asegurarme de que no fuera mi imaginación o mi calentura, pero cuando el silencio reinó en la mesa supe que era real. Nueve pares de ojos prejuiciosos observaban al recién llegado para después deslizarlos sobre mí. Mi sobrina esperaba en silencio su postre y una de mis primas estaba en el baño. No tenía escapatoria. En ese momento no quería hundir solo mis hombros, sino hundirme completamente.

¡Edward!

¡Edward estaba sentado junto a mí!

Sus ojos brillaban como de costumbre y me sonreía burlón. Oh, maldición, se había dado cuenta de mi malestar y le hacía gracia. Me limité solo a verlo con los ojos bien abiertos, creo que también con la boca abierta porque estaba como para ser mi postre. Desentonaba con todo llamando mi atención.

—Hola —saludó.

Una garganta se aclaró al otro lado de la mesa.

Mi estómago se hundió.

—Te has equivocado de mesa.

Había sido mi mamá la que habló. Desvié mis ojos a ella y alrededor, todas lo miraban como si fuera un drogadicto. Mi primera impresión. Iba vestido con una camiseta blanca tan transparente que dejaba ver su pecho y tatuaje, para mi sorpresa se había afeitado la barba, pero llevaba el pelo suelto y desprolijo. Fruncí el ceño ante eso, una posesividad desconocida me invadió. Edward parecía que había tenido un polvo recientemente, podía sentir su buena vibra. Sacudí mi cabeza. No tenía por qué importarme, era su asunto. En cambio, la situación en la mesa era mi asunto. Ni siquiera lo conocían, pero mi familia ya lo había etiquetado. Mi tía, la menos sutil de todas, tomó de la mano a Anthea. ¡Como si Edward fuera a robarse a mi sobrina! Todas estaban

actuando de forma exagerada. Edward no vestía como la gente de traje con la que les gustaba rodearse, era mucho más relajado que eso, pero era una buena persona. Yo ya lo había comprobado. Quería decirle a mi tía que guardara su actitud mezquina, pero no lo hice.

Cruzó por mi cabeza hacerme la desentendida, fingir que no lo conocía, eso me ahorraría muchas preguntas. Pero hubiera sido una falta de educación y habían invertido mucho en ello, ¿cierto?

Nuestras miradas se encontraron. Sus ojos retadores.

Lo maldije.

—Está bien, lo conozco —informé. Todos los pares de ojos de desplazaron otra vez hacia mí. Tragué saliva. —Es Edward Hemsley. —Fruncieron sus ceños. Oh, por Dios, estaban coordinadas y la cosa parecía haber empeorado —. Ellas son... mi familia —las presenté.

—Mucho gusto —dijo Edward, pero su sonrisa tambaleó, supongo que era por estar en medio de tantas mujeres.

—¿Cómo estás? —pregunté con voz amable ya que ninguna le había contestado.

Fue el turno de Edward de fruncir el ceño. Lo golpeé suavemente con mi pie esperando que entendiera que no era momento de decir sus usuales comentarios con doble sentido.

—Bien —dijo sin más.

Un pesado silencio se instaló. Ninguno de nosotros dos sabía qué decir, pero fuimos salvados por un camarero que llevaba el postre de Anthea. Se me hizo agua la boca. No era amante de lo dulce, pero esa compota de manzana y frutos secos se veía deliciosa. Me lo estaba comiendo con la mirada, mi sobrina ladeó la cabeza con malicia.

—¿Quieres probarlo?

Ella era quien siempre comía postre y amablemente me ofrecía, pero yo rechazaba su oferta y terminaba babeando. Era un ritual entre nosotras, solo que esta vez estaba nerviosa y la culpa de romper la dieta me proporcionaría distracción. Iba a aceptar cuando mi tía me interrumpió.

—No todas poseemos una genética favorecedora. Hay personas, como es el caso de Fiorella, que tienen tendencia a ser, digamos... rellenitas. —Si hace unos minutos quería hundirme ahora solo quería desaparecer. Esfumarme en la nada. Mis mejillas se calentaron de vergüenza y enojo—. Ahora está perfecta gracias al sacrificio que ha hecho de seguir una dieta, pero no va a servir de nada si cuando llegue el día de su boda está hinchada y no le quede su vestido.

Tú no quieres eso, ¿verdad?

Anthea sacudió enérgicamente su cabeza.

Me quedé totalmente de piedra. La familia siempre te hace pasar vergüenza, pero no se supone que tenga que humillarte, pero ella era así. Si alguien no le agradaba te lo hacía saber de cualquier forma. Lo más triste de todo era que tenía razón, yo comía un postre y ya subía cinco kilos. Edward se removió en su asiento y como si me enfundara valor, le lancé una mirada a mamá para que me defendiera.

Error.

—Tiene razón, Fiorella. No puedes darte el lujo de comer un postre.

¿Cómo es que esa estúpida comida se había convertido en un debate para saber si estaba gorda o no? No lo estaba, pero claro, yo no tenía unas medidas perfectas como todas ellas. Aunque mi cintura se marcaba seguía teniendo algo de panza.

—Vaya mierda —dijo Edward riéndose.

Cerré los ojos. Genial. Tenían que avergonzarme frente a un hombre con el que había estado íntimamente. Si alguien podía decir algo sobre mi imperfecto cuerpo era él.

—¿Perdón?

El tono de mamá decía que no le había gustado nada el vocabulario que había empleado casualmente. Las personas de bien no dicen palabrotas.

—Que todo eso es pura mierda —repitió sin amedrentarse—. Conocí a Fiore hace un par de años y era malditamente perfecta —refiriéndose a hace algunos años estaba gorda—, y sigue igual de perfecta. No se equivoquen. Su atractivo no se debe a su peso sino a ella. —Mis mejillas se tiñeron de rojo y el aire se atoró en mis pulmones. Estaba aturdida y complacida—. Es hermosa en todas las posiciones.

No podía haber dicho eso. Ninguna de las personas sentadas en esa mesa pasaría por alto la insinuación sexual.

Gemí.

—Vaya mierda. ¿Si no tenemos la misma genética eso significa que mis senos no crecerán como los tuyos? —preguntó Anthea con un puchero.

Un grito colectivo de indignación se escuchó en la mesa, mientras yo solo pensaba como había cambiado el tiempo cuando actualmente esas eran las preocupaciones de una niña de nueve años. Qué envidia.

—Ahora me siento incómodo —susurro Edward.

—No digas nada más.

—¿Vas a dejarla con su duda femenina?

—¿Qué quieres que le diga? ¡Es tú culpa!

—Cualquier cosa. Nos está viendo raro.

Era verdad. Tenía esa mirada de «no lo voy a dejar pasar sin una respuesta que me satisfaga».

—Creo que es algo que deberías hablar con Emily.

—¿Pero a qué edad te empezaron a crecer?

A su edad yo tenía más pudor.

—Suficiente, Anthea —dijo mi abuela. Todas cerramos la boca. Enfocó su mirada en Edward—. ¿Eres de esos Hemsley? ¿Los del divorcio controversial? Una mujer con una historia muy dudosa.

Todo el cuerpo de Edward se puso en tensión, sus manos estrujaron una servilleta que tenía enfrente. Su aura hizo un cambio drástico. Nunca imaginé verlo de esa forma, parecía estar luchando por contener su enojo. Pese a ello, mi abuela esperaba paciente hasta que él le diera una respuesta, sin importar que fuera incómodo para la otra persona.

—Leyó el periódico, ¿verdad? Por eso cree que sabe la historia — finalmente respondió. Con los ojos escupiéndole furia enfrentó a mi abuela—. Pero lo que no dicen es que mi padre es un hijo de puta que levantó su empresa con el dinero de mi madre. Ella tiene derecho a reclamar lo que es suyo y si para eso tiene que estar en boca de todos está bien. Es más valiente que vivir en una fantasía.

Me besó en la sien antes de deslizarse fuera de la silla, lo seguí con la vista hasta su mesa. Había un grupito de tres personas riéndose, cruzaron unas palabras y la diversión se esfumó de ellos también. Edward salió del restaurante con sus amigos tras él. Uno de ellos, tremendamente alto, se detuvo y le echó un vistazo a nuestra mesa. Desde la distancia podía notar el azul de sus ojos. Eran tan fríos que podría congelar a una persona si quisiera con su mirada penetrante e invasiva. Me tomó un momento reconocerlo porque estaba más interesada en Edward, pero jamás podría olvidarme de él. Christopher. El ex novio de Val. Su porte imponente llamaba la atención de las personas a su alrededor, Pero él no se daba cuenta, era como si no pudiera apartar los ojos de... ¿de quién? Ahogué un grito cuando observé a mi tía devolverle la mirada sin ninguna perturbación. Acto seguido mi ella bajó los ojos. ¿Había ganado Christopher su guerra de miradas? Con rapidez miré donde estaba parado, pero ya se había ido.

—¿Qué fue todo eso? —pregunté molesta.

—Dime, ¿Henry sabe que son amigos?

No me importaba nada Henry en ese momento, solo era capaz de sentir la furia creciendo en mi interior. ¿De verdad en algún momento quise ser como ellas? ¿De verdad quería seguir las complaciendo? Nos criaron con muchos prejuicios, tabúes e inseguras de nosotras. No era necesario tener poderes de adivinación para saber que el tema del divorcio de sus padres era espinoso para Edward y mi abuela lo había mencionado con tanta liviandad y frivolidad. No le importó saber que podría herir a Edward.

Me sentí mal por él, se había portado bien conmigo y mi familia lo había despreciado solo por su apariencia.

Observé a mi mamá actuando como si nada.

Ella suspiró.

—Eso es para que conozcas y selecciones mejor a tus amistades.

—Es una pena que no pueda elegir a mi familia —murmuré—. Por estas actitudes es que Val no quiere estar relacionada con ustedes.

—Ella se fue porque era demasiado orgullosa para aceptar que se había equivocado. Otra vez —dijo mi tía con los dientes apretados.

Para ellas hablar de Val era un tema espinoso, ahora sabían cómo habían hecho sentir a Edward. Pero me detuve, ese era el mejor momento para darles la noticia que había pospuesto mucho tiempo.

Le sonreí a Anthea con complicidad. Era la única que se alegraría.

—Val va a venir a mi boda.

—Aquí estás. —Mi voz resonó en la opresiva oscuridad dentro del auto—. ¿Me dejas subir?

Seguí a Edward fuera del restaurante dejando a mi familia consternada con la noticia, se había sentido bien hacer algo que no esperaban.

—¿Qué haces aquí?

Me encogí de hombros.

—Te seguí.

—¿Por qué?

No tenía ni la menor idea de por qué, solo seguí un impulso. Me estaba sintiendo estúpida por hacerlo, seguramente yo era la última persona con la que él quería estar.

—Si quieres estar solo no hay problema. Me voy.

Por fin me miró y algo pesado se instaló en mi estómago. Sus ojos estaban

apagados, tristes. Mi enfado con mi familia creció aún más.

¿Cómo se atrevían a quitar el brillo en la mirada de las personas?

—No dije eso y sí. Puedes subir —Ya me estaba acostumbrando a que enroscara su mano en la mía para retenerme—. Sube por aquí.

Si hacía eso la única manera de llegar al asiento del pasajero sería pasar sobre él, por muy tentadora que fuera la propuesta estaba segura de que la tensión sexual entre nosotros se encendería y podía ser muy terca en algunas cosas, pero aprendía la lección en los errores que cometo.

Pese a todo, lo que sucedió entre nosotros no lo veía como un error, sino más bien como anécdota. Una mía. En la que había sido la protagonista.

—Preferiría subir por la otra puerta si no te importa.

Dicho esto, hice el recorrido hasta el lado del pasajero y me subí. Entonces él encendió su auto y condujo a toda velocidad, como si quisiera dejar todo atrás y jamás ser alcanzado. No me atreví a preguntarle a dónde íbamos, ni a pedirle que bajara la velocidad. No dije nada. Me mantuve en silencio. Tenía miedo de distraerlo y estrellarnos. Después de veinte minutos se detuvo casualmente bajo la sombra de un gran árbol y frente a una casa. Un poco sospechoso, pero qué iba a hacer yo. Me sentía culpable y aliviada de seguir viva.

Silencio.

Un silencio muy incómodo.

—¿Podemos tener sexo?

Me reí por la facilidad que Edward tenía para decir insensateces, el chico no sabía controlar esa lengua pervertida.

—Fue cosa de una sola vez y prometiste que nunca hablarías sobre eso —reclamé con la diversión colándose en mis palabras.

—¿Sobre qué? —dijo con fingida inocencia—. No me gusta que mi ego sea golpeado, por eso es la primera vez que te pido sexo. Y tenía razón, me rechazas. Si uso un traje ¿cambiarías de opinión?

—Creo que se perderías todo tu atractivo.

La sombra de una sonrisa bordeó sus labios, pero la seriedad en su rostro se mantuvo intacta.

—¿Crees que soy atractivo?

Pasé la lengua por mis labios, de repente secos.

Sí.

—¿Quién vive en esa casa?

Desde que habíamos llegado él había estado viendo de reojo la casa frente

a nosotros. Una casa grande, moderna, con una reja de hierro forjado obstruyendo el paso a quien no estuviera invitado. A pesar de que estaba pintada en colores vivos, Edward la miraba con dolor.

—Mi mamá.

Asentí. Su corta respuesta solo aumentó la curiosidad en mí. Yo no me había enterado de nada sobre el divorcio de los Hemsley, no sabía quiénes eran ni lo que había pasado. No entendía la oscuridad alrededor de eso, después de todo, las personas se divorcian todo el tiempo. Pero al parecer era el tema.

—¿Puedo preguntarte qué es lo que sucede? —Apretó su mandíbula—. Si no quieres, está bien, podemos hablar de otra cosa. Como, por ejemplo, ¿cuál es tu secreto para tener un pelo tan sedoso?

Era una pregunta tonta, pero por alguna razón quería hacerlo sentir mejor.

Llevó sus manos a la cara, restregando sus ojos, tan fuerte que más parecía que quería arrancárselos.

Soltó el aire por la boca.

—Veía discutir a mamá y a papá todo el tiempo. Ella le pedía que pasara más tiempo con nosotros, que yo lo necesitaba y él como siempre excusándose de que la empresa no se dirigía sola, que ella podía educarme. Después ella se quedaba llorando, pero cuando él la necesitaba para que lo acompañara a alguna reunión o fiesta tenía que estar disponible. Mi mamá se conformaba con eso. Así que desde pequeño supe que mi padre era un cabrón poco hombre al que solo le importaban las apariencias y el dinero. Porque eso sí, cuando la empresa necesitaba una inyección de capital la trataba como a una reina.

No sé en qué momento nos tomamos de la mano, pero con cada palabra que salía de su boca su agarre se convertía en uno más fuerte. Él realmente parecía estar sufriendo y algo en mi interior, tal vez mi intuición, me decía que eso no era nada más que el principio de una horrible historia.

No quería escuchar, no me gustaban las historias tristes.

—Y así crecí, con ellos peleándose y él usando a mi mamá. Él y yo no tuvimos más relación que la de dos desconocidos viviendo bajo el mismo techo. Nunca tuve un padre de verdad, aunque tampoco quería uno como él. —Sacudió su cabeza horrorizado—. Después de cumplir los dieciocho años y terminar la escuela me dediqué de lleno a mi carrera de piloto, me fui de viaje a entrenar y correr varios circuitos, en el momento en que regresé con lo primero que me encontré fue a mi madre resignada a esa vida. Sin la luz que siempre la había caracterizado. Le dije que lo dejara y se divorciara, que ella todavía era joven y podía encontrar a alguien más. No lo hizo, ella no podía



pasar por esa vergüenza y mi padre menos.

—Quizás lo amaba.

Traté de defenderla, la mirada que recibí me partió en dos.

—No me sorprende que digas eso, tú me recuerdas a ella.

Por su tono mordaz podía estar segura de que eso no era un cumplido.

—Tú no sabes nada de mí, Edward, y... —Arrugué la nariz— ... ¿Cómo que te recuerdo a tu mamá?

—No en ese sentido.

*Claro que no en ese sentido, Fiore.*

—Ah, ya sé. Bueno, pero de igual forma no me compares en ningún sentido. No nos parecemos.

Una carcajada amarga de su parte llenó el auto.

—La diferencia es que ella se casó enamorada y tú vas a casarte porque es el siguiente punto de tu lista.

Aparté con brusquedad mi mano de la suya, él parpadeó como si no se hubiera dado cuenta de que la estuvo sosteniendo.

—Esa es tu opinión, no significa que estés en lo correcto. Tampoco estamos hablando de mí, sino sobre ti estacionado en las sombras frente a la casa de tu madre.

Todo su rostro mudó cualquier brillo de vida que hubiera adquirido.

—Me mudé para no ver a mi mamá así. Todas las ausencias de mi papá me parecían extrañas y me hacían dudar más sobre él, hasta que hace un par de semanas confirmé lo que me imaginaba. Él estaba engañando a mi mamá. Creí que si se lo contaba ella iba a despertar y salir de ahí.

—¿No lo hizo?

—Ella no me creyó por completo, creo que necesitaba escucharlo de él. Pero estaba molesto y le dije que era mejor que no me llamara porque no soportaba ver como se humillaba —Su respiración se aceleró como si le costara respirar—. No hablamos por varios días. Ella decidió enfrentarlo por su cuenta y supongo que se lo confirmó, entonces ella le dijo que iba a divorciarse.

Cerré los ojos, ya me imaginaba lo que seguía.

—¿La lastimó?

—Cuando era adolescente y comencé a viajar ella inventó un sistema de seguridad entre nosotros. Dijo y cito: «Si alguna vez estás en problemas solo envía la palabra “pajarito” y yo voy a ir volando a ayudarte». Cuando lo dijo me burlé completamente, era tan ridículo que hasta ya lo había olvidado. El

día que ella lo enfrentó me envió un mensaje con la palabra clave, pero yo estaba ocupado follándome a una chica que había conocido horas antes y cuando por fin vi el mensaje ya era tarde. Por mucho que corrí cuando llegué aquí una ambulancia se estaba llevando a mi mamá y una patrulla de policía a mi padre.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla.

—Edward, yo... —Mi voz se apagó.

No sabía qué decir, qué hacer. No sabía nada, nunca antes me sentí tan impotente en una situación.

—No he hablado con ella desde entonces, no la visite en el hospital, ni cuando le dieron el alta. No sé cómo mirarla a los ojos. La dejé sola. Le fallé. Ella me necesitaba y yo le fallé.

Su voz se quebró en la última palabra, mi corazón se quebró con él. Sin ocurrírseme ninguna palabra para aliviar su dolor y culpa, lo único que pude hacer fue subirme encima de él, quedando a horcajadas y abrazarlo. Sus manos se enredaron en mi cintura y nos quedamos así.

Sosteniéndonos.

## Capítulo 8

El dolor y la culpa parecían estar saliendo de su cuerpo en ráfagas interminables. No sé cuánto tiempo llevábamos abrazos de la misma forma, pero no había manera de que fuera a soltarlo. Lucía tan vulnerable que casi me hacía llorar.

Pasé mi mano por su cabeza deteniéndome en la cola donde mantenía sostenido su pelo. No podía terminar de creer que lo hubiera conocido hace menos de una semana cuando huía de la habitación de la señora Davis. Un momento, ¿menos de una semana? ¡¡Solo un par de días?! Parecía que había transcurrido una eternidad. Tiene sentido. A veces lo único que no transcurría eran algunos recuerdos. Se quedaban estancados atormentándonos.

Esperaba hacerlo sentir mejor, tanto como él me hacía sentir a mí.

Los brazos de Edward me estrujaron contra él, pero no creía que se diera cuenta de lo que hacía.

¿Cómo un hombre era capaz de golpear a su esposa? ¿Cómo una persona era capaz de golpear a otra?! Tenía que ser alguien demasiado despreciable para hacer algo así. No solo nunca fue un padre para Edward, sino que lastimaba a quien él más quería.

El roce delicado de unos dedos por mi columna vertebral me hizo estremecer.

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que te enojés?

*No.*

—Por supuesto, pero solo si dejas de acariciar mi espalda.

Se detuvo incluso antes de que yo terminara de decir las palabras. Lástima que mi piel iba a necesitar más tiempo para olvidar su tacto.

—¿Por qué vas a casarte?

—¿En serio? ¿Esa es tu pregunta?

Supongo que no debería sorprenderme.

Traté de ocultar mi cabeza en su cuello, un lugar que en ese momento me parecía seguro. Por alguna ridícula e incomprensible razón no quería hablar de eso con él.

—No te preocupes, no voy a pedirte que no te cases ni nada de eso, solo quiero saber. ¿Por qué se casaría una persona que no está enamorada?

Eso me enojó. Ya me estaba cansado que sacara suposiciones sobre mí.

Salí de mi escondite y le lancé una mirada mordaz. Me abstuve de cruzarme

de brazos porque eso atraería la atención a la zona de mi cuerpo que más parecía gustarle.

—No puedes decir eso, no sabes si estoy o no estoy enamorada.

Se encogió de hombros.

—No luces como una mujer enamorada.

—Oh, y dígame usted señor «Las apariencias engañan», ¿cómo debe lucir una mujer enamorada?

Rozó su pulgar por mis labios.

—Sigues evitando la pregunta.

Dándome cuenta de que no íbamos a llegar a ningún lado si no respondía y que mi respuesta no tenía por qué ser secreta, dije con honestidad:

—Porque Henry me ama.

—Eso es pura mierda si el sentimiento no es recíproco.

Asentí. No me sorprendía que esa fuera su línea de pensamiento. Es muy fácil pensar así viniendo de una persona que no se compromete con nadie y si alguna vez llega a hacerlo va a tener la suerte de que esa chica va a caer rendida a sus pies. Porque desde ya se mueren por él.

Pensar en Edward con alguien más envió una opresión sobre mí, si él se llegaba a enamorar de una chica tenía la sensación de que no lo vería más. Por respeto a ella.

Me entristeció y enojó que él estuviera al volante de esta extravagante relación entre nosotros.

Suspiré.

—A los catorce años tuve mi primer novio, él era guapísimo, el popular de la escuela y a mamá le gustaba; a papá no tanto, pero eso se debía a que yo aún sigo siendo su princesa. —Sonreí—. Se llamaba Jon, todo empezó bien entre nosotros y yo estaba muy ilusionada, era la primera de mis amigas en tener una relación, pero después de tres meses me pidió hablar en uno de los recesos de la escuela. Me llevó a parte y me dejó diciendo que yo era demasiado... empalagosa y muy poco femenina. Él rompió mi corazón y me enojé tanto que le pegué el chicle que estaba masticando en su lindo pelo. Después, él me gritó sin importarle que estuviéramos atrayendo la atención de los profesores que también me dejaba porque yo era muy infantil. —Edward hizo un sonido de risa contenida—. La directora llamó a mamá por lo del chicle, le dijo que no se permitían los noviazgos y ningún tipo de violencia. Me castigaron y tuve que limpiar el salón de actos por una semana entera. Fue la muerte para mi mamá, su niñita había roto las reglas.

Rasqué con la yema de mis dedos donde había estado su barba. Intentando tener algo que hacer para así poder evitar su mirada. Todos los novios que he tenido han sido muy prolijos, siempre con la cara libre de vellos. Henry es igual. Sin embargo, un buen beso con la barba de un hombre haciéndote cosquillas era excitante. Los besos de Edward lo eran aún más.

—Creo que eres cariñosa y muy femenina.

—Estás muy adulador este día, creo que solo quieres sexo.

—Ya lo pedí y me rechazaste como la mujer comprometida que eres —me recordó.

A su manera, Edward podía llegar a ser un caballero con armadura blanca. Y como no sabía qué responder a eso solo seguí con mi relato. Ahora que había comenzado no podía detenerme a la mitad.

—Mi siguiente novio fue igual, que yo era muy demandante y que las cosas se estaban poniendo serias muy rápido, que aún éramos jóvenes. Tenía razón, solo teníamos dieciséis en ese entonces. Aunque duramos todo un año escolar. Después de eso fui un poco más selectiva con mis novios, ya sabes, íbamos creciendo, las hormonas alborotándose así que busqué a un chico que me quisiera, un chico para el que yo fuera su mundo. Tuve un par de fracasos con chicos a los que únicamente les interesaba el sexo y meter sus manos en mi sujetador.

La provocadora carcajada de Edward me hizo recordar en la posición en la que me encontraba. Intenté bajarme cuando su risa vibró en mi vientre bajo, pero rápidamente puso sus manos sobre mis piernas para detenerme. No pasó de ahí, no me acarició, no intentó nada más. De igual manera me intoxicó y me derritió al mismo tiempo.

Me dieron ganas de fundirme con él.

—No puedes culparlos por eso, son una tentación muy grande —susurró haciendo referencia a mis senos.

Era muy bueno con las palabras el desaliñado este, tenía la facilidad de hacerme sentir linda. Deseada.

—Gracias, creo. —Fruncí mi ceño—. Como sea, yo no tenía realmente un problema con eso, es solo que prefería que me demostraran su amor de otra forma, ya sabes, con algún detalle o un presente. Solo quería estar todo el tiempo en su mente y que de vez en cuando me hicieran un regalo solo porque sí, porque pasaron por un lugar y les recordó a mí. No tenía que ser algo costoso, podían ser unos chocolates de mi tienda favorita o una carta escrita por ellos mismos —me apresuré a decir cuando Edward me dio una mirada

rara—, pero en cambio lo único que conseguía de ellos es que no siguieran con la mirada a una chica linda cuando estaban conmigo.

—Dudo que fuera lo único. Ningún chico inteligente apartaría la mirada de ti —murmuró con voz tan baja que pude haberlo imaginado.

Sí, seguramente lo imaginé.

—¿Qué? —pregunté, solo para estar segura.

—Nada.

Su «nada» no me gustó.

Sacudí mi cabeza tratando de sacudir mis dudas.

—Está bien —no muy convencida de lo que estaba sucediendo conmigo—. No encontré mucho de lo que estaba buscando en mis antiguos novios hasta que conocí a Henry, es atento, caballeroso y siempre estoy en su cabeza. O casi siempre. La cosa es que él es lo más parecido a lo que siempre he querido. Y me ama.

—¿Pero... tú lo amas a él?

Hice un puchero.

—Por supuesto, Edward, no me casaría de otra forma. —Suspiré y en un descuido me quité de sus piernas y me pasé al asiento. Ajusté mi vestido. Sin querer hablar más de mí, dije—: Creo que ya hiciste mucho tiempo interrogándome sobre mis sentimientos. Ahora voy a decirte lo que pienso. No creo ni por un segundo que tu mamá te culpe por lo que pasó, probablemente aún se esté culpando a ella misma. ¿No crees que deberías ser valiente y entrar a verla?

—Te lo voy a decir de esta manera: ella me necesitaba. No estuve ahí. Le fallé. Punto. Ni siquiera va a recibirme.

Así que también podía ser miedoso a veces.

—¿Puedes, por favor, dejar de actuar y de pensar de forma egoísta? —pregunté, realmente cansada de verlo auto—compadecerse—. Ya te dije que dudo que no quiera verte o que te culpe de algo. Eres su hijo, pero esto no se trata de ti. ¿No lo ves? Dices que tu mamá estaba enamorada de tu padre, que se le cayera la venda de los ojos en esa situación ha de doler. Porque él no solo la engañó, sino que también se dio cuenta de la peor manera de que tan desgraciado era. Por no mencionar todas las dudas que la han de estar atormentando mientras se pregunta si alguna vez la amó, todo eso sumado al divorcio y la ausencia de su hijo la han de estar destruyendo. Primero, porque se dio cuenta muy tarde de la mala persona que era ese hombre y segundo, porque no todos corremos con suerte de que no nos importe la opinión de los

demás. Porque afuera hay cientos de personas en esta ciudad tan jodidas como mi abuela y con tan poca empatía que sueltan lo primero que se cruza por sus cabezas. Sin importarles si lastiman a alguien.

—Eso no le importa a ella. —Golpeó con los puños cerrados el volante.

—¿Estás completamente seguro de eso? Porque a ti te importó lo que mi abuela dijo sino no hubieras salido corriendo. Ahora imagínate a tu mamá, en esa situación ella sola. Probablemente crea que tú la culpas a ella y no es así. No lo haces. Y ella necesita escucharlo.

No quería imaginar lo que su mamá podría estar sufriendo. A veces, las personas podemos ser mucho más crueles que los golpes.

¿Cuántos fantasmas podía generar una sola persona?

Supongo que muchos más cuando esa persona es tu imbécil padre o tu despreciable marido. Yo tenía la suerte de que mi papá fuera decente.

Acaricié su rostro, lo tomé de ambos lados de la cara, lo obligué a verme. Tuve que armarme de valor para poder sostener su mirada desconsolada. Parecía un niño pequeño y asustado. Necesitado de un abrazo.

Quería cuidarlo.

—Ella aún te necesita, Edward, así que compórtate como el niño grande que en el fondo sé que eres, sal de este maldito coche y ve a ver a tu mamá. — Mi voz suave, tratando de no espantarlo—. Ella te necesita. Tú la necesitas — repetí.

—¿Vienes conmigo?

Más parecía una súplica que una pregunta, pero si iba con él de algún modo estaría cruzando una línea invisible entre nosotros. Acompañarlo y mezclarme en un asunto familiar era algo mucho más íntimo que el sexo.

Acerqué su rostro al mío y lo besé, fue un beso suave, dulce, comprensivo. Traté de darle mi apoyo de esa manera, infundirle valor para que hiciera lo que tenía que hacer.

Terminé el beso y dije:

—Creo que es algo que debes hacer solo.

Todo el camino de regreso a mi piso lo pasé con la misma pregunta que me hizo Edward. Martilleaba en mi cabeza.

¿Tú lo amas a él?

Mordí mi labio.

Nunca nadie me hizo esa pregunta, nunca nadie me preguntó si lo amaba y a

pesar de que le dije a Edward que «por supuesto», la verdad es que yo... yo... yo no conocía la respuesta a esa pregunta. Creí que era suficiente solo con estar segura de que Henry me amaba, que eso era lo único que necesitaba saber para casarme. ¿Pero ahora? Ahora me estaba cuestionando si esa era una razón suficiente.

Escuché un click en mi cabeza, pero antes de que pudiera procesar la conclusión a la que acababa de llegar, tuve que procesar la intrusión de una persona en medio de la sala. Una persona con un ramo de rosas rosadas y una espléndida sonrisa. Henry. Mi prometido. Le sonreí de vuelta, pero me sentí incómoda. Algo estaba mal. Algo era diferente.

*¡Pues claro que algo está mal, Fiore! Está frente a ti Henry, tu prometido, a quien engañaste y vienes de ver a tu amante. ¡Tú amante!*

Mi mundo se tambaleó y mi sonrisa empezó a desvanecerse. Eso era decir mucho, Edward no era mi amante. Solo fue cosa de una vez. Hasta este momento no me parecía real la traición de mi parte. No había sido moralmente atacada por mis propios remordimientos ni había sentido una enorme culpa. Como normalmente se esperaría de alguien que engañó a la persona de la que estaba enamorada.

¿Qué clase de persona era?

—¿Aún sigues molesta porque no regresé el sábado?

*Sábado.*

Bajé los ojos al piso de mármol blanco y negué con la cabeza. Avergonzada, estaba avergonzada conmigo. Pero no sentía culpa.

—No, cariño.

Contuve la respiración cuando escuché los pasos de Henry acercarse a mí, estuve a punto de perder la conciencia cuando sus brazos se enredaron en mí.

Maldición.

—Lo siento, Fiore, de verdad no pude volver antes —Me besó en la cabeza —, pero no voy a volver a irme. Te lo prometo.

Me deshice de su abrazo solo porque necesitaba espacio.

De él.

De mí.

De nosotros.

—¿Qué planes tienes?

—Pasar la noche con mi prometida a quien he extrañado demasiado —Me ofreció el ramo de rosas, lo tomé por simple costumbre—, pero primero... ¿por qué no vamos a tomar una copa? Los chicos están en Browning's.



Con los chicos se refería a su grupito de amigos de la infancia que estaba llegando a los treinta años y tenían de chicos tanto como yo de adolescente. No me desagradaban por completo, pero cuando todos se juntaban siempre se comportaban de un modo extraño. Con una superioridad que a mí no terminaba de gustarme. Eran exageradamente snobs. Todos niños ricos y malcriados. Henry no se parecía a ellos, a él también le disgustaba alguna de sus actitudes, pero eran sus amigos.

¿Por qué sus defectos salían a relucir en este momento?

—He estado todo el día fuera y estoy un poco cansada. ¿Por qué no vas tú y los saludas de mi parte?

—¿Estás segura? Rita mencionó que no respondiste a ninguna de sus llamadas.

Le di la espalda y busqué con la mirada el jarrón de cristal para poner el ramo de rosas. Estaba ocupado con el ramo que me había traído la semana pasada. Estaba un poco marchito y algunos pétalos habían caído sobre la mesita de cristal. Estaban de un color café y no pude alejar mis ojos de esos pétalos muertos.

¿Eso sucedía con los sentimientos? ¿Se marchitaban?

Henry siempre me traía rosas rosadas, pero cada vez duraban menos. ¿Era porque yo no las cuidaba? ¿O solo porque en algún momento tenían que morir? Mis ojos se tornaron borrosos, sentí algo caliente deslizarse por mi mejilla.

—No me gustan las rosas —dije para mí.

Hasta ese momento no sabía que era verdad, nunca me han gustado las rosas, pero siempre se las acepté a Henry con una gran sonrisa porque quería que esa relación fuera la definitiva. Él era perfecto, le gustaba mi familia y quería que fuera para siempre.

—¿Qué?

La voz de Henry resonó a mi espalda, me giré para enfrentarlo. Apenas lograba verlo a través de mis lágrimas.

—No me gustan las rosas rosadas —confesé.

Por primera vez vi a Henry sin saber qué hacer, lucía confundido.

Se aclaró la garganta y dio un paso hacia mí. Rozó su pulgar por debajo de mis ojos.

—No es la gran cosa, Fiore, no voy a ofenderme porque no te gusten las rosas. —Acercó mi cara a su pecho, comencé a tranquilizarme. Él lo entendía. Lo que era bueno porque yo no me entendía—. Creo que debiste mencionarlo antes, así no me hubiera gastado una fortuna en flores que no te gustan —dijo

riéndose.

Su despreocupación no me causó ninguna gracia, no se trataba de eso, yo no estaba preocupada de si se había gastado o no una fortuna en estúpidas rosas.

Bufé y me alejé de él.

—Puedo pagarte lo que has gastado en rosas, Henry, pero no se trata de eso. ¿No te das cuentas?

No estaba segura de lo que se trataba, pero sí estaba segura de lo que *no* se trataba.

—¿Entonces de qué se trata? No veo el problema y no quiero tu dinero.

¿No veía el problema?

—¿En serio? —pregunté incrédula.

—Sí, es en serio. No quiero tu dinero, fueron un regalo.

Esta era la noche de las primeras veces porque nunca pensé, ni una sola vez, creer que Henry podía ser un auténtico imbécil. ¿Qué me importaba a mí el dinero? Se trataba de que no me gustaban las rosas. Una persona normal se preguntaría en qué más le mentí o por qué había fingido que me gustaban cuando no era así. ¿Se preguntaría algo!

—Llévate tu regalo.

Tiré el ramo de rosas en su pecho.

Hizo malabares para atraparlo en el aire.

—Estás haciendo una tormenta en un vaso de agua, seguro son los nervios porque nuestra boda se celebra en pocos días. Quizás deberías venir conmigo a ver a los chicos para que te distraigas. —Cerró sus ojos pareciendo frustrado—. Por favor, deja de llorar.

Ahí estaba otra revelación. Henry nunca me había visto llorar porque a los chicos no les gusta que las chicas lloren. Por eso siempre me tragué mis lágrimas. No, era la primera vez que él me hacía llorar, pero en este momento no podía controlarlas, salían sin mi permiso.

¿Por qué me sentía como una estúpida?

Respiré profundo y me limpié la cara.

—Tienes razón, estoy haciendo un alboroto —alivió brillo en sus ojos cuando los abrió—, pero no quiero salir, me siento cansada.

—Entonces me quedo contigo y te preparo un té.

No, no quería que se quedara.

Me forcé a sonreír, aparentar que nada estaba mal. Que el drama ya había pasado.

—Ya quedaste con ellos, así que ve. Dile a Rita que la llamaré mañana.

No se hizo de rogar. Fui merecedora de un casto beso en los labios antes de verlo cruzar la puerta.

Completamente dolida con él, arrastré los pies hasta el sofá.

Las preguntas arremolinándose.

¿De verdad solo estaba haciendo una tormenta en un vaso con agua? ¿Por qué me estaba haciendo estas preguntas ahora? ¿Por qué sentía que me estaba sucediendo algo más?

Las necias lágrimas inundaron mis ojos, obligándome a derramarlas sobre mi cara.

## Capítulo 9

Al día siguiente, Henry y yo fuimos a supervisar cómo estaba quedando nuestra nueva casa. En realidad, ya estaba prácticamente lista, solo faltaban algunos acabados para que se empezara a amueblar. Después de nuestra boda y luna de miel la encontraríamos lista. Traté de tener la mejor actitud diciéndome que lo de las rosas solo era un detalle sin importancia, pero me fue inevitable no ver todo con nuevos ojos, unos más críticos. Apenas puse un pie en el que iba a ser nuestro hogar me di cuenta de que había cosas que no me gustaban realmente, como, por ejemplo: la zona. Odiaba estar tan lejos de la ciudad, no me gustaba la tranquilidad, pero una vez más solo sonreí y asentí a todo lo que propuso Henry. Acepté con sonrisas todos los planes que él hacía para nosotros.

Fue una mañana agotadora y una tarde que prometía mejorar con una salida con mis amigas y que por arte de magia se convirtió en una tortura. Todas hablando de lo maravilloso que era Henry por consentir mis caprichos, diciendo que sentían envidia de la «buena suerte» que tenía porque iba a ser la primera en casarme y estaban seguras de que iba a ser la mujer más feliz del planeta Tierra. Cuando les comenté que ya no quería ir a Hawái para nuestra luna de miel porque me parecía un lugar turísticamente perfecto todas asumieron que estaba haciendo un drama producto de mis *nervios de novia*. ¿En serio? ¿Nervios de novia?

Cada vez más sentía que era yo la que estaba mal, que era a mí a quien le faltaba un tornillo en la cabeza. Todas las personas me hacían sentir como una loca que no encajaba en su mundo perfecto.

No tenía ni idea de lo que quería, de lo que me gustaba, ni siquiera de lo que pensaba, no estaba segura de nada.

Pero se debía a mis nervios de novia, por supuesto.

Rita fue la única que mencionó con renuencia que si le pedía a Henry que cambiáramos nuestro destino él lo haría con gusto, pero que si yo no le decía nada no podía esperar que él me leyera la mente. Eso me hizo pensar que la que estaba cambiando era yo o quizás estaba simplemente despertando de un sueño para enfrentarme a la realidad. Tenía que ser honesta conmigo, pero no estaba realmente lista para serlo. No quería perder lo que me había costado conseguir. Cuanto más pensaba, peor era lo que se cruzaba por mi mente. Sentía que había estado viviendo en una cómoda frivolidad.

Me restregué los ojos y aun bostezando me levanté de la cama. Alguien había estado tocando mi puerta como por cinco minutos, traté de ignorar el ruido y seguir durmiendo porque era el único momento en que no me cuestionaba todas las decisiones que había tomado. Sin embargo, parecía que iban a echar la puerta abajo en cualquier momento.

Até mi pelo en una cola y me acerqué a abrir la puerta. Inmediatamente después la cerré de golpe. No necesitaba verme en un espejo para saber que estaba hecha un desastre y no quería que me viera así. Maldije por lo bajo por ser tan descuidada. No podía permitir que nadie me viera recién levantada y sin una gota de maquillaje que cubriera mis ojeras.

Volvió a tocar la puerta, miré a todos lados. Aun podía fingir que no había nadie y cruzar los dedos para que se fuera.

—¿Puedes abrir la puerta? —preguntó Edward desde el otro lado.

*Por supuesto que no.*

—No. Quiero decir, espera ahí hasta que me arregle y esté presentable.

—Oh, por favor. ¿No hemos quedado ya en que eres perfecta? ¡Traigo compota de manzana y frutos secos!

Clavé mis ojos en la puerta. No podía verlo, pero era perfectamente capaz de escuchar la diversión en su voz. Eso fue todo lo que necesité para mejorar mi humor.

Respiré profundo y abrí otra vez. Con una mano tapando mi rostro dije:

—Pasa, pero no me mires.

Dejé la puerta abierta para él y me giré en dirección a mi habitación. Con una rapidez asombrosa ya lo tenía a mi lado.

—Odio a tu familia por volverte una chica insegura.

Toda su gran altura haciéndome sentir pequeña y sus palabras causándome un picor en la piel.

Quitó la mano de mi rostro.

—No soy insegura.

—Mejor, porque no existe nada en ti que merezca la pena serlo. —Tomó mi mano—. Ven, vamos a comer.

No tengo nada de lo que estar insegura, pero eso no quitaba que no estuviera presentable. Un camisón de seda en rosa bebé no era la mejor opción para estar frente a visitas y menos con un hombre que me pone a cien cada vez que lo veo.

—Sí, pero deja que me cambie —pedí—. Oye, sabes que no deberías visitar a alguien tan temprano, ¿verdad?

—¿Has estado enferma? ¿Pierdes la noción del tiempo cuando te enfermas?  
Así de fácil bajaba todo mi acaloramiento por él. Era un bruto a la hora de hablar.

—No y no —contesté a sus preguntas.

—Es mediodía.

Miré el reloj que colgaba en la pared y efectivamente no era tan temprano como yo creía, pero tampoco era mediodía.

—Faltan veintinueve minutos para que sea mediodía y yo solo necesito cinco minutos para arreglarme. Mientras, tú puedes ir sirviendo una porción para mí.

Sonreí ante su mirada de incredulidad.

—Yo solo voy a conseguir dos cucharas.

Guiñó un ojo mientras me daba una palmada en mi trasero. Grité por la sorpresa. El aire se cargó de excitación y me quedé quieta esperando que apartara su gran mano por su propia cuenta. Tenía miedo de que cualquier movimiento por mi parte le hiciera alejarse de mí o peor, que lo tomara como una invitación.

Mordí el interior de mi mejilla, enojada porque volvía con mi indecisión. Siempre sabía lo que quería y que últimamente me estuviera cuestionando las cosas no cambiaría las decisiones que ya había tomado. Tenía que pedirle que se fuera, él solo estaba desbaratando la vida que ya había planeado para mí. No podía permitirlo.

—Edward —susurré.

¿Edward qué? ¿Edward vete de mi piso? ¿Edward fóllame?

—¿Qué? —preguntó con voz ronca cuando no recibió respuesta de mi parte. Suspiró—. Fiore, pídelo.

Tragué saliva.

—Vete.

El crujido de la bolsa golpeando la cómoda que tenía cerca de la puerta fue ensordecedor.

—¿Por qué siempre haces lo contrario a lo que quieres?

—¡Porque no tengo ni idea de lo que quiero!

—Yo sí.

—Entonces aclárame de una vez por qué me estoy volviendo loca.  
¡Necesito una sola certeza en mi vida!

Aclararme para Edward significó colisionar su boca a la mía, no estaba disgustada con eso, después de todo él me la puso fácil. Ambos sabíamos que

terminaría de esta manera y por el momento estábamos dispuestos a quemarnos con el calor que provocábamos en el otro. El detalle era que la única que tenía algo que perder era yo.

Mi espalda golpeó contra la pared y pasé mis manos por su cuello para profundizar el beso. ¡Maldición! Estaba haciéndolo de nuevo, estaba dejando que me arrastrara al lado oscuro de mi ser. Es verdad que la niebla sexual no te hace tomar las mejores decisiones. Aunque sí las que más deseaba. Yo deseaba esto y mi cuerpo lo deseaba a él aún más.

Sus dedos se colaron por mi tanga y con su pulgar apretó mi clítoris. Mi sangre burbujeaba en mis venas por todo el deseo que me produjo su tacto, me volvía loca y me encantaba que tuviera el poder para detener mis pensamientos. Con Edward los juegos previos sobraban. Me preguntaba si siempre era así o solo se trataba de no desperdiciar estos esporádicos encuentros. El beso era ardiente, sucio y duro, y por desgracia me estaba quedando sin oxígeno para mantenerme en pie. Chupé su lengua con dureza antes de dejarlo ir. Dejé caer mi cabeza contra la pared, moví mis caderas en respuesta a sus caricias en mis partes femeninas.

Su gruñido vibró en mi pecho. Subió mi camisón y lo vi sonreír con malicia antes de rasgar mi ropa interior con sus manos. El aire frío golpeó mi vagina, abrí los ojos de par en par. Sorprendida y más caliente de lo que imaginaba.

—Lo siento, pero no puedo esperar —explicó Edward.

Asentí en respuesta, yo tampoco podía esperar y ni creo que me saliera la voz de lo excitada que me encontraba. Palpé por encima de su camiseta blanca y sentí cómo sus músculos se contrajeron cuando lo acaricié con mis manos, agarré la cinturilla de sus pantalones y lo tiré hacia mí mientras desabrochaba el botón de su pantalón. Lo bajé con urgencia para así liberar su erección. Edward maldijo en voz baja. Sin delicadeza agarró mis piernas y me levantó del suelo, me sostuve de él, pasé mi lengua por su cuello, lamiéndolo y chupándolo. Su piel se erizó y sonreí, me gustaba que él me deseara de esa forma instintiva. Creo que nunca he excitado tanto a un hombre y ningún hombre me ha excitado tanto. Teníamos mucha piel. Enredé mis piernas en su cintura y clavé mis dientes en su hombro cuando sentí su pene abrirse camino en mi vagina y llenarme.

—Joder, ¿por qué te sientes tan bien? —gruñó en mi oído.

Rocé mis senos en respuesta y la seda se deslizó por su pecho haciendo que mis pezones dolieran por la necesidad de recibir atención.

—Edward, tú también te sientes muy bien, pero haz algo. No te vuelvas a

quedar estático. ¡Por favor!

Los músculos internos de mi vagina se apretaron alrededor de su pene, luché contra la necesidad de tumbarlo en el suelo, tomar el control y darle el mejor sexo que hubiera tenido.

Jadeé sin ningún pudor cuando empezó a empujar. Una, dos, tres veces hasta que lo único que pude hacer fue sostenerme de él y dejar que el orgasmo se construyera en mi interior. Sus gruñidos desesperados eran una dulce melodía para mis oídos. Una dosis de adrenalina que me volvía adicta. Una fina capa de sudor se extendió por mi piel provocando que el camión se pegara en algunas partes de mi cuerpo. Mi espalda subía y bajaba rozando la pared.

Todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron. Respirar se hizo difícil. Estaba a punto de correrme. Edward me embistió más rápido, más duro, más sucio. Era casi doloroso.

—Córrete, Fiore —rugió.

Tenía la mandíbula apretada por el esfuerzo, parecía estarse conteniendo y aun así se las arregló para darme una sonrisa burlona. Parpadeé, me encantaba su sonrisa y sus brillantes ojos. Todo en él era tan vivaz. Mi piel estaba tensa y mordí mi labio para ahogar el grito que estaba en mi garganta cuando todo mi mundo explotó. Me dejé arrastrar en la oscuridad de sus ojos color chocolate. Mi cuerpo tembló por completo, mis piernas se estremecieron y observé fascinada cómo Edward embestía una vez más y se corría en mi interior, sin apartar sus preciosos ojos de mí. Era demasiado caliente y feroz.

Nos quedamos así por varios segundos, quizás fueron minutos, pero nada a nuestro alrededor importaba. En ese momento, solo éramos Edward y yo. Ambos estábamos demasiados abrumados por el clímax al que acabábamos de llegar y tratábamos de entender qué tenía el otro para crear esta química. No tenía respuesta para eso y por una vez no quería tenerla, quería mantener el misterio.

Sin romper nuestra conexión, Edward se acercó para darme el beso más dulce y pudoroso que alguna vez había recibido. Contrastaba con lo que habíamos hecho y contrastaba con su personalidad.

Algo se agitó en mi pecho.

—Ahora sí puedes tomarte cinco minutos para arreglarte —dijo como todo un donjuán.

Lo besé y mordí suavemente su labio solo para recordar viejos tiempos. Desenredé mis piernas de él, con delicadeza me sostuvo de la cintura ayudándome a mantenerme en pie porque mis piernas aún se sentían frágiles.



Le lanzó una mirada a la bolsa donde se encontraba mi dulce antojo. Me sonrojé cuando noté que cerca de ahí tirada en el suelo estaba la tanga que Edward rompió porque su impaciencia no podía esperar a quitármela. Sacando fuerzas de mi vergüenza, me agaché a recogerlas y me encaminé a mi habitación.

Mirando sobre mi hombro dije:

—Esa fui yo agradeciéndote por saciar mi antojo.

Sacudió su cabeza mientras subía sus pantalones. ¡Qué lástima!

—Vas a necesitar más de eso para agradecerme —dijo con simpleza. Le disparó una mirada de disgusto, no puede hablar en serio—. También lo serviré para ti así que merezco más agradecimiento.

A mi pesar, una sonrisa se extendió por mi rostro, era incorregible.

—Tal vez.

Seguí caminando, estuve a punto de salir de su vista para internarme al pasillo que llevaba a las habitaciones cuando Edward dijo mi nombre. Me giré y casi me caigo por la posesividad en sus ojos.

—No te duches.

Mi piel volvió a picar cuando me di cuenta de lo que quería decir. Tuvimos sexo sin condón, eso significaba que sus fluidos aún estaban dentro de mí y quería que siguieran ahí.

Cabrón, tenía una suerte de que yo estuviera pasando por momentos de indecisión.

Con el corazón acelerado me lavé el rostro y me puse una crema de día. No podía vivir sin mis cremas; me hice un moño en mi pelo y me cambié lo más rápido posible a un *body* negro y un pantalón estilo *jogger* también negro. Según mi criterio para que él no tuviera acceso fácil a mis partes femeninas y para que yo tuviera más tiempo para pensar y razonar. Las dos me parecían estrategias muy válidas. Esto no podía seguir pasando, era una mujer comprometida con un plan de vida definido. Tener un amorío con un hombre no entraba en mis planes y era de muy mal gusto. No me quería imaginar si alguien se llegaba a enterar de esto algún día. Me moriría de vergüenza. Mi familia me repudiaría.

Con eso en mente, respiré profundo y salí de la habitación. Mantuve mi cabeza fría. Con cada paso que daba me recordaba todos los puntos por qué Edward y yo solo debíamos ser amigos, en el fondo de verdad creía que podíamos llegar a ser muy buenos amigos. Con todas nuestras diferencias él me agradaba y creía seriamente que yo le agradaba también. Por lo menos,

esperaba que no fuera solo sexo.

Sonreí cuando llegué a la sala de estar y me encontré con un Edward extremadamente cómodo sentado en el sofá viendo un partido de tenis. Casi se me cae la baba cuando de manera distraída frunció el ceño en disgusto por un punto que fallaron los jugadores. Edward desentonaba en muchos lugares, pero en mi sala parecía pertenecer. Sintiendo mi mirada levantó la cabeza y se encontró con mis ojos. No haberme duchado porque él me lo pidió probablemente no fue la mejor idea, parecía que le estaba dando la impresión equivocada.

—Creí que te pondrías algo más cómodo, pero eso está perfectamente bien para recrear mi vista. —Acarició mi pequeño cuerpo con sus ardientes ojos—. Estás más delgada que hace unos días —afirmó.

¿Lo estaba? Si él lo decía tenía que ser cierto, ¿no es así? La felicidad me invadió al hacerme sabedora de que mi dieta estaba dando frutos, y que mi tía y mi abuela estaban equivocadas porque mi vestido de novia me quedaría perfecto.

—Gracias —dije feliz.

Su frente se arrugó aún más.

—No lo entiendo, no deberías obsesionarte con eso. Los hombres se sienten atraídos no por tu peso o esas increíbles curvas que tienes, sino por ti. Ya lo dije antes. Les gustas tú. Quien te diga lo contrario es un jodido mentiroso.

Él debería ser amable y dejar de decir esas cosas que solo me hacían enrojecer de placer y apretar las piernas necesitada.

*Concéntrate, Fiore*, este era el mejor momento para decirle que solo debíamos ser amigos.

—Voy a tomar eso solamente como un cumplido.

Me devané los sesos tratando de encontrar la forma más educada de sacar el tema, pero el sonido de la puerta cerrándose me congeló la capacidad de pensar, de razonar. Lo único que podía hacer era observar a Edward girarse aún más para poder ver mejor al recién llegado.

Solo podía ser una persona.

Un brazo me rodeó por la cintura. Edward siguió el movimiento y apretó su mandíbula, le lancé una mirada consternada y despegué mis ojos de él. Con la mejor máscara de indiferencia me giré para poder estar cara a cara con mi prometido. Sin mis tacones puestas todas las personas me parecían altas y Henry de por sí era alto, aunque no tan alto como Edward.

—Hola.

Mi garganta estaba apretada, provocando que mi voz saliera en un susurro ronco. Culpable.

Su respuesta llegó con un efusivo beso que me supo a nada, metió su lengua hasta mi garganta y me sentí completamente injusta cuando lo comparé con Edward. Ellos era dos personas diferentes, dos personas que me gustaban de diferente forma y que no se merecían ser comparadas con nadie. Eran mis estúpidos nervios de novia que me estaban jugando una mala pasada, era yo la que estaba hecha un lío y quien tenía que aclarar mis dudas para mantener mis prioridades.

Henry era esa prioridad. Le devolví el beso esperando encontrar ese punto de conexión entre nosotros, pero me era muy difícil cuando mi cuerpo estaba consciente de Edward. Corté el beso cuando la mano de Henry comenzó a bajar por la curva de mi cadera hacia mi trasero. Su rostro se tornó confuso y le hice una señal en dirección a la sala para que se diera por enterado de que no estábamos solos.

—Él es Edward —dije, esta vez sin mencionar su apellido y sin ser capaz de mirar a ninguno de los dos a los ojos— y él es Henry, mi prometido.

—Edward, no sabía que estabas en el país ¿Cómo estás?

Henry le habló en tono cordial, más o menos, pero la familiaridad con la que lo saludó hizo que mis entrañas se revolvieran. Yo no podía tener tanta mala suerte en la vida.

Tomados de la mano nos acercamos a la sala.

—Bien ¿y tú? —preguntó Edward mientras estrechaba la mano que Henry le ofrecía.

En ese momento, los dos se encontraban serios, luciendo tan maduros, tan hombres.

—En mi mejor momento.

Los dos me lanzaron penetrantes miradas.

—Yo también.

Edward no podía mantener su boca cerrada y por supuesto tuvo que contestar en tono misterioso. Henry pareció darse cuenta porque su rostro cambio a uno de intriga.

—Escuché lo de tus padres. Espero tú mamá se encuentre bien.

—Ayer que estuve con ella, la vi mucho mejor. Lo va a superar.

Reprimí la sonrisa que quería extenderse en mi rostro. Edward estaba diciendo que siguió mi consejo de acompañar a su madre.

—¿Se conocen? —pregunté intentando averiguar qué tan cercanos eran

como para tener la confianza de hacer esas preguntas privadas y que tanto debía preocuparme.

—Nuestros padres hacen negocios juntos.

—¿Qué? —No podía creérmelo.

Henry estuvo a punto de decir algo más cuando su despreciable celular sonó captando la atención de todos; siempre le llamaban cuando estábamos juntos, pero pensándolo mejor no debería de molestarme, me estaba salvando de ese momento incómodo y distraendo a Edward del recuerdo de su papá. Salió al balcón con un «Es importante». Claro que era importante, siempre era importante, solo esperaba que no tuviera que salir corriendo y dejarme sola.

Suspirando me dejé caer al lado de Edward. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué ahora me cuestionaba todo lo que Henry hacía? Esas cosas nunca me molestaron antes. ¿Por qué era diferente? Lo único que había hecho Henry todo ese tiempo era complacerme y amarme. Dios, y yo lo había engañado con alguien a quien conocía y estaba sentada junto a él.

—Yo no soy así, Edward. No hago estas cosas, no miento porque no me gusta que me mientan y estoy aquí mintiéndole en la cara a mi prometido. —Mordí mi labio—. Lo que he tratado de decirte desde que sucedió algo entre nosotros es que no podemos vernos más. Tal vez más adelante podamos ser amigos. De verdad, me gustaría ser tu amiga, pero no en este momento. Haces que me cuestiones todo.

—¿Te arrepientes?

¿Me arrepentía?

—Voy a casarme en un par de días y justamente ese es el problema, no me arrepiento. Me gusta estar contigo.

Escupí la última palabra y miré a Edward con mis ojos llorosos, parpadeé varias veces tratando de alejar las lágrimas. Lo último que necesitaba era ponerme a llorar como una niña. ¿Cómo iba a explicarlo? ¿Con otra mentira?

—¿Unos días?

Asentí.

—Me caso el domingo.

Fue su turno de asentir y con el rostro vacío de expresión, dijo:

—Tienes razón, no deberíamos vernos más.

No sé cómo esperaba que él reaccionara, pero de todos los posibles escenarios que pasaron por mi mente en ninguno esperaba que se lo tomara tan a la ligera, como si no le importara.

Dolió.

Me sentí tonta.

—Edward.

Casi me río de la incredulidad en mi voz. ¿Qué iba a importarle a él? Es lo que hacía como deporte, acostarse con todas las mujeres que se cruzan en su camino. Él no perdía nada, todas las demás sí. Caíamos en su red por voluntad propia y después teníamos que jodernos.

Como si supiera lo que estaba pensando su expresión cambió a una enojada.

—No pongas eso sobre mí, si no quieres o no estás segura de casarte, entonces no te cases, pero no te sientes ahí esperando a que yo te pida que no lo hagas. No va a suceder. Maldición, no lo voy a hacer. Tal vez querías que algo pasara entre nosotros para tener algún tipo de excusa para no casarte o tal vez solo te desahogaste conmigo, y eso está bien. No puedes esperar que yo te lo ponga fácil haciéndome cargo. No soy ese tipo de persona. Lo siento, Fiore, pero no lo soy. Eres una mujer adulta. Inteligente. Hazte responsable de lo que en realidad sientes y no pensando en lo que es correcto. Eres tú quien tiene que tomar esa decisión. Es tú vida de lo que hablamos. Hazte cargo.

Dicho eso, besó mi cabeza dejándome más confusa que antes.

¿Exactamente qué es lo que quiso decir?

—¿Qué pasa?

La pregunta de Henry me tomó por sorpresa, después de que terminó la llamada le pedí que fuéramos al cine y como buen novio me complació. Aproveché eso para darme una buena ducha y sacar todo rastro de mi piel que pudiera recordarme mi desliz. Después del cine terminamos en su piso. Ahora estábamos acostados en su cama, con su mano entre mis piernas.

—¿Esta noche puedes solo abrazarme?

Sin hacer más preguntas me acercó a su pecho y envolvió mi cuerpo en sus brazos.

—Todo el día has actuado extraña, ¿estás segura que te encuentras bien?

—Sí.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

## Capítulo 10

—No puedo creer que a partir de mañana vayas a ser una mujer casada — gritó Lyanna para que la escucháramos sobre la música por décima vez en la noche.

*Ni yo podía creerlo.*

Me encontraba en el auto de camino a mi piso después de celebrar en un club mi despedida de soltera. Ese no era más mi ambiente, ya no más. No me sentía cómoda entre tantas personas, pero mis amigas y damas de honor, Carol y Lyanna, habían elegido ese lugar porque supuestamente ahí se congregaban los hombres más guapos de la ciudad. Una tontería, ningún hombre que valiera la pena se metería en un club de mala muerte. Había visto a una pareja de «baile» prácticamente tener sexo en la pista y todos parecían celebrar ese evento extra.

Era la persona menos indicada para decir con quién puedes... desahogarte. ¿Pero en un lugar público? ¿Con una docena de ojos viéndote hacerlo? No, eso era cruzar una línea. Dejando ese episodio a un lado, y que mi prima y amiga perdieran el avión y no pudieran llegar esta noche, me la había pasado genial. Fue muy divertido bailar como una adolescente, reírme sin ninguna preocupación y ver a mis amigas hacer locuras de las que mañana cuando estuvieran sobrias se arrepentirían. Yo había elegido no tomar ni una gota de alcohol, no quería que nada me arruinara mi gran día y no quería tener algo más de lo que arrepentirme.

Habían pasado tres días desde que cometí mi último desliz y desde ahí todo fue mejorando. Henry y yo hicimos una escapada fuera de la ciudad sin celulares, sin familia, sin expectativas y tuvimos la oportunidad de reencontrarnos y reconectarnos. Me di cuenta de que no tenía nada de lo que preocuparme, Henry siempre ha sido la mejor decisión que he tomado. Era galante, educado y, sobre todo, no perdimos el tiempo en discutir por tonterías. La cama fue otro lugar en el que nos entendimos, siempre hemos sido muy activos, pero esta vez los días de abstinencia jugaron un papel importante a nuestro favor. Todo fue descontrolado, excitante y romántico. La llama de la pasión seguía intacta.

Mañana dejaría de ser Fiorella Evans para convertirme en Fiorella de Farage. Aún me sonaba un poco extraño, pero todo se estaba encaminando por la dirección correcta. Todo volvía a seguir el curso planeado. Sin

distracciones.

—Yo tampoco puedo creerlo, pero estoy muy emocionada —dije por décima vez esa noche.

Cada vez que lo decía, lo hacía de verdad, de corazón.

Estaba emocionada, casi que eufórica.

—Estoy muy emocionada por los dos —dijo Rita.

Ella era la conductora designada, había bebido muy poco, pero había bailado lo suficiente para estar lúcida. La primera vez que conocí a Rita no me agradó nada y el sentimiento fue mutuo. Ella me hacía sentir de alguna forma insegura, parecía que siempre estaba evaluando lo que yo hacía. Al principio, por la relación cercana que mantenía con Henry, pensé que a ella le gustaba él y que a eso se debía su educada hostilidad. Los celos de que alguien más estaba con quien tú querías. Error. Después de un par de meses y confirmar que mi relación con su amigo era seria y que había llegado a quedarme, me invitó a tomar una copa para conocernos mejor. Ahí me explicó que la ex novia de Henry era una de sus mejores amigas y que llegó a pensar que él la había engañado conmigo, pero no, ellos terminaron de mutuo acuerdo porque la relación no funcionaba. Rita solo estaba tratando de ser leal. Nos convertimos en amigas, aunque no en íntimas porque siempre había una línea que nos dividía.

Por su actitud esa noche podía adivinar que estaba tratando de ver a través de mí. En más de una ocasión insinuó que me miraba diferente, como si algo hubiera cambiado desde la última vez que nos vimos. Mi respuesta siempre fue que Henry y yo estábamos mejor que nunca, pero eso a ella no la convencía, incluso llegué a pensar que la fastidiaba un poco. Desde ese momento puse una nueva distancia entre nosotras, no quería que nada ni nadie empañara lo que había construido.

—Ya sé que eres la conductora asignada, ¿pero quieres que maneje yo?

No quería manejar, pero Lyanna parecía que iba a vomitar en cualquier momento y quería estar tan lejos como se pudiera.

—No, no, no. Estaba pensando que deberíamos dejarte en tu edificio primero antes de ir a dejarlas a ellas. Mañana tienes que estar lo más descansada posible —dijo Rita.

Asentí en silencio. Agradecida.

Me pasé escuchando los alaridos desafinados de mis amigas, ellas hacían su mejor intento para cantar o por lo menos para que se les entendiera algo de lo que salía de sus bocas. Eso sí, lo que sea que estuvieran cantando tenía que ser

una canción muy conmovedora, de esas que te llegan al corazón, porque de un momento a otro empezaron a llorar. Lo único que podíamos hacer Rita y yo era reírnos en silencio. Me compadecí de ella cuando estacionó el coche frente a mi edificio.

—Siento que tengas que encargarte de ellas dos —mentí, no lo sentía nada.

—No te preocupes, prometo hacerlas dormir y llevarlas mañana lo más sobrias posibles.

Sonreí agradecida.

—Te veo mañana —dije y bajé de su coche.

Nada me preparó para lo que estaba a punto de encontrarme tan pronto llegara a la puerta de mi piso. Quedé con la boca abierta. Impactada. Emocionada. Estaban dos personas sentadas en el suelo con sus espaldas contra la pared. Parpadeé varias veces para asegurarme de que no era mi imaginación, pero no, ellas seguían allí... y parecían hippies durmiendo en la estación de tren con grandes maletas.

No lo podía creer, habían llegado. Al final habían llegado.

Las cosas parecían ir mejor que nunca.

—¿Qué hacen en mi puerta a esta hora?

Eran solamente las once de la noche, para un día sábado eso era temprano, pero yo no era una persona de vida nocturna. Sin embargo, todo se esfumó de mi cabeza. El cansancio, los nervios, la ansiedad, las dudas, todo. ¡Todo!

Las había extrañado tanto que quería gritar de la felicidad, aunque a mis vecinos eso no les agradaría.

La primera en abrir los ojos fue Rosé. Con una agilidad sorprendente se puso en pie y saltó sobre mí, me envolvió en sus delgados brazos y me apretó contra ella.

—¡Sorpresa! —gritó en mi oído.

—Creí que no iban a llegar.

—Casi no llegamos, pero no nos podíamos perder tu boda. Por favor, ¡estás guapísima!

Yo estaba producida para una noche de fiesta, era lógico que me viera bien. En cambio, ella estaba en unas mallas negras, una chaqueta estilo motociclista y bajo esta una camisa blanca, sin maquillaje y aun así su piel oliva brillaba. Lucía fantástica.

—Gracias, tú...

Me cortó a media frase solo para golpear suavemente con el pie a Val.

—¡Oh, por favor! No finjas que estás dormida.



—Solo estoy esperando a que le pidas disculpas a Fiore por no poder llegar a su despedida de soltera —le recriminó Val, pero seguía sin abrir los ojos.

—No sigues enojada por eso... ¿o sí? Además, para Fiore lo único importante es que estamos aquí.

Me tiré una carcajada cuando Val abrió los ojos, le disparó una mirada gélida a Rosé. Estaba enojada y cuando tenía ese humor era mejor no acercarse a ella. Ese comportamiento me traía recuerdos de cuando era niña, caprichosa a más no poder. Val deslizó sus ojos hacia mí y su enfado se desvaneció, y ahora sí, sonrió.

Un alivio me recorrió. La última vez que vi a mi prima en persona estaba hecha un mar de lágrimas por culpa de una mala ruptura, parecía que nunca podría parar de llorar y ese día solo reafirmó mi decisión de que yo nunca le entregaría mi corazón a nadie sin antes estar segura de que esa persona me amara con locura y me pusiera en primer lugar. Pero ahí estaba ella, con todo su abundante pelo rojo alborotado y una enorme sonrisa que decía: «Estoy mejor que nunca».

Si ella lo había logrado, había esperanza para las demás.

—¿Por qué no vienes aquí y me das un abrazo? —dije.

—Porque tengo pereza de levantarme, no he dormido en casi dos días y tengo hambre.

—Pero te he extrañado.

Ella suspiró con fingido fastidio, dejó a un lado la comodidad del piso y me abrazó. Segundos después, Rosé se unió a nuestro abrazo. No permitiría que la dejáramos fuera.

Después de casi tres años, por fin las tres estábamos juntas.

—Me gusta lo que has hecho con la decoración —comentó con un deje de orgullo.

Rosé paseaba la vista por la sala, las paredes, los nuevos cuadros. Cuando ella me dejó el piso cambié todos los muebles, su estilo era muy minimalista y el mío era más clásico moderno y acogedor.

—A mí también me encanta, pero solo voy a llevarme pocas cosas para mi nueva casa. Hablando de eso, ¿qué piensas hacer con el piso? ¿Vas a rentarlo?

Antes de que Rosé pudiera contestar a mi pregunta, Val entró en la sala con sus pies descalzos. En una mano traía un plato con un sándwich; en la otra, tres vasos y bajo el brazo una caja de madera que parecía ser de licor.

—No puedo creer que te vayas a casar, pero de igual forma tenemos que brindar por eso. —Se encogió de hombros—. Necesito alcoholizarme para poder procesarlo. Me entiendes, ¿verdad?

No probé una gota de alcohol en toda la noche y ellas no solo me estaban desvelando, sino que también querían que rompiera mi regla.

—No, no voy a tomar. Chicas, mañana me caso y debería estar descansando.

Val clavó sus ojos en mí.

—Vamos a brindar por ti, porque estás cumpliendo uno de tus sueños, pero más que nada por nuestro reencuentro. No es lo mismo hablar contigo cara a cara que hacerlo a través de una pantalla, así que por favor sé un poco flexible con tus reglas y brinda con nosotras. También puedes aprovechar para contarnos qué es lo que te tiene tan feliz. Te ves... diferente.

¿Qué significaba eso?

—No me veo diferente, cosa que no puedo decir sobre ti. Bueno, sobre las dos.

La ronca carcajada de Rosé llenó toda la habitación.

—No trates de envolvernos con cumplidos, te ves diferente y no me refiero a lo delgada que estás, sino a que tienes un brillo especial, podría decir que es por tu boda, pero me atrevo a afirmar que Henry encontró el secreto para complacerte en la cama. Ese chico al fin lo hizo.

Fue inevitable para mí no sonrojarme. Por suerte, Val me salvó de tener que responder la impertinencia de Rosé.

—Deja el sexo a un lado por un segundo. —Val puso sus ojos sobre mí, incrédula y muy enojada—. ¿Puedes creer que lo hizo en el estacionamiento del aeropuerto y que por eso perdimos el vuelo junto a nuestra reservación en el hotel?

—Sí, puedo creerlo.

Era sincera, Rosé no era de las personas que se media para dar rienda suelta a sus necesidades de chica. Necesitaba vivir la vida con mucha adrenalina en su sistema.

Ella cruzó sus largas y atléticas piernas. Ella era seductora como el infierno.

Se encogió de hombros.

—Era guapo y no lo voy a volver a ver nunca más en la vida. ¿Por qué perdérmelo?

Con la piel ardiendo por los recuerdos de mi infidelidad, desvié la vista.

Tenía que cambiar de tema o corría el peligro que pudieran averiguar mi sucio secreto; no importaba cuánto las quisiera y confiara en ellas, no pensaba contárselo. A nadie. Ellas me harían sacar deducciones que no tenían sentido y me llenarían de dudas.

*Entonces deja de pensar en él.*

Val puso los vasos casi llenos frente a nosotras.

—¿Deberíamos pedir algunos deseos para la novia?

—¿Con bebidas espirituosas? —pregunté confusa.

Estaba segura que los deseos venían en los cumpleaños y con velas.

—No necesariamente, nosotras vamos a modernizarlo y darle un toque más divertido. Por cada deseo tenemos que tomarlo hasta el fondo.

Rosé no cambiaba más.

—¿Están locas? Es demasiado, vamos a terminar alcoholizadas.

Las dos me vieron como si estuviera loca hasta que recordé que ellas no se emborrachan, pero yo soy un completo peso ligero. Con un poco de alcohol en mi cuerpo ya estaba hablando tres idiomas y diciendo conjuros.

—Va a ser divertido, Fiore. Piensa en esto, es tu última noche de soltera, desde mañana vas a tener compromisos como esposa que te van a tener más ocupada y va a ser más difícil vernos.

El comentario de Val me puso un poco nerviosa, era como si ella hubiera entrado en mi mente y dicho en voz alta mi miedo más grande. No quería perder mi libertad.

—Voy a casarme, no voy a ir a una condena de cárcel domiciliaría.

Rosé aplaudió.

—No la tomes en serio. Ya sabes cómo es Val con estos «convencionalismos sociales». Sólo ignórala y comencemos con los deseos.

Sí, Val era la clase de persona a quien todo esto del matrimonio le parecía un rito antiguo e inservible, pero ya habíamos hablado de esto y creí que ella estaba de acuerdo. La miré con ojo crítico, por las conversaciones anteriores me había dado cuenta que ella había cambiado, era más segura de sí misma y más irresponsable, y aunque fuera diferente su opinión me importaba. No solo era mi prima, sino que también mi amiga.

—¿No estás de acuerdo en que me case?

Un silencio pesado le siguió a mi pregunta. Ahora era ella quien me examinaba a mí. No sé quién le había enseñado eso. Era molesto.

—Fiore, si casarte con Henry va a hacerte feliz, no debería importarte mi opinión. —Hablabla despacio, cuidando sus palabras. Con cada segundo que

pasaba sentía que ella iba abriéndose camino en mi cerebro, desenredándolo —. Sabes lo que pienso respecto a eso. Pero lo que dije es verdad, te veo diferente, con una chispa de vida, estás luminosa y si Henry es el responsable de eso entonces yo voy a apoyarte. Voy a estar feliz por ti. De verdad.

Un nudo se instaló en mi garganta. De repente, sentía muchas ganas de llorar.

—Al parecer voy a ir primera. Fiore, te deseo... mucho sexo del bueno para que no te aburras nunca y tal vez para que nos hagas tías.

Val y yo pusimos los ojos en blanco.

—Qué ingeniosa —le dijo Val. Chasqueó la lengua—. Yo te deseo la libertad de poder ser tú misma... y que no me hagas tía muy pronto. Soy muy joven.

Está vez Rosé y yo pusimos los ojos en blanco. Eso también era típico de Val.

—¿En serio, chicas? Sus deseos apestan.

—¿A quién le importa? Solo son una excusa para emborracharte. —Rosé sonrió con mucha maldad—. Hasta el fondo.

Con mis cinco sentidos diciéndome que era una mala idea les seguí el juego. Chocamos nuestros vasos.

—¡Salud! —dijimos las tres al unísono.

Con las risas llenando el piso me percaté de lo silenciosa que había estado mi vida desde que se fueron y de lo mucho que deseaba que no siguieran con sus viajes. Las necesitaba aquí, conmigo.

## Capítulo 11

Pasé la noche más divertida que he tenido en años. Las impertinencias de Rosé, el humor oscuro de Val es algo que no tenía precio, pero también me hizo sentir un poco extraña. Ver a mis mejores amigas comportarse como adolescentes sin preocupaciones sin duda me hizo pensar que quizás me había perdido algunas cosas por mis ganas de seguir un plan. Por querer crecer a pasos agigantados. Aunque nunca me escaparía como ellas lo hicieron. Yo simplemente no podría dejar todo atrás y ser imprudente. Supongo que no estaba en mi ADN. Tampoco es que me arrepintiera, planear las cosas se me da bien, me da seguridad.

Pero me había reído tanto que por la mañana no quería levantarme de la cama. Mi mamá tuvo que llamar cinco veces antes de que el sueño me abandonara y me permitiera recordar que era mi gran día.

Como no había suficiente espacio en el piso para todas las personas que se encargaron de producirme, decidí que lo mejor era arreglarme en casa de mis padres; era grande y quedaba cerca de la iglesia. Eso pensé, pero la verdad es que creo que cometí un error garrafal. Todas las personas estaban ansiosas, mi abuela no paraba de darme «consejos» de cómo debía ser una esposa como si aún estuviéramos en el siglo diecinueve y lo peor fue que tuve que morderme varias veces la lengua, sobre todo, cuando mi tía apareció de improviso para indagar si realmente Val asistiría a la boda. La valentía de hace unos días se había consumido y ya no sabía cómo decirles que ella incluso estaba en la ciudad, no tenía ni idea de cómo reaccionarían. Me ponía realmente nerviosa solo de pensarlo. Llegué a la conclusión de que lo mejor sería que se encontraran por sí solas y arreglaran sus diferencias, eran familia. No estaba para arreglar la vida de las personas, por lo menos no en mi día.

A medida que el tiempo iba pasando mi emoción mañanera y mi expectación por estar cumpliendo uno de mis grandes sueños fue menguando lentamente. En el corto trayecto hasta *La Catedral de San Pablo* se instaló un revoloteo furioso en mi estómago, como si todas las mariposas intentaran salir huyendo. Respiré profundo cuando el coche se estacionó frente a la entrada atrayendo la atención de mi papá, que estaba sentado a mi lado. Me regaló una sonrisa tranquilizadora y apretó mi mano.

—Estás hermosa.

Su tono paternal hizo que me entrara una nostalgia. Yo había sido su

princesa toda la vida, él siempre me consentía y en cambio, en ese momento, se sentía como si algo en nuestra relación estuviera a segundos de cambiar. Pero claro que cambiaría y eso no significaba que fuera para mal, es solo que él había sido el único hombre en mi vida. Oficialmente o algo así.

Apreté de regreso su mano.

—Eres mi papá, tu opinión en esos aspectos es irrelevante.

Chasqueó la lengua.

—La belleza de mi hija no es irrelevante y su felicidad tampoco.

Mi sonrisa flaqueó.

—¿No deberíamos entrar ya? —pregunté cambiando de tema.

Mis amigas, que venían en otro coche delante de nosotros, ya habían bajado y estaban esperando. Henry debía estar dentro de la catedral, también esperando.

Al final, todas las personas vivían esperando.

—Supongo que sí.

Me ayudó a bajar y tan pronto cerró la puerta pude verme reflejada en las ventanas oscuras. Ahogué una exclamación. Mi papá tenía razón, estaba hermosa. De todos los vestidos que vi solo me enamoré de uno y solo de uno. Decidí seguir una dieta por tres meses y los resultados fueron suficientes para que pudiera lucir mi vestido soñado y, sobre todo, para poder sentirme cómoda en mi propia piel.

Me miré fijamente, pero el reflejo de mi vestido me tenía hipnotizada y con los nervios a flor de piel no me presté mucha atención. Era como si quien lo tuviera puesto fuera otra persona. El vestido era romántico, sugerente y femenino. Combinaba unas mangas largas estilo tatuaje y un escote *off the shoulder*; con los encajes y el tul cristal daba la sensación de segunda piel al volumen de la falda. Era como si hubiese sido diseñado por mi hada madrina. Mi pelo estaba recogido en un moño desestructurado adornado con un tocado.

Mis entrañas se retorcieron con fuerza. No reconocía a la persona que me devolvía la mirada a pesar de que esa persona era mi propio reflejo.

—Estás muy guapa —dijo a mi espalda una pequeña y ronca voz muy sorprendida.

Me giré, sonreí a Anthea.

—Nadie es más guapa que tú.

Con su personalidad arrolladora me sonrió sin ninguna vergüenza, aceptando el cumplido. A su corta edad la seguridad ya se apreciaba en su carácter y era tan inteligente que sabía usar sus encantos para manipular a las

personas y ver cumplidos sus caprichos. Si a esa edad era así, no quería imaginarme cuando creciera y se preocupara por algo más que por el desarrollo de su cuerpo, por ejemplo, cuando descubra al género masculino. Los chicos correrían sin ventaja.

—¿Ella está aquí? —preguntó en voz baja.

Me había estado haciendo la misma pregunta toda la mañana.

—Sí, debe estar dentro.

Asintió con duda.

—Creo que debemos prepararnos para cuando la melodía empiece a sonar.

—Cambió de tema, repitió lo que mamá y la planificadora de bodas nos había dicho como un centenar de veces.

Deseaba ver a Val con sus propios ojos para poder creer que estaba en la ciudad, era su tía favorita y la extrañaba hasta el punto de estar dolida por su ausencia. Sin más que decir, comenzó a subir los escalones hasta la imponente entrada, ella llevaba las alianzas así que era la primera en entrar. Detrás de ella se colocaron las damas de honor, no las necesitaba detrás de mí porque mi vestido no tenía cola y yo quería ser la última en entrar para causar una gran impresión.

Mi papá me ofreció su brazo izquierdo y me sostuve de él.

*El día había llegado, por fin iba a casarme.*

Un escalofrío desagradable me recorrió la espalda.

—Pase lo que pase siempre vas a ser mi princesa —susurró mi papá.

Me encontré con sus ojos, él parecía feliz, incluso orgulloso de mí.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto.

Me aferré a esa promesa con todas mis fuerzas. Mi subconsciente no dudó en traicionarme y como en una película, me mostró escenas de los acontecimientos de la última semana en cámara lenta. Henry yéndose de viaje y la poca falta que me hizo después de las primeras horas. Edward haciéndome ver lucecitas con un beso robado. Edward ayudándome cuando lo necesité. Henry ignorándome cuando le dije que estaba enferma. Edward haciéndome reír. Henry regalándome rosas. Edward follándome contra una pared y haciéndome sentir viva. Henry haciéndome el amor en una cama.

—¿Estás listas? —preguntó papá.

Solo asentí y me dejé arrastrar por él.

Finalmente, recordé la llamada de Henry esa mañana, ronroneándome al oído: «Serás la novia más hermosa del mundo y yo el novio más afortunado.

Te amo».

Mis piernas se sentían más pesadas.

Eso era lo que yo necesitaba escuchar, que me amaba. Solo que sentí que lo había dicho como si estuviera endulzándome, como si presintiera las dudas que me habían invadido toda la semana. *No puedes culparlo por eso*, me dije. No, no podía culparlo por eso y tenía que estar feliz de que él se diera cuenta de que yo necesitaba seguridad porque algo no estaba del todo bien.

Con el corazón latiéndome muy rápido encontré la mirada de Henry, en la distancia que nos separa y con cada paso que daba, me acercaba más a mi destino con él. Alcancé a ver un brillo peculiar en sus ojos. No me gustó. Si él se había dado cuenta de mis dudas, ¿por qué nunca habló conmigo?, ¿por qué solo decía «te amo»? Era como si siempre supiera lo que tenía que decir y cuándo decirlo. ¿Por qué me seguía preguntando esto? Estaba caminando por el pasillo de la iglesia, hacia él. ¿Qué ganaba preguntándome esas cosas? No había marcha atrás. Debería estar saltando de la felicidad. Él era perfecto. Mi vestido era perfecto. Todo estaba planeado para que fuera perfecto.

*No pongas eso sobre mí, si no quieres o no estás segura de casarte, entonces no te cases, pero no te sientes ahí esperando a que yo te pida que no lo hagas. No va a suceder. Maldición, no lo voy a hacer. Tal vez querías que algo pasara entre nosotros para tener algún tipo de excusa para no casarte o tal vez solo te desahogaste conmigo, y eso está bien. No puedes esperar que yo te lo ponga fácil haciéndome cargo. No soy ese tipo de persona. Lo siento, Fiore, pero no lo soy. Eres una mujer adulta. Inteligente. Hazte responsable de lo que en realidad sientes y no pensando en lo que es correcto. Eres tú quien tiene que tomar esa decisión. Es tú vida de lo que hablamos. Hazte cargo.*

*Eres tú quien tiene que tomar esa decisión. Es tú vida de lo que hablamos. Hazte cargo.*

*Eres tú quien tiene que tomar esa decisión. Es tú vida de lo que hablamos. Hazte cargo.*

*Eres tú quien tiene que tomar esa decisión. Es tú vida de lo que hablamos. Hazte cargo.*

Esas palabras se repetían como si fueran el coro de la canción de mi vida. Con el mundo girando en la dirección incorrecta, arranqué los ojos de Henry y los paseé por la iglesia, pero no lograba enfocar a nadie. Me sentía tan fuera de lugar que mi estómago se agitó asustado.

Se supone que tenía que ser el día más feliz de mi vida, pero yo no estaba



feliz.

¿Por qué no lo estaba?

La respuesta llegó al instante.

*No luces como una mujer enamorada.*

Mi labio tembló.

Ese último par de días me estuve repitiendo que poco a poco iba a ir abriéndome, que poco a poco sería yo misma y que Henry se enamoraría de todas esas partes que aún desconocía de mí, pero nunca pasó por mi cabeza si yo algún día me enamoraría de él.

Oh, Dios. ¿No estoy enamorada de él? ¿Ni un poquito?

Estúpido Edward, si no hubiera chocado con él y no me hubiera sentido atraída no estuviera haciéndome esas preguntas, no estaría dudando hasta de mi nombre. Estaría... ¿estaría qué? ¿Feliz? Las lágrimas se acumularon en mis ojos, no me podía estar pasando eso. Parpadeé varias veces para alejar todo pensamiento, lo único que me faltaba era comenzar a llorar como una niña desconsolada. Sin embargo, era lo que quería hacer cuando me di cuenta de que faltaban menos de dos metros para llegar al altar donde Henry me esperaba. El pánico subió por mi garganta, solté un suave sollozo lastimero.

¿Qué iba hacer?

Nada. No podía hacer nada, estaba rodeada de un centenar de personas que habían venido de lejos solo para asistir a nuestra boda. Mi mamá estaba tan feliz, mi papá estaba orgulloso, Henry me amaba. Podía hacerlo, podía casarme y enamorarme de él. Él era asombroso y una gran persona, así que no me sería tan difícil, solo tendría que dejar de pensar en esto como un punto más en mi lista y tomármelo más en serio.

Sí, eso es lo que iba hacer. Enamorarme de Henry.

Decidida a seguir mi nuevo plan, sonreí. Fue una sonrisa pequeña, pero me costó tanto que era imposible que nadie notara que me estaba forzando.

De repente, como si hubiera escuchado las súplicas que ni siquiera me atrevía a pensar, apareció una mujer frente a mí. Lo primero que vi fue su escote redondo estilo *swimwear*, lentamente desplacé mis ojos hacia arriba encontrándome con Rosé. Un zumbido recorrió entre los invitados, pero ella no pareció escucharlo. Al contrario, tenía sus ojos puestos sobre mí, nunca antes la vi tan seria. A un lado de ella, Val le preguntaba si el alcohol le había pegado tarde porque no podía estar en medio y robarme mi momento. Cosa que estaba lejos de la realidad. No era mi momento. No quería que lo fuera.

—Corre —susurró.

Abrí mis ojos entre sorprendida y agradecida.

—¿Qué? —preguntó mi papá sin entender—. ¿Por qué tiene que correr?

Rosé estaba plantada en medio del pasillo sin temer que la atención estuviera sobre ella, tiró la cadera a un lado, su pelo revoloteó un poco. Con todo lo alta que era y ese vestido rojo ella parecía una modelo en su propia pasarela.

Me guiñó un ojo.

—Yo me encargo.

Era justo lo que necesitaba escuchar. Por una milésima de segundo dudé, pero la duda quedó atrás junto con las exclamaciones de sorpresa de los invitados y con la voz de mi papá diciendo mi nombre a mi espalda. Me obligué a mantener la vista en la puerta, en mi salida, mi escapatoria. Corrí tan rápido como mis tacones me lo permitieron, corrí tan lejos como la culpa me dejó. Cuando me detuve estaba bajando los últimos escalones de la entrada, la adrenalina y el alivio me abandonaron. No quería casarme, pero ¿salir corriendo? ¿Huir? Sacudí mi cabeza, Henry no se lo merecía, después de eso iba a odiarme. ¡Todos iban a odiarme! Tenía que volver, tenía que hacerlo.

Sabía que debía responsabilizarme y volver ahí, pero solo de pensar en entrar de nuevo a esa iglesia y recorrer ese pasillo mi estómago se retorció. Una arcada me subió por la garganta, puse mi mano en la boca. No tuvo ningún efecto, mi estómago se reveló. Me sentía tan enferma como la semana anterior. No sabía qué hacer, solo logré caminar a un lado de las escaleras y dejé que todo empeorara... Vomité. De esta forma no podía entrar ahí de nuevo, solo faltaba que algún conocido me viera en esa situación y mi vida terminaría. La realidad era que desde que había aceptado casarme con Henry todo me ponía ansiosa, nerviosa y terminaba sintiéndome mal físicamente. Sentí una mano posarse sobre mi hombro y otra sobre mi espalda como si estuviera tratando de reconfortarme. Mi estómago volvió a agitarse, pero esta vez no se descontroló.

Di media vuelta y me encontré con una chica rubia con ojos comprensivos, tendiéndome un pañuelo. Me quería morir, estaba vestida de novia y vomitando al lado de la catedral. Ni siquiera quería imaginarme el aspecto patético y desgraciado que tenía.

—¿Te sientes mejor?

La suavidad en su voz no sirvió con la bofetada que sentí por la pregunta. Acepté el pañuelo y me limpié. No estaba mejor. De hecho, creo que todo estaba peor que nunca. Yo no hacía estas cosas, era irresponsable de mi parte

solo salir corriendo. Tenía que haberme dado cuenta antes de lo que sucedía conmigo y lo hice, me di cuenta, pero tenía tanto miedo de fracasar que dejé que todo sucediera. Estaba claro que era el día en que mis emociones se desbordara. Las lágrimas me inundaron.

—Oh, todo va a salir bien —dijo la chica.

Quería creerle, quería creer que todo iba a mejorar. Pero solo había decepcionado a todos, principalmente a mí. Era una perdedora.

Traté de recomponerme, tenía que buscar la forma de alejarme de ese lugar antes de toparme con algún invitado o peor, con Henry. No podía enfrentarlo.

—Lo siento —balbuceé—, yo... quiero decir... gracias. Sí, gracias.

Ella sonrió.

—Creí que te habías alejado más o subido a un taxi, pero aquí estás.

Rosé estaba prácticamente corriendo en mi dirección. La emoción de verla casi provoca otra oleada de lágrimas, no tenía idea de cómo se había enterado de mis dudas sentimentales, pero estaba feliz de saber que no estaba sola. Ella se quedaría conmigo.

Se detuvo de repente con el ceño fruncido. Cerré los ojos esperando que me dijera lo horrible que fue todo y el montón de problemas en los que estaba metida.

—¿Rebecca?

¿Quién demonios era Rebecca y qué tenía que ver conmigo y con todo esto?

—Hola, Rosé, es bueno verte —le contestó la chica rubia.

Abrí un poco mis ojos solo para mirar detenidamente a la amable chica. Era guapa, sí, pero no tenía la menor idea de quien era. No estaba realmente interesada en saberlo tampoco. Miré alrededor mío para saber cuántas personas estaban viendo mi infortunio mientras Rosé, poco sutil, le preguntaba qué hacía ahí. En eso, mis ojos se toparon con la persona que menos quería ver.

El suelo se tambaleó bajo mis pies.

Mi corazón saltó.

—Oh, Dios mío.

Me tapé la boca, sin poder creer en lo que estaba frente a mis ojos.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó Rosé.

Al otro lado de la calle, apoyado sobre un auto que no reconocía de nada, estaba Edward junto a dos amigos. A uno de ellos lo recordaba del restaurante, el otro era Christopher. ¿Qué demonios hacía él ahí? Dejó muy claro que no iba a interferir porque era una decisión mía.

Lo peor de ser una novia que se arrepiente literalmente en el último segundo era tener que dar explicaciones, más cuando esas explicaciones incluían una infidelidad.

Miré a Rosé con la culpa escrita en toda mi cara. Ella enarcó una ceja, miró en dirección a los tres hombres.

—¿Qué demonios hacen ellos aquí? ¿Qué mierda hacen todos ustedes aquí, Rebeca?

Esta vez sonaba más tensa, casi que enfadada.

—¿Los conoces? —pregunté a Rebeca.

—Sí, ella lo hace.

¿Entonces no era casualidad que se portara amable? ¿Edward se lo había pedido?

—Parece como si no te alegraras de vernos —Rosé no retrocedió—, estábamos por los alrededores, vi que ella se sentía mal y me acerqué a ayudarla.

La forma evasiva en la que respondió me indicó que Rebecca sabía gran parte de la historia entre Edward y yo.

—Entonces gracias —dijo Rosé con sarcasmo—, pero desde aquí me hago cargo yo.

—Rosé —reclamé—. Ella me ayudó.

Por el rabillo del ojo vi cómo Edward y sus amigos se acercaban. El nerviosismo me invadió, así como la esperanza de que estuviera ahí por mí. Eso sería romántico.

Ah, pero yo estoy definitivamente loca. Acababa de dejar plantado en el altar a mi pareja de más de dos años y ya estaba creyendo que las acciones de otro hombre eran románticas. Era de lo peor.

—Está bien, lo siento —suspiró Rosé—. Tú mamá se puso como loca y Val está tratando de retener a todos, incluido a Henry para que no salgan a buscarte. Tenemos que irnos.

—Tal vez debería hablar con él.

—¿Para qué trate de convencerte de que solo estás nerviosa y te cases con él? Porque eso es lo dijo ahí dentro.

Iba a decir algo, pero cerré la boca cuando Edward y sus amigos llegaron a nosotras. Tenía lágrimas en mis pestañas que cayeron cuando cerré mis ojos.

—Rosé —saludó Christopher.

Se hizo un largo e incómodo silencio.

Rosé lo ignoró olímpicamente.

—Voy por el coche para que salgamos de aquí. No te muevas.

—Voy contigo —rogué.

Sacudió su cabeza.

—Es mejor que te quedes aquí, no quiero que te cruces con nadie. Bueno, con nadie importante.

La seguridad pareció irse con ella. Los hombres a mi alrededor lucían como tres pilares altos y fuertes que les dificultaban la vista a las personas curiosas. Aunque todos evitaban mirarme directamente, menos Edward. Él parecía estar tratando de entrar en mi mente.

El silencio era sofocante.

—¿Quieres un poco de agua?

A unos pasos de mí se encontraba Christopher. Lo había visto solo dos veces antes, nunca me detuve a observarlo en detalle, pero de cerca, sus ojos azules eran mucho más impresionantes. Y aún con todo lo que estaba pasando me sonrojé. Fue antes de recordar quién era. Entendí el por qué Rosé no estaba feliz de verlo. Christopher el hombre que le había roto el corazón a Val. seguramente no quería que se cruzaran. Me planteé rechazar la botella con agua que me ofrecía solo para que se diera cuenta de que no me agradaba, pero tenía la boca seca y me él intimidaba. Además, sentía que él sí era capaz de ver a través de mí. Quería que dejara de mirarme.

Extendí la mano, enroscando mi mano en la botella fría.

—Gracias.

Consiente de mi nerviosismo, elevó un lado de su boca en una media sonrisa. Era guapísimo.

—No te arrepientas, no todos somos tan valientes para hacer lo que de verdad sentimos.

Lo que menos me sentía era valiente. Mala, traicionera y estúpida, sí, pero de valiente nada.

Levanté la barbilla, altanera.

—Tienes razón, algunos son tan cobardes que lo único que pueden hacer es romper... cosas.

*Mejor dicho, corazones.*

Se le borró la media sonrisa de la cara volviéndose hermético. Me concentré todo lo que pude en él, así no pensaba en la situación tan precaria en la que me encontraba.

—¿Ella está ahí? —preguntó en un susurro.

No había necesidad de decir su nombre, todos en ese círculo sabíamos que

se refería a Val.

—No —mentí.

Christopher la había tirado lejos, no tenía derecho a preguntar sobre ella.

—Sí, ella está adentro —me contradijo Rebeca.

La miré sin dar crédito. Era una traidora del género.

—Ella no regreso sola —mentí de nuevo, pero Rebeca no lo sabía.

Christopher asintió, pero no se le movió ni un pelo. No era capaz de descifrar si le afecto o no. Él simplemente se quedó ahí parado viéndome.

De un momento a otro, me encontré atrapada en los brazos de Edward. Me dejé abrazar, él tenía ese algo que lograba desterrar todo de mi mente y me hacía sentir segura. Cálida. Reconfortada. Sin embargo, por mucho que me agradara su calor, no podía quedarme enredada a él. No quería confundirme por una muestra de afecto. Con esfuerzo, puse distancia entre nosotros.

—¿Qué estás haciendo aquí, Edward?

Con su pulgar rozó mi labio inferior.

—No tengo ni la menor idea.

## Capítulo 12

—¿Ya puedo preguntar qué es lo que sucedió?

No habíamos terminado de entrar en la casa que Rosé tenía a las afueras de la ciudad cuando Val lanzó la pregunta. Solo escucharla de nuevo me remordió la conciencia. En momentos como ese extrañaba a la vieja Val, quien no preguntaría nada, solo me abrazaría. Pero debía darle crédito, no le había explicado nada, ni siquiera le había dicho una palabra y aun así ella me siguió hasta ahí.

—Valentina —reclamó Rosé.

Habíamos llegado a un acuerdo silencioso de que les explicaría cuando yo estuviera lista. Aún no lo estaba. No lo estaría nunca.

—¿Qué? —desafió Val—. Tú y yo somos quienes huimos, pero ella no. Ella no es así. Tuvo que pasar algo realmente grave para que decidiera no casarse en el último momento y dado que un hematoma se está formando en mi brazo por culpa del cabrón de Henry tengo derecho a preguntar.

—¿De qué estás hablando? —pregunté desconcertada.

¿Hematoma?

Nos reencontramos con Val cuando ya estábamos en el piso empacando una pequeña maleta, había decidido que quería pensar en un lugar tranquilo. Rosé sugirió que fuéramos un par de semanas a Finlandia y que también aprovecharíamos para ver las auroras boreales, por muy tentadora que fuera la oferta no quería irme. Ya había hecho demasiadas locuras. Val tampoco había dicho nada de lo que sucedió en la iglesia, había asumido que me estaba dando mi espacio, pero ahora creo que ella solo no quería explotar en un espacio tan reducido como un coche.

Sus ojos se volvieron afilados.

—¡Mira! —dijo, mientras me enseñaba el brazo izquierdo.

Algo que parecían dedos estaban marcados en su brazo en tonos rojos y morados. Gemí horrorizada.

—Henry no pudo haber hecho eso.

—Sí que lo hizo. Se volvió como loco cuando salió a buscarte y ustedes ya se habían ido, me preguntó qué había pasado. Yo no pude contestarle porque no tenía la menor idea de nada. Hasta se atrevió a echarme la culpa, todo porque mamá antes había insinuado que quizás yo te había metido cosas en la cabeza. Entonces fue cuando me agarró del brazo, exigiéndome que le dijera

dónde estabas. Estábamos rodeados de todos los invitados y aun así juro que el tipo casi me golpea.

Las palabras quedaron flotando en el aire. Por mucho que lo intentara, una parte de mí no lograba asimilarlas y otra parte, bueno, otra parte lo creía capaz. Escandalizada recordé todas esas veces que había algo en su mirada que no lograba entender, algo que no me gustaba, como si estuviera reteniéndose y después él retrocedía rápidamente haciéndome un cumplido. Decía lo que yo quería escuchar.

Si él no me conocía del todo, ¿qué me hacía pensar que yo si lo conocía a él? Podía ser una faceta que yo nunca había visto, pero que siempre ha estado ahí.

—Pero tú lo golpeaste primero —dijo Rosé orgullosa.

—De algo tenían que servir todas esas clases de defensa personal que me hiciste tomar. Creo que romí su linda nariz.

Eso era algo nuevo.

—¿Tomaron clases de defensa personal? ¿Rompió su nariz?

Henry cuidaba mucho su aspecto, le gustaba lucir siempre impecable. No quería imaginarme cómo se veía. Lo molesto que estaría.

—Por supuesto. Éramos dos chicas viajando solas que saben que los príncipes con armadura dorada y caballo blanco no existen, así que aprendimos lo necesario para ser nuestras propias salvadoras, pero nunca tuvimos que usarlo. ¿Estás bien?

Rosé lo dijo como si fuera algo obvio.

Claro, eso tenía mucho sentido. Una pizca de envidia me recorrió. Ellas estaban más seguras y cómodas de sí mismas, y yo... yo más perdida que nunca.

—Sí, claro —dijo Val en un tono que decía que no lo estaba. Su siguiente pregunta me tomó desprevenida—. ¿Alguna vez Henry fue violento contigo? ¿Es por eso que no quisiste casarte?

—¡Por supuesto que no!

No tenía que pensarlo. En realidad, Henry nunca fue violento conmigo, a veces sentía que no lo conocía, pero nada más.

Ella suspiró y se dejó caer sobre una silla que estaba cerca de la puerta.

—¿Entonces qué fue lo que sucedió? No me malinterpretes, después de lo que pasó me alegro de que no te casaras con... ese tipo despreciable, pero ayer parecías feliz. ¿Qué cambió?

La sangre viajó a mis mejillas violentamente y traté de cubrirme, pero mi



pelo todavía estaba en un moño. No tuve mucho éxito. ¿Qué más daba? De una u otra forma iban a enterarse, era mejor que fuera por mí. Además, necesitaba hablarlo con alguien.

Me acerqué a la venta, el aire frío me hizo estremecer. Ese lugar daba la sensación de que todo estaba muy lejos.

—Lo que pasó es que le fui infiel a Henry.

Allí estaba, había dicho en voz alta lo que ni siquiera podía admitirme a mí misma. Desde cualquier punto en que se viera estaba mal, yo actué mal y eso era lo que de verdad me molestaba. Fui por atrás y traicioné a una persona porque no fui tan valiente para decirle que no lo amaba. Tal vez si hubiera sido sincera ambos pudimos haber trabajado en nuestra relación y esto no estaría pasando.

Podía sentir a las chicas mirándome con consternación. Sus dudas reuniéndose con las mías.

—¿Exactamente a qué te refieres con: infiel?

No había ningún tipo de juicio en la voz de Rosé, solo tenía curiosidad, pero era lo que me esperaba de ella. Tiene una mente muy abierta y trata de entender a los demás. Quién verdaderamente me preocupaba era Val, no sabía qué tanto había cambiado para que pudiera entender por qué lo hice. Ni yo entendía por qué lo hice.

Reuní todo el valor que pude y les conté todo. Cómo Edward me besó y me sentí desfallecer, cómo de todas las personas que existían en el mundo tuve que encontrarme con él cuando necesitaba ayuda, o cómo cuando estaba con él no pensaba en nada y el tiempo pasaba rapidísimo. Obvié algunos detalles íntimos que ellas no necesitaban saber. Rosé no estaba feliz e insistió.

—Quieres decir que todo tu cambio se debe a que otra persona que no era tu prometido te hizo sentir de verdad. Eso puedo entenderlo y más cuando tú dices que él es un poco misterioso. Esos son los mejores. Te dan orgasmos impresionantes. Pero ¿cómo te convenció para que tuvieran sexo? —preguntó Rosé.

Maldición, ella era tan directa.

—Él no me convenció, él... solo dijo que algunas cosas no las puedes planear y yo realmente me sentía atraída. Entonces pensé, ¿por qué no? Nadie iba a enterarse, no lo iba a ver nunca más. Siempre me porto bien y sigo las reglas. Yo solo quería algo memorable para recordar, solo fue eso. Fue puramente físico.

Volví la vista al interior de la habitación, me encontré con Rosé

estudiándome. Ella estaba sacando sus propias conclusiones y por su mirada podía decir que no eran igual que las mías.

—¿Estás segura que fue solo físico?

Esa era una excelente pregunta y aún no tenía una respuesta concreta. Yo quería pensar que solo fue físico. Sería todo mucho más fácil.

Bajé los ojos, no podía sostener su mirada por más tiempo. Me avergonzaba.

—Somos tan diferentes. Él no es nada de lo que yo busco en un hombre. Pensamos diferente, sentimos diferente. Incluso me trata de presuntuosa, pero con todo eso me hace sentir cómoda y visible. No hay presión cuando estoy con él.

Mis ojos se empañaron. En el trabajo solo era la prometida de Henry, con nuestros amigos seguía siendo la prometida de Henry, para mi familia también solo era la prometida de Henry. Era como si todo girara en ser su prometida y todo eso estaba bien para mí porque yo solo quería casarme hasta que Edward apareció y me vio. A él no le importaba que yo estuviera prometida. Cuando me miraba me hacía sentir deseada.

—¿Y quién es ese hombre que te sacó de tu zona de confort? —pregunto Rosé. Sonrió con picardía—. Yo solo sé que ya me agrada.

Caminé hasta la cama y me acosté boca arriba. Agarré una almohada para tapar mis oídos cuando escuchara sus quejas de por qué Edward no era buen candidato, ellas lo conocían mejor que yo, seguramente sabían cosas sucias sobre él y con cuántas mujeres se ha acostado.

—Edward.

Los exóticos ojos de Rosé reflejaban incredulidad, vi cómo las piezas empezaban a encajar para ella.

Abrió y cerró la boca varias veces hasta que al final preguntó:

—¿Te refieres a ese Edward? —Asentí—. ¿Por eso estaba ahí? ¿Iba a detener la boda? Él lo haría.

Lastimosamente eso no era así. Eso hubiera aclarado las cosas entre nosotros.

Negué.

—Él dijo que yo le gusto, pero que no sabía por qué estaba ahí.

Después de preguntarle por qué decidió llegar ahí sus amigos nos dejaron solos, pero él igual no supo responderme. Solo dijo que pasara lo que pasara quería verlo con sus propios ojos y quería asegurarse de que yo estuviera bien. Creo que él está tan confundido como yo, no tenemos ni dos semanas

completas de conocernos, no congeniamos en nada. ¿Cómo pudo ser algo más que físico? ¿Cómo se metió bajo mi piel tan rápido? Era impensable. Las personas no van por ahí enamorándose a mi primera vista. ¿O sí? No, no lo hacen. Por lo menos yo no. No soy así.

Tan pronto ese pensamiento cruzó por mi mente me di cuenta de que no me conocía. En esos últimos días había hecho cosas que en mi vida hubiese imaginado, pero que finalmente realicé. Eso era lo que realmente me gustaba de Edward, con él salía a flote una Fiore atrevida que estaba dispuesta a hacer todo solo porque sí, porque quería y podía.

Pero él probablemente no se sentía de la misma forma porque siempre ha sido atrevido. Por lo menos siempre ha hecho lo que ha querido, por no mencionar que es un mujeriego en potencia.

Oh, Dios, había tirado a la basura un matrimonio prometedor porque un mujeriego vino y dijo que dejara de pensar. Y yo como una estúpida sin cerebro le hice caso.

A lo lejos escuché que Val preguntaba:

—¿De qué Edward están hablando y por qué tú lo conoces?

Rosé dudó un momento. Se encogió de hombros.

—Del único Edward que conocemos.

Esperaba que ahora que ambas sabían lo que había hecho y con quién comenzaran a hablar sobre él, pero el silencio parecía llenar mi vida. Las dos se quedaron calladas, pensando. Mi conciencia se burlaba de mí diciendo que había cometido el mayor error de mi vida, que a pesar de todo Henry era el hombre que yo había escogido. Perfectamente pude haberme enamorado de él, pero que ahora que lo estropecé él nunca iba a perdonarme. Iba a morir soltera.

—¿Qué hice?!

Escondí mi cara en la almohada que tenía en la mano, dejé que las lágrimas se precipitaran. Cometí un grave error. Si lo hubiera hablado antes con Henry él me hubiera entendido. Pero por más que quisiera creer eso sabía que no era así, nada hubiera cambiado. No se pueden forzar los sentimientos. Amas o no, así de simple. Así de complicado.

—Lo que sentías —dijo Rosé con suavidad—. Y está bien. To va a estar bien.

Tiré lejos la almohada, la miré enojada. No podía con su liberalismo en ese momento, quería que me dijera que era una mala persona, que por ser una cobarde había arruinado mi vida. Así tal vez la culpa disminuiría. No solo por engañar a Henry, sino por engañarme a mí todo ese tiempo. No lo amaba y

siempre lo supe. No sentía ese cosquilleo en la piel cuando lo veía, no me dejaba sin aliento cuando me besaba. Estaba tan obsesionada por hacer algo bien, algo de lo que mi familia estuviera orgullosa que dejé que todo se me escapara de las manos.

—No, Rosé. Nada va a estar bien. Arruiné mi vida. Si Henry se llega a enterar que lo engañé nunca va a perdonarme y como si eso no bastara rompí su corazón al dejarlo plantado en el altar frente de toda su familia. Todo porque Edward me metió ideas estúpidas en la cabeza. Por favor, Edward no sabe lo que quiere, ni siquiera sé si quiere algo conmigo. Él solo es un mujeriego que quería un revolcón y ahora que lo tuvo no voy a saber más de él.

Estaba gritando, pero no sabía qué más hacer. Toda mi vida se estaba viniendo abajo como una casa de naipes. Ya no tenía un plan que seguir. No tenía prometido. No tenía matrimonio. No tenía nada. ¿Qué iba a hacer con mi vida? Estaba arruinada socialmente.

—Deja de exagerar. —La voz calmada de Val llegó a mí como paños húmedos. Ella había estado en silencio escuchándonos hablar—. Primero, Henry no tiene el corazón roto, él solamente estaba humillado y eso no está relacionado con el amor. Segundo, por todo lo que nos has contado puedo decir que nunca quisiste casarte, por eso buscaste una excusa para no hacerlo. Ahora no intentes volver con él solo porque te sientes perdida y sola, porque no lo estás. Tercero, y lo más importante, no se trata de elegir entre Henry o Edward, se trata de elegirte a ti. Pasar un tiempo soltera no estaría mal, puedes conocer a esta nueva Fiore y amigarte con ella. Todo tu plan se fue a la mierda porque quisiste controlar todo lo que pasaba a tu alrededor, ahora lo único que te queda por hacer es tomarte la vida con calma, sin planes. Tienes que hacer lo que de verdad sientes. No dejes que nadie de la familia te haga sentir culpable por nada. Madura de una vez. Deja de ver la vida como una niña que se creyó los cuentos de princesas.

No había dormido nada en los siguientes cuatro días, mis ojos estaban hinchados e inyectados en sangre de tanto llorar. Parecía que había tenido la borrachera de mi vida y que estaba lidiando con una fuerte resaca, una que no podía aliviar. Sentía un agujero en mi pecho que me succionaba lentamente, apenas me podía mantener respirando. Me ajusté más el suéter para abrigarme del frío, solo había amanecido hace unos minutos y aunque el verano estuviera

a unas cuantas semanas de iniciar, la temperatura era realmente baja.

No era demasiado fan de la vida silvestre, pero en este momento el sonido de las aves era terapéutico. Sabía que no podía quedarme escondida para siempre, tenía que regresar a casa y dar la cara. Tendría que hablar con Henry y darle una explicación, por lo menos una excusa. Después de agredir a mi prima no me creía que fuera buena idea decirle la verdad. Yo no quería conocer ese lado suyo, quería quedarme con los buenos momentos que tuvimos. Cuanto más pensaba, menos eran los buenos recuerdos. Así que estaba intentando con todas mis fuerzas no pensar, creo que lo único que Henry y yo disfrutábamos de verdad era el sexo. Nunca tuvimos problemas en esa materia y eso pudo confundirme. La cruda realidad es que desde que acepté casarme con él me sentía cansada, nerviosa, estresada y en esos tres meses me había enfermado más que toda mi vida. Mi cuerpo me había estado advirtiendo de que era un error, pero yo no lo escuché. Seguí con mi rutina y preparando una boda que no deseaba.

Hasta que apareció Edward.

Edward, bueno, no había sabido nada de él desde que lo vi a las afueras de la catedral y él no sabía lo que quería, y yo tampoco. Lo que dijo Val de que yo solo estaba buscando una excusa para no casarme seguía haciéndome ruido. Tal vez era hora que por fin siguiera el consejo de mi prima y estuviera un tiempo soltera. Eso estaría bien. Además, tenía que buscar un nuevo trabajo, aunque no me despidieran no había manera de que yo siguiera trabajando en el hotel del hombre al que deje en el altar. Lo mejor era poner distancia con todo, empezar de nuevo. No lejos, no me podría ir de viaje por siempre. Me pasó por la cabeza, pero no soy tan aventurera.

El caballo relinchó cuando mi celular sonó cortando la paz que estaba tratando de reunir. No quería ver quién era, no estaba lista aún. No tener un plan que seguir me ponía muy nerviosa, no saber qué decir me hacía sentir insegura. Cuando eres una persona que organiza todo en su vida y después te quedas sin nada, inevitablemente te sientes inestable.

Saqué mi celular de mi bolsa trasera. Era un mensaje.

*Número desconocido:*

*Necesito estar dentro de ti.*

Automáticamente una sonrisa se formó en mi rostro, mi piel picó con necesidad. Era la cosa menos romántica y a la vez más real que me habían escrito. Simple. Directo.

Lo único bueno de no tener un plan que seguir es que todo iba a

sorprenderme. Incluido un mensaje.

Seguía sin saber qué es lo que sentía, pero tenía claro que no quería rosas en vida.

## Epílogo

*Sochi, Rusia.*

*Cuatro meses después.*

Los gritos a mi alrededor eran ensordecedores, todos parecían estar llenos de euforia explosiva. Los entendía completamente. Estaba tan feliz que me uní a su celebración. Había acompañado a Edward a Rusia para verlo correr en el circuito de Sochi y había ganado. Todo el tiempo que duró la carrera estuve emocionada y preocupada al mismo tiempo. Esos monoplazas me parecían lo más inestable del mundo que quería que se bajara lo más rápido posible sin importar el resultado, pero escuchar su voz emocionada cuando cruzó la meta en primer lugar no tenía precio alguno. Su tío Alexandre, quien lo había acompañado desde niño cuando inició esta obsesión con las carreras, me abrazó con fuerza y me arrastró con él para estar más cerca del pódium.

El público arremolinándose detrás de unas vallas enloqueció cuando los ganadores salieron de sus monoplazas. Era una completa locura como todo había cambiado en mi vida. Hace unos meses lloraba por no saber qué sucedería conmigo y ahora únicamente disfrutaba. Los rugidos de la multitud y los flases de las cámaras aumentaron cuando Edward saludó. Se notaba que estaba pasando su mejor momento, tenía una sonrisa que iluminaba el mundo entero. Palmeó la espalda de los otros dos ganadores y corrió hacia donde estaba posicionado el equipo de *Mercedes Benz*, su equipo. Puse los ojos en blanco cuando se dieron los típicos saludos de hombres, llegaban casi a lastimarse. El brillo en sus ojos me recordó el momento exacto en que nuestra historia comenzó.

*Mientras miraba el techo de una habitación que no era la mía pensaba que de alguna manera me había precipitado, que me había dejado llevar por mi instinto. Estaba obsesionada con ese cosquilleo en mi piel que solo me lancé de cabeza. No estaba dudando, solo me encontraba emocionada y satisfecha. Mi día había pasado de estar rebuscando en mi armario ropa para la caridad, solo porque necesitaba mantener mi mente ocupada, a tener sexo con Edward. Incluso después de que llegué a su ático también en Chelsea y encontré a una mujer adulta sentada en el sofá mientras él estaba sin camisa dejándose acariciar. Mis entrañas se retorcieron de forma agresiva, me había dejado llevar para satisfacer mis necesidades de chica solo para encontrarme con ese espectáculo. Debí haber llamado antes de*

*entrar, pero había encontrado la puerta abierta y con mis nervios no me detuve a pensar que interrumpiría su revolcón del día. Mis mejillas enrojecieron con fuerza porque esa mujer resultó ser Catherina, su madre. Después de aclarar el malentendido, terminamos desnudándonos y en su cama.*

*Edward pasó un dedo por mi brazo.*

*—¿En qué piensas? —preguntó.*

*—Me gustas, Edward.*

*—Me gustas también —dijo encogiéndose de hombros.*

*A diferencia de mí, él no se sentía inseguro al decirlo. Me acomodé para poder mirarlo directo a los ojos, lo que iba a decirle era importante y necesitaba su completa atención.*

*—Es bueno saber que te gusto. —Solté una risita nerviosa—. Estos días me han servido para pensar y no quiero que tengas una impresión equivocada de por qué decidí no casarme. No tuvo nada que ver contigo. Fue una decisión mía. Lo hice por mí. Tú tenías razón y no estoy enamorada de Henry. Nunca lo estuve. Pero lo nuestro, bueno, ambos sabemos que fue algo superficial. Sin embargo, no he dejado de pensar en ti y como ya mencioné antes... me gustas y creo que, no sé, podemos tener algo físico. Sin compromiso.*

*—¿Solo algo físico? ¿O es por qué estás pensando en regresar con Henry?*

*Henry... Había hablado con él días después de que lo dejé plantado en el altar, fui lo más sincera que pude sin mencionar que le fui infiel, pero me insistió en que merecíamos intentarlo de nuevo, que nos debíamos una oportunidad, que él me amaba y podía enamorarme. Cuando mi respuesta fue no y se dio cuenta de que esa vez no iba a lograr hacerme cambiar de opinión me restregó por la cara que la noche de nuestra boda fallida se había acostado con su ex novia, que iba a seguir haciéndolo, que cuando me aclarara volviera con él. Esa actitud borró un poco de la culpa que sentía.*

*Sacudí mi cabeza.*

*—No me malentiendas, no se trata de él. Me gustas lo suficiente como para llegar a enamorarme de ti. Lo que no quiero es sentirme presionada a hacerlo... y ni siquiera sé si yo te gusto de la misma forma. Quizás solo te gusto para acostarte conmigo y eso está bien. No nos conocimos de la forma ideal.*

*Edward parecía que estaba evaluando mi propuesta. Estaba dejándome la*



*piel en eso. Mi corazón golpeaba contra mis costillas.*

*—Me gustas de la misma forma. —Intenté no mostrar alivio, creo que fracasé ostentadamente—. Me parece bien que no quieras sentirte presionada porque yo no voy a sentirme presionado a demostrar algo que no sea real.*

*Era algo que me esperaba de él, que no me tratara como a una muñeca de cristal con miedo a quebrarla.*

*—Me parece más que bien, pero... ya sé que voy a contradecirme, es solo que no quiero que pase lo que acaba de suceder con tu mamá. No quiero sentirme insegura pensando que estás durmiendo con todas las mujeres que te vea. Aun sabiendo que eres desprolijo con tus hábitos sexuales, no quiero sentirme así... ¿Por qué te estás riendo?*

*Era tan desconsiderado que aun viendo lo incómoda que me sentía hablando de eso, él estuviera aguantando la risa. Un mechón de pelo cayó sobre su cara tapando sus cálidos ojos.*

*¿Por qué me gustaba tanto alguien como él? ¡Ni siquiera era capa de escuchar seriamente!*

*—Lo siento. No me estoy burlando de ti, en serio. No puedo creer que pensaras eso sobre mi mamá. —Su pecho tiembla de diversión contenida.*

*—A eso es a lo que me refiero. Te conocí cuando escapabas de la habitación de hotel de una mujer casada y me usaste.*

*Me atrajo hacia su pecho, abrazándome fuerte. Era curioso cómo después de todo me seguía haciendo sentir cómoda.*

*Suspiró.*

*—Mentí cuando dije que no sabía por qué había aparecido en la iglesia. Sí, lo sabía. Llegados a este punto creo que me gustas más de lo que yo te gusto a ti porque ese día iba a detener tu boda. No quería que te casaras.*

*Me tensé.*

*—¿Qué?*

*—No pongas esa cara, no estoy diciendo que estoy enamorado de ti. Solo que no quería que te casaras porque tú tampoco estabas enamorada de Henry. Creí que debía ser valiente por ti, como tú lo fuiste por mí cuando necesité que me abrieran los ojos con lo de mi mamá.*

*¿Valiente? Era la segunda persona que decía eso.*

*—¿Crees que soy valiente?*

*—Eres mucho más valiente de lo que llegué a pensar, ni siquiera necesitaste mi ayuda. Eso que estaba dispuesto a ponerme un pasamontaña,*

*cargarte sobre mi hombro y salir corriendo. Pero lo hiciste por ti misma.*

*Contuve una carcajada.*

*—¿Ibas a secuestrarme?*

*—Fue la primera idea. La única, en realidad.*

*Mi pecho se calentó de emoción. Edward estuvo dispuesto a quemarse por mí.*

*—Si esta cosa entre nosotros avanza más allá de lo físico no me regales rosas. No me gustan.*

*Vi cómo se sorprendía, era obvio que había pensado lo contrario porque mi piso estaba lleno de ellas. Ya no más, las había tirado todas a la basura.*

*—Yo no regalo flores —dijo con simpleza.*

*Me reí tan fuerte que hasta me dolió el estómago.*

*—Por supuesto que no —dije entre risas.*

*¿Cómo pude pensar que podía llegar a regalarme flores? ¿Se trataba de Edward! Igual era un alivio saber que no pasaría por ello.*

*Los brazos de Edward me apretaron más, pero no podía parar de reírme.*

*—Fiore, detente.*

*Quería hacerlo, pero una imagen de Edward obsequiándome flores cruzó por mi cerebro. Era más irreal imaginarlo de esa forma que sacándome a la fuerza de una iglesia. Era hilarante. Cuando vio que no iba a parar me lanzó sobre la cama, arrojó una almohada en mi dirección. Me quedé sorprendida, rápidamente me di cuenta de que estaba un poco cohibido porque me estaba riendo de él. Era tan tierno. Sabiendo lo poco caballeroso que podía ser y que seguramente iba a arrepentirme de querer borrar esa sensación de timidez le tiré la almohada de regreso. Se estrelló en su cara. Elevó su ceja, sin ninguna piedad se abalanzó sobre mí aprisionando mis brazos sobre la cama. Mi diversión se transformó en mariposas necesitadas. El deseo estaba ahí, rogando por un poco de atención.*

*Con su boca tan cerca de la mía, susurró:*

*—Seamos novios.*

*—¿No te parece un poco rápido? Hace unas semanas iba a casarme, se supone que debo pasar un tiempo soltera.*

*Él suspiró.*

*—¿Quieres o no quieres ser mi novia?*

*Haz lo que sientas.*

*—Sí, pero solo si pasamos a lo físico en este momento.*

*—Esa es la idea.*

Nuestros ojos se encontraron, con solo dos pasos estuvo frente a mí. Sin importarle que él era el centro de atención envolvió sus brazos en mi cintura, me levantó en el aire dando una vuelta. Sonreí. Solo podía imaginarme toda la adrenalina que estaba disparada en su sistema, generalmente era más tranquilo con sus muestras de afecto en público, pero después de una carrera se convertía en un jugueteón de primera. Y el sexo se transformaba en una cosa de otro mundo. Me dejó sobre mis pies y me besó con mucha pasión. Estuve a punto de resistirme, pero se sentía tan bien que me dejé llevar sin importarme nada. Sin prestarle atención a su sudor pasé mis brazos por su cuello. Con cierta renuencia dejé ir sus labios para no seguir acaparándolo. Él no se alejó.

—Me alegra que decidieras venir —dijo.

—No tenía otra opción. Me preocupo cuando no estoy cerca para verte correr. También me preocupo al verte correr, pero siento que si estoy aquí tú vas a estar bien. —Lo abracé fuerte, pegando mi frente en su pecho—. De verdad, me alegro de que sigas en una sola pieza.

—¿Acaso eres la novia de la suerte? —asentí—. ¡Vaya, soy muy afortunado!

Pasé mi mano por su pelo, cuando regresó a sus entrenamientos se lo recortó. Me pareció extraño y nostálgico porque me había encariñado con su aspecto desprolijo, pero así también me volvía loca. Él me volvía loca.

—Lo eres y yo también lo soy por tener a un campeón como novio. Ya sabes, soy un poco ambiciosa.

Pasó una mano por mi rostro, acariciándolo con mimo. Susurró:

—Tienes razón, soy jodidamente afortunado por tenerte en mi vida. No tienes ni idea de lo importante que eres para mí y siempre voy a esforzarme por hacer que esto funcione. No tienes que preocuparte porque algo me suceda en la pista, no corres peligro de perderme porque soy malditamente bueno en todo lo que hago —bajó más la voz a un susurro—. Prepárate para esta noche. Aún tengo mucha energía y pienso gastarla contigo.

Con mi corazón acelerado, aparté la mirada. Él no tenía ni idea de lo que significaban para mí sus palabras. Todas las sensaciones que me provocaban me hacían sentir viva. No importaba que a veces tuviéramos que separarnos por nuestros trabajos. Hasta ese momento no me arrepentía de nada, ni de ir esa noche a su ático sin un plan porque nunca había sido tan feliz antes. Con nadie más podría llegar a tener la complicidad que tenía con él. Nadie más podría hacerme reír hasta que me doliera el estómago como cuando estaba con él.

—Te amo Edward —confesé con la voz estrangulada.

Lo llamaron por el micrófono y tuvo que regresar al pódium donde estaban los otros dos competidores, pero nuestras miradas nunca se separaron y en la distancia, gesticuló un *te amo también*.